

19250
Manuel Amador
Alberto Sánchez Rossel

MOTO MENDEZ

EL CAUDILLO CHAPACO

ENSAYO HISTORICO—BIOGRAFICO SOBRE EL
GUERRILLERO DE LA INDEPENDENCIA CORONEL
JOSE EUSTAQUIO MENDEZ

UN APORTE A LA HISTORIA DE TARIJA

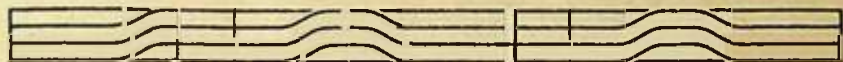
TARIJA
1950

Editorial "Universitaria".--Tarija.

Manuel Amador

DEDICATORIA

*Con devoción y ternura a mis
adorados hijos Alberto, Jorge,
Ana María y Aclela Victoria
Sánchez Bello.*



A MANERA DE PROLOGO

Este libro ha obtenido el primer premio en el concurso convocado por la Alcaldía Municipal de esta ciudad. Empero, deseamos advertir al lector que a dicho certámen no se presentaron sino dos trabajos. Por razones que no alcanzamos a comprender, los intelectuales y escritores tarijeños—que son numerosos y entre los que se cuentan figuras consagradas por la jerarquía de su propio valer y prestigio—no concursaron. Porqué?

No nos halaga pues, aquel primer premio. Sinceramente, más grato habría sido a nuestro

espíritu tarijeñista la concurrencia de nuestros hombres de letras con sus producciones que, a tiempo de enriquecer el acervo literario—histórico tan escaso en nuestro medio, hubiesen exaltado, seguramente con brillo, ante propios y extraños, al más glorioso y auténtico de nuestros héroes. Poco o nada habría significado entonces que nuestro modesto trabajo no hubiera logrado ni el último lugar.

Somos los primeros en reconocer que nuestro libro no posea ningún valor literario. Está escrito con sencillez, acaso con desaliño. No pretendemos que la crítica nos dispense favorable acogida. Por lo demás, no anhelamos éxito ni ambicionamos aplauso; es más, no los buscamos ni nos preocupan.

Hemos escrito esta modesta obra—tímido ensayo histórico—biográfico—para los escolares. Con el ferviente deseo de que ellos no ignoren, como ocurrió con nosotros, a la figura más arrogante y heroica de nuestro pasado. Por que para nosotros la personalidad de Moto Méndez el caudillo inmortal, tiene los contornos de los seres excepcionales que condensan las más puras virtudes cívicas de un pueblo y de una raza. ¡Por eso es el paradigma de los grandes atributos que engrandecen la historia de Tarija!!

4

Abrigamos la esperanza de que pueda substituir en los cursos superiores de nuestras escuelas, a alguno de los muchos textos de lectura ajenos—casi todos—a nuestro acervo histórico. Nos hemos esforzado por imprimirle amenidad al relato, prescindiendo, en lo posible, de la transcripción de citas y documentos, pesados de por sí e inadecuados, en consecuencia, para un pequeño libro destinado a la niñez estudiantil de nuestro amado solar nativo. Y no habríamos satisfecho nuestro propósito sin la inclusión del último capítulo: «Guerrilleros Tarijeños en la Guerra de la Independencia», que reúne ligeras semblanzas de algunos de nuestros heroicos antepasados.

Con la edición de este libro damos cima a un anhelo largamente acariciado; además, creemos haber llenado un inexcusable deber de tarijeño. Nos sentimos pues, íntima y hondamente satisfechos. Y no aspiramos a mayor recompensa.

Tarija, marzo de 1950

EL AUTOR.



EL CONCURSO DE TARIJA EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

No se ha escrito aún la verdadera Historia de Tarija. Nuestro glorioso pasado es poco menos que desconocido. En las obras de historiadores nacionales apenas si se consignan simples referencias sin mayor significación. No creemos ni podemos admitir que se trate de una preterición deliberada. Juzgamos, mas bien, que es la consecuencia de la falta de fuentes de in-

formación de fácil acceso; pués, manuscritos y documentos de inapreciable valor histórico para Tarija se encuentran en los archivos de bibliotecas argentinas. Y somos los tarijeños quienes debiéramos imponernos el deber patriótico de reivindicar para nuestro pueblo las glorias de su pasado heroico. Por que la historia de Tarija es eso: abnegación, nobleza, reciedumbre y heroísmo. Pero a veces no basta la buena voluntad. El escritor necesita de ayuda y estímulo.

Empero, a fuer de sinceridad, debemos anotar que a nuestros escritores e intelectuales de pasadas generaciones poco o nada les preocupó la historia de su tierra. Fueron elementos extraños a nosotros, extranjeros, frailes en su mayoría, quienes especularon sobre la pre-historia de Tarija, la época del Incanato y la Colonia.

Mas, no todo fué olvido. Tenemos escritores que con laudable empeño han publicado libros que les honran y enaltecen por su valor literario e histórico. Tomás O'Connor d' Arlach, Luis Paz, Bernardo Trigo, se han hecho acreedores a la profunda gratitud y reconocimiento de este pueblo. Para ellos nuestro cálido homenaje.

Desde 1809 los tarijeños lucharon con heroica abnegación en la Guerra de los Quince Años. Su territorio fué el teatro de sangrientas batallas y escaramuzas. Constituía un centro estratégico cuya posesión se la disputaban bravamente españoles y patriotas. Desde Tarija podía controlarse las regiones del norte argentino, como las de Chichas y Cinti y aún las del Oriente boliviano. De aquí el tenaz empeño de ambos, beligerantes para ocuparla militarmente.

La táctica de los guerrilleros tenía en jaque y perenne zozobra a los españoles. Tropas irregulares, mal armadas — pero de heroicidad temeraria—se lanzaban sorpresivamente sobre las unidades realistas, interceptaban sus comunicaciones, sitiaban los caminos... No se daban tregua ni descanso. Adquirió tanta gravedad la guerra de guerrillas en Tarija, tanto por el heroísmo de los caudillos y sus montoneros como por la importancia estratégica de su territorio, que el General La Serna, Comandante en Jefe de los Ejércitos Reales del Perú, dirigió personalmente la campaña de persecución a las huestes patriotas.

Tenemos fundadas razones para sostener que nuestro pueblo empuñó las armas enar-

bolando la bandera de la emancipación en el año 1809, poco tiempo después de Chuquisaca y La Paz. Bien es cierto que la historia no consigna ninguna referencia de levantamientos o acciones guerreras que tuvieran por escenario a Tarija en aquel año. Es posible que los documentos pertinentes se encuentren en los archivos de la Argentina, acaso en España; tal vez en nuestra misma patria. ignorados, olvidados. A falta de ellos, recurrimos a citas históricas aisladas, pero que relacionan épocas y hechos, permitiendo deducciones lógicas que tienen fuerza de persuasión y autoridad de crédito, mientras no se presente la prueba en contrario.

El venerable patricio don Tomás O'Connor d' Arlach, escribe:

“Desde 1809, el vecindario, siempre tan pacífico y tranquilo de Tarija, vivía en continua agitación causada por las entradas alternativas en la plaza, de fuerzas realistas y patriotas. Cuando penetraban éstas, los vecinos, partidarios del Rey de España, tenían que huir a los campos y ocultarse en lugar seguro, durmiendo muchas noches en los techos de sus casas y viéndose obligados, más de una vez, a salir de ellas, dejándolas entregadas, al furor de los enemigos que las saqueaban y cometían todos los delitos que son y han sido siempre el san-

griente cortejo de las convulsiones políticas. Igual cosa acontecía a los realistas cuando la plaza era tomada por fuerzas republicanas”.

La palabra del meritísimo escritor y poeta cuyo prestigio llegó más allá de las fronteras patrias, tiene para nosotros tanta autoridad como un documento histórico.

Y preguntamos: ¿es posible concebir que hombres de la reciedumbre de nuestros caudillos y ciudadanos preclaros y eminentes como don José Julián Pérez, que llegó a ser miembro de la Junta de Gobierno de Buenos Aires en 1.813, conjuntamente con Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Álvarez Jonte, hubiesen permanecido indiferentes ante el fervor revolucionario que convulsionaba el Alto Perú? Ilógico y absurdo sería admitirlo. El doctor Pérez que cultivó estrecha amistad en los claustros de San Francisco Xavier con Bernardo Monteagudo, Manuel María del Barco y Urcullu, Crispín Santos Diez de Medina y otros paladines de la liberación americana, se encontraba en su casa solariega de esta ciudad cuando se encendió la hoguera revolucionaria en Chuquisaca. En aquella época descollaban por su talento y sus virtudes los clérigos José Mariano y Sebastián Ruiloba. Estos ilustres tarijeños, de quienes debemos sentirnos legítimamente orgullosos, eran ardientes partidarios de la causa patriota. ¿Se

puede admitir que no hubiesen ocupado el puesto de líderes tan pronto como insurgió la rebelión de Mayo de 1.809?

Lo mas probable es que el doctor José Julián Pérez regresó a Tarija, su pueblo natal, como heraldo de la causa santa. Y que aquí tuvo la íntima y decidida colaboración de los ilustres clérigos Ruiloba, de don Francisco Uribe, José María Avilés, Juan Antonio Flores y otros patriotas de singular talento y valor. ¿No es justificado suponer que fueron ellos quienes predicaron la "buena nueva" en todo el agro tarijeño inflamando de fervor revolucionario el espíritu de nuestro chapaco?

Para nosotros, sí. Fueron ellos los portaestandartes de la rebelión que encontró asidero propicio en la innata altivez de nuestro campesino.

Y, aunque los anales de la historia nacional no lo consignan, nosotros afirmamos, con profunda convicción, que los hijos de esta amada tierra derramaron su sangre por la causa redentora desde el año 1.809.



EL PRONUNCIAMIENTO DE TARIJA POR LA LIBERTAD

Ya dijimos que la historia de Tarija es poco menos que desconocida. Episodios de inmensa significación y hechos de trascendental importancia, o son ignorados o se los presenta fraccionariamente, cuando no deformados en su esencia misma.

Tal ocurre con el pronunciamiento de Tarija por la causa de la emancipación. Está generalizada la creencia de que el 15 de Abril de 1817, con la gloriosa batalla de La Tablada, recién se incorporaron los tarijeños a la campaña de liberación. Historiadores nacionales así lo dejan entrever aunque no lo afirman categóricamente.

Tan grave error histórico ya ha sido rectificado por el ilustre patricio tarijeño don Luis Paz, en su "Historia del Alto Perú" y por el prestigioso escritor don Bernardo Trigo en su meritisima obra "Tejas de mi Techo". Pero nunca se habrá dicho lo bastante sobre el particular.

Es indudable e incontrovertible que Tarija proclamó ante el mundo su anhelo de libertad e independencia en Junio del año 1810. Este extremo está respaldado por irrefutables

documentos históricos. Empero, un año antes de suscribirse el acta pública que proclamara ante el mundo su decisión de liberarse del dominio extranjero, sangre tarijeña se había vertido en los campos de batalla en defensa del derecho inmanente de libertad y justicia.

LA JUNTA REVOLUCIONARIA DE TARIJA

Inmediatamente después del pronunciamiento de mayo de 1.810 en Buenos Aires, se formó en Tarija la Junta Revolucionaria que tomó a su cargo el gobierno de la Provincia y la organización de las milicias. Huestes tarijeñas al mando de sus valerosos caudillos iniciaron la guerra de montoneras en todo el extenso territorio que comprende hoy este Departamento. Las hazañas por ellos realizadas, no ha recogido aún la historia impresa; duermen en los archivos de tierras extrañas...

En la Batalla de Cotagaita, el 27 de octubre de 1.810, intervinieron fuerzas tarijeñas. Así mismo en las playas de Suipacha donde las armas patriotas alcanzaron una de sus mas importantes y trascendentales victorias. Don Pedro Antonio Flores, el glorioso guerrillero cuya semblanza trazamos en este

libro, fué elegido,—como premio por su valor y arrojo—para llevar a Buenos Aires el parte oficial del triunfo y los cinco estandartes tomados al enemigo.

Mas, el documento de fuerza probatoria incontrastable es la Proclama de la Junta Revolucionaria de Tarija, cuyo texto copiamos a continuación:

“VALEROSOS TARIJEÑOS:

Desde los primeros momentos en que supisteis que la inmortal Buenos Aires trataba de defender la patria de la esclavitud y tiranía en que ha gemido por tres siglos, manifestasteis vuestra adhesión a este gran sistema, y cuando alguno de los pueblos circunvecinos se disponía a sofocarlo en su nacimiento, vosotros le disteis lecciones de patriotismo, jurando derramar vuestra sangre para sostenerlo. Así lo cumplisteis. La patria os llamó a Santiago de Cotagaita en su defensa y *Volvisteis a Socorrerla*. Allí peleasteis con unas tropas veteranas, aguerridas y superiores en número; y a pesar de éstas ventajas que debía asignarles la victoria, las obligásteis a encerrarse en sus trincheras”.

“En Suipacha os enbristeis de gloria, ganando una victoria que dió fuerza y energía a nuestro sistema. Él bambolea ahora por unos

sucesos poco favorables, pero no de la consecuencia que se ha figurado. En estas críticas circunstancias os vuelve a llamar la patria, informada de vuestro valor que ha resonado en los ángulos mas remotos de este continente; ¿os ensordecéis a sus clamores? ¿Permitiréis que élla sucumba y que vuelva a arrastrar nuevamente cadenas, que la tiranía habrá de hacer mas pesadas y mas ignominiosas? Lejos de vosotros esta conducta que eclipsaría la gloria que habéis adquirido con vuestras hazañas y os cubriría de vergüenza y confusión. Vosotros tenéis gran parte en la sagrada obra de nuestra libertad, no la dejéis imperfecta. ¡Consumadla! Vosotros habéis ceñido vuestras sienes con laureles inmarcesibles en los campos del honor; no permitáis que una infame cobardía los marchite. No temáis a esas huérfanas mercenarias y cobardes, que con prestigios y simulaciones pretenden colorar su infame causa. La nuestra, si es justa y sagrada. El cielo no puede dejar de protegerla. Aprontáos, pues, para correr a Viacha a uniros con nuestros hermanos que han dado nuevas pruebas de valor en la acción del 20 de junio. Regad si es posible con vuestra sangre esas heridas campañías, para que produzcan la frondosa palma de la victoria que va a decidir de nuestra felicidad y nuestra suerte. Haced este último y generoso sacrificio en obsequio de la madre pa-

—11—

tria. Ella lo recompensará a su tiempo y transmitirá su memoria a la posteridad mas remota, escribiendo en los fastos de esta sagrada revolución el siguiente epíteto: Tarija me libertó; Tarija me salvó.- Dado a 13 de julio de 1.811.- José Antonio de Larrea.- Francisco José Gutiérrez del Dozal.- José Manuel Núñez de Pérez.- ”.

Esta Proclama que trasunta la reciedumbre de los varones que integraban la Junta Revolucionaria, fué lanzada después de la Batalla de Guaqui, donde las fuerzas patriotas sufrieron una de sus mas graves derrotas. Dicha acción tuvo consecuencias tan desastrosas que hizo peligrar seriamente la suerte de la independencia altoperuana.

En el parte oficial elevado por Juan José Castelli, Delegado de la Junta Suprema de Buenos Aires, sobre la Batalla de Suipacha que tuvo lugar el 7 de marzo de 1.810, se consigna este párrafo:

“Luego que tenga mas circunstanciadas noticias reiteraré mi parte para satisfacción de V. Excelencia, bastando decirle que tengo en mi poder parte de los despojos del atolondrado Ejército de los Rebeldes, que sus banderas están en presa, que no contamos más que un Oficial y seis heridos, y que no se sabe

de nuestra tropa **CONTANDO CON LAS DE TARIJA**, cual es la que mejor se ha portado».

El mismo Castelli, en Parte-Circular enviado a los Intendentes Gobernadores de Salta, Córdoba y Cochabamba, dice:

«De nuestra parte no hubo más que un soldado tarijeño muerto, y doce heridos, entre los cuales se cuenta Dn. Eduardo García de Salta y Dn. Manuel Alvarez de Tarija».

Ante la claridad y elocuencia de los documentos transcritos, juzgamos supérfluo cualquier comentario.

Abrigamos la esperanza de haber contribuido con nuestro grano de arena a cimentar la verdad histórica en lo que se refiere al pronunciamiento de Tarija por la causa de la Independencia.



DON EUSTAQUIO MENDEZ

Allá en Churqui Huaico, risueño rincón limítrofe de Canasmoro y Carachimayo, vino al mundo un bello y robusto vástago en un radiante amanecer del mes de septiembre de 1784.

El padre, don Juan Méndez, al contemplar a su hermoso retoño exclamó transportado de alegría y orgullo:

—Dios, nuestro Señor, me lo ha mandao como yo lo queriya: juerte y lindu.... con los ojos azules y el pelo rubio.... mesmito que su agüelo.... Que la virgen Santísima, nuestra Señora, le dé un corazón como el tuyo, Mariya—agregó dirigiéndose a su esposa—Se lo ojecheí a nuestro taita San José y tiene que llevar su nombre.

—Asina hay ser—respondió la madre—pero como se va oliar mañana, le llamarimus también Eustaquio, porque es el diya del Santo....

Así nació el nombre de quien al correr de los años habría de transformarse en el varón más gallardo, admirable y heroico de la magnífica y gloriosa historia de Tarija.

Creció el niño tonificando su cuerpo con el hálito fecundo de las vegas; modelando su

espíritu en la sencillez y pureza del hogar campesino; plasmando su personalidad y alimentando su cerebro en contacto permanente con la tierra pródiga y el efluvio de las almas nobles, anchas y abiertas de los chapacos que la roturan con amor y ternura.

— Su adolescencia y juventud tuvieron la escuela del trabajo esforzado y perenne. Recogió las enseñanzas que brinda el libro siempre abierto e inagotable de la experiencia que educa, plasma y modela rasgos y caracteres que por lo hondo e intensos, son perdurables. Conoció la dureza de la vida, la ruda lucha permanente y desigual de los humildes y desposeídos. La prepotencia de los poderosos y el dolor lacerante de la injusticia que lastima y humilla.

La innata rebeldía de su espíritu se inflamó en reacción incontenible contra la opresión que subyuga. Germinaron en su cerebro, instintiva, atropelladamente, sin previsiones ni cálculo, ideas de reivindicación y justicia social.

Y surge el caudillo que más tarde traza la trayectoria guerrera cuyo heroísmo exorna con refulgencias de gloria la intervención del chapaco en la epopeya de los Quince Años.

— — — —

De este varón indómito e indomable; de este guerrero invencible cuyo valor temerario lo transforma en héroe de leyenda; de este chapaco arrogante y magnánimo que alcanzó el grado de Coronel del Ejército de la República, pretendemos escribir la semblanza.

Es tarea superior a nuestras fuerzas; lo reconocemos. Nuestro modesto libro nunca será digno de esa figura señera y gigante. Otros lo harán con mejores méritos. Pero nadie jeso sí nadie podrá hacerlo nunca con más hondo fervor, admiración y orgullo.

Porque para nosotros, la figura del inmortal caudillo tiene los contornos de los seres excepcionales que condensan las más puras y elevadas virtudes de un pueblo y de una raza.

¡Por eso es el paradigma de los grandes atributos que engrandecen la Historia de Tarija!!....

NACIMIENTO

José Eustaquio Méndez nació en Canasmoro, el 19 de septiembre de 1784. Fueron sus padres don Juan Méndez y doña María Arenas. Lo bautizó en la «Iglesia y Beneficio de San Lorenzo y Valle de Tarija la Vieja», el Licenciado Dr. Joseph Mariano Miranda. Actuó como padrino don Joseph de Aldana y como testigo Santos Chauque.

Canasmoro es actualmente Cantón de la Provincia Méndez cuya capital es San Lorenzo. Viven allí muchos descendientes del héroe con quienes hemos charlado largamente en nuestra estada por aquella región donde fuimos en busca de datos y referencias para nuestro libro. Es gente sencilla, amable, despierta. Cuando les manifestamos el motivo de nuestro viaje, se mostraron interesadísimos en colaborarnos. Así pudimos recorrer todos los parajes y rincones que fueron escenario de las correrías del glorioso caudillo y sus montoneros.

En Churqui Huaico, visitamos la casa donde nació y pasó gran parte de su niñez. En Huaiquillos conocimos la ruina de un fuerte y de un subterráneo utilizados por Méndez como refugio y defensa en su larga lucha contra los españoles.



Canasmoro es un pequeño y risueño valle, circundado de verdes colinas y atravesado por un río de ancha playa con riberas arboladas. Hasta allí llegó el intrépido Monarca Wiracocha Inca en son de pacífica conquista de tierra y de súbditos para el Gran Imperio del Sol. Aquella región estaba habitada por los tomatas, raza excepcional por sus cualidades morales y sus características morfológicas. El Padre Jesuita Pedro Lozano en su obra: «Descripción Orográfica», refiriéndose a los primitivos pobladores del valle tarijeño, nos dice que los tomatas habitaban las regiones de Canasmoro, Sella, Coimata, la Victoria.

En la descripción que hace de ellos afirma: «La estatura ordinaria es bien alta y se han hallado algunos de dos varas y media. La facción del rostro y el color comunmente de semejanza a la de los europeos de quienes no facilmente se distinguen».

Los tomatas fueron los mejores aliados de los Incas en su brava lucha frente a los chiriguanos.

La conquista incaica, si bien no ha influido sino en mínimo grado en la psicología y costumbres de los tomatas y sus descendientes, ha dejado en cambio la perennidad de nombres quechuas en la dominación de varias regiones.

Así tenemos Churqui Huayco, Tola Huaico, Karachimayo....

Ahora bien; la permanencia de Wiracocha Inca y sus huestes, fué corta, casi diríamos incidental. No podría pues, hablarse de cruce o mezcla de ambas razas. Y la verdad es que los actuales pobladores de Canasino tienen todas las características—degeneradas en cierto modo—de los tomatas y españoles. Los apellidos, sin excepción, son castellanos. Y los rasgos fisonómicos no dejan lugar a duda alguna.



LA CASA DONDE NACIO MENDEZ

Churqui Huaico es un Vicecantón situado a tres kilómetros de Canasmoro. Allí, en la cima de una loma está la casa donde nació José Eustaquio. Es una construcción típicamente colonial. De anchos paredones. Tiene un corredor semiderruido y una amplia sala de techo macizo sostenido por gruesas vigas. En el patio un churqui carcomido por los años pero aún enhiesto.

Son dueños del inmueble los campesinos Eusebio y Francisco Benitez que lo adquirieron por sucesión hereditaria, aunque éstos no llevan en sus venas sangre de Méndez.

Don Eustaquio dejó la casa, por sucesión, a su hijo Manuel José. De éste heredó don Federico Méndez. Don Federico casó en primeras nupcias con doña Simona Pantaleón. Hijos de éste matrimonio fueron Mariano, Nativa, Gertrudis e Inocencio. Al enviudar don Federico, contrajo enlace con doña Leona Segovia con quien no tuvo descendencia. Poco tiempo después de su casamiento, dejó de existir. Su viuda contrajo matrimonio con Santiago Benitez. Los hijos Eusebio y Francisco, son los dueños actuales de la casa de Churqui Huaico.

EL "SOCAYON" DE LA TORRE

En Carachimayo hemos visitado la región de Huaiquillos, donde existe un paraje al que le llaman «La Torre». En nuestro ambular tuvimos noticia de que en dicho paraje, había un subterráneo al que los campesinos denominan «el socavón». Supimos que éste se encontraba cercano a una casa que fué de don Eustaquio; hoy en poder de sus descendientes Eleodoro y Félix Méndez. Nos informamos también que el socavón tenía casi obstruída la entrada por un derrumbe.

—Es imposible, niño, dentrar más adentro—nos dijeron—es oscuro, llenito de alimañas. En las noches arde como si fuera una luminaria. Dejuro que hay haber tapáu». (1)

Alrededor del «socavón» se ha tejido más de una leyenda. Hay quien afirma que está repleto de osamenta humana. Otro que es un depósito de armas y municiones. Y no falta quien asegure que se oculta allí un tesoro.

Don Manuel Jesús López, descendiente de don Eustaquio, hombre sensato e instruído, nos dijo que, años atrás, había tratado de llegar hasta el fondo del subterráneo, sin conseguirlo. —En la escurana vide dos puntos como brasas,

(1) Tesoro oculto.

que chispiaban y sentí patentito como si se arrastrara un cuerpo pesáu. Pa' que es decir, niño, tuve miedo; dejuro que hay ser un viborón grandote....

Supone él que esa galería se ha construído para ocultar armas y municiones o talvez como refugio del guerrillero.

Decidimos investigar por nuestra cuenta y organizamos una excursión con los universitarios Adel Castellanos, Alberto Trigo, Nilz Antonio Valdez, alumnos del Cuarto Curso de la Facultad de Derecho. Fué con nosotros el artista-fotógrafo, Musi Chali. Acompañados de un vecino del lugar, llegamos hasta La Torre y nos dirigimos al «socavón».

Efectivamente, la entrada está casi obstruída. Grietas abiertas en la parte superior dejan penetrar bastante luz y nos fué fácil la observación. Es indudable que se trata de una anti-gña galería, con arcos de piedra. A simple vista se observa entre las ruinas la forma de los arcos y restos de los materiales de edificación. Algo más: el piso está empedrado.

La galería ha sido construída en la base de una explanada casi circular. En la superficie de ésta explanada, se vé ruinas de gruesos paredones de piedra. Esta ha debido traerse de mucha distancia, pues no se encuentra en las cercanías.

Viejos pobladores del lugar nos informaron que conocieron los paredones de aquella construcción, hecha en forma circular y con muchas ventanillas abiertas a la altura de metro y medio de su base; que los vecinos habían utilizado la piedra en cimientos de sus casas.

Después de una prolija observación y teniendo en cuenta las referencias escuchadas, hemos llegado al convencimiento de que era un FUERTE de refugio y defensa. Es posible que lo hubiesen construido los tomatas constantemente asediados por los ohiriguanos. Pero lo evidente es que fué utilizado por Moto Míndez en su campaña guerrera. Y por eso le asignamos valor e importancia histórica.

Desde la explanada se domina todo el valle. La considerable altura de la construcción y la forma de ésta, explica el nombre que se le ha dado: «La Torre».

En Huaquillos, hemos visitado otra de las casas que fueron del guerrillero. La ocupan actualmente sus descendientes, propietarios por herencia.

Esta casa la heredó de don Eustaquio su hijo Manuel José. De éste pasó por sucesión

a poder de Mariano Méndez, que se casó con doña Rosa Segovia. Un hijo de éste matrimonio, Bernardo, la recibió en herencia: Bernardo Méndez Segovia casó con doña Felipa Estrada; los hijos son: Eleodoro, Félix, Julio, Cándido y Aurora. Conocemos a los dos primeros y a la madre doña Felipa, con quienes hemos deparado largamente. El padre don Bernardo, murió hace muchos años.

LA CAMA DEL HEROE

En Canasmoro, en casa de doña Angela Perales de Villarrubia, hemos conocido el catre que usó José Eustaquio. Es un mueble antiquísimo. Tosco y maciso, hecho de cedro. De gruesos barrotes y cuya altura pasa de los dos metros.

Su actual propietaria lo ha recibido en herencia. Doña Melchora Méndez, hija de Eleodoro y nieta de don Eustaquio, casó con Gaspar Perales; fruto de este matrimonio fueron Andrea, Desiderio y Gaspar. Desiderio contrajo enlace con doña María Sánchez y tuvieron a Eleodoro, Angela y Josefa. Angela, casada con Gumerciendo Villarrubia, es la poseedora de la cama del héroe.

Guarda con entrañable afecto este mueble que es «el regalo de mi agüelita Melchora» — como ella dice.—«Aquí han venido muchos quien queriú quitármelo a juerza de guapeza— agrega—pero de mi casa nuay salir....

Hemos logrado convencerla y está dispuesta a venderlo a la Municipalidad. El Alcalde nos ha manifestado su vivo deseo de adquirirlo. Confíemos en que ha de hacerlo. Recobraría así un valioso elemento histórico para el museo cuyo establecimiento en San Lorenzo, en la casa que ocupó Méndez, venimos propugnando desde hace algún tiempo.

UNA AZUCARERA

También en Canasmoro, hemos conocido en casa de Luis Cūiza, casado con Cira López, descendiente ésta del glorioso caudillo, una azucarera que fué del héroe. Doña Gertrudis Méndez, simpática e inteligente viejecita, bisnieta de don Eustaquio, nos dijo:

—Esta azucarera ha siu del Coronel (así le llama ella a Méndez). A mí me la regaló mi taita Federico y me encargó que no la *desbaratara* nunca....

Es un utensilio pequeño, hecho de guayaacán y enchapado en plata. En la parte superior de la tapa, tiene un busto de guerrero español de la época de la conquista. Tres patas finamente moldeadas sirven de soporte. El busto como las patas son de plata macisa.

Doña Gertrudis se negó rotundamente a desprenderse del recuerdo de su abuela. Empero, es necesario adquirir por cualquier medio este utensilio para el museo a que hemos hecho referencia.



La espada que le regaló Belgrano

Como premio y reconocimiento por sus heroicas hazañas, el General Belgrano lo ascendió al grado de Teniente Coronel del Ejército Argentino, remitiéndole, como regalo personal, una hermosa espada. Méndez que apreciaba altamente este obsequio, supo conservarlo hasta su muerte. Hemos indagado sobre el particular. Se nos ha dicho que se encuentra en poder de algún miembro de la familia. No dejaremos en nuestra investigación. Su altísimo valor histórico merece toda la preocupación posible.

Sabemos que en poder de doña Gertrudis, se encuentran muchos objetos, y acaso documentos, de inestimable significación. La buena anciana los guarda celosamente. Hasta el momento de escribir estas líneas no hemos logrado vencer su resistencia y reserva.

—«Lo que guardo en esa caja—nos dijo refiriéndose a un antiguo mueble—lo verá mi nieta cuando me muera».

Pero insistiremos en nuestro propósito. Creemos fundadamente que ese viejo mueble guarda objetos y documentos de singular importancia en lo que se refiere a la vida del epónimo caudillo.

Sabemos también que un baúl gigante, que fué de propiedad y uso de don Eustaquio, se encuentra en poder de un vecino de Sella. No hemos podido identificarlo aún; no abandonaremos nuestro empeño. Tenemos la decisión firme de obtener para el museo que propugnamos todos estos elementos que pertenecen a la tradición y pasado histórico de nuestro pueblo.

Deseo y voluntad nos sobra; precisamos solamente el tiempo de que no disponemos por ahora.



La niñez y adolescencia de José Eustaquio

Allá por el año 1927 o 28, tuvimos oportunidad de conocer a don Federico Míndez, nieto del héroe. Nos encontramos casualmente con él un día de fiesta en una casa del risueño Barrio del Molino en esta ciudad. La apostura y arrogancia del viejo campesino, llamó nuestra atención. El ingenio y la desenvoltura de su parla amenísima, picó la curiosidad de nuestra edad adolescente. Charlamos largamente con él. De sus labios escuchamos muchas de las referencias que anotamos, hoy en este modesto libro. Por cierto que entonces, no cruzó por nuestra mente la idea de escribir alguna vez la biografía del glorioso caudillo. Pero los años no han borrado de la memoria la cautivante narración que nos hiciera de lo que en rueda de familia, escuchó sobre muchos aspectos de la vida de su abuelo. Hablaba de él con visible emoción y no disimulado orgullo. Veneraba su memoria.

—Ya no, niño, hombres de la laya de mi agüelo José Eustaquio que diantris va javer agora—nos decía. El estaba jecho de un material que sia perdiú....nosotros no somos ni la punta....

—Era el preferido y el mimado de sus pa-

dres. Talvez el excesivo cariño, hizo de Eustaquito, un niño voluntarioso, engreído, irreducible. Creció sin más freno que su propia voluntad; impulsivo, audaz, rebelde, indómito. Así modeló su personalidad de niño. Esos rasgos temperamentales adquirieron mayor fuerza y vigor en su adolescencia. Y en su juventud plasmaron su pasta de guerrero invencible.

Creció en contacto íntimo con la naturaleza bravía de sus pagos. Las lomas y cañadas de Tola Huaico, los desfiladeros del cerro de Taucoma, el Alto de Noques, los riscos de las Liquinas, las quebradas de Potrerillos y Churqui Huaico, las playas de los ríos de Canasmoro y Carachimayo, los cauces de los riachuelos de Corana y Tomastas Grande, no tenían secretos para él. Jinete diestro y montañés desde su edad temprana, recorrió colinas y cañadas, montañas, quebradas y cerros. Aprendió a domeñar la naturaleza abrupta. Templó desde niño su carácter acerado. Adquirió nombradía entre el paisanaje. Adulto ya, fué el caudillo dominador e indómito.

La mayor parte de su niñez transcurrió en Canasmoro y Carachimayo. Ya dijimos que fué un niño mimado, voluntarioso y soberbio.

Nos refirió don Federico que escuchó a su padre este relato:

José Eustaquio poseía los mejores caballos. En una ocasión cabalgaba un brioso potrillo, ligero y espantadizo. Corría a galope tendido. Al tratar de salvar un cerco el bruto paró bruscamente y lanzó al jinete entre las ramas espinosas. José Eustaquio sufrió serias averías, más que por la violencia de la caída, por efecto de los espinos. Repuesto del golpe, desenfundó su cuchillo y asestó una feroz puñalada al animal en los ijares. El potrillo murió pocos días después y José Eustaquio lloró desconsoladamente....



Su permanencia en la Argentina

Como la mayor parte de los campesinos de la región, José Eustaquio viajó a la Argentina. Posiblemente recorrió Jujuy y Salta. Hay quienes afirman que su viaje se debió a un incidente con su padre. Hasta relacionan este altercado con la pérdida de la mano que originó su apodo de Moto. Es posible que así sea. Lo evidente es que pasó dos o tres años entre el gauchaje de Salta y Jujuy. Es de presumir que adquirió allí ciertas modalidades de expresión y otras costumbres propias de aquellas regiones. Empero, de regreso a sus pagos, fué nuevamente el auténtico chapaco por sus hábitos y su espíritu.

En el norte argentino, más de una vez, se trenzó a golpes de puño y facón disputándose el amor de una «prienda». Nos decía don Federico que José Eustaquio regresó de allá con algunas cicatrices en el cuerpo.

—Mi agüelo—comentó—era enamorado y pendenciero, y parece que los gauchos no son lerdos pal cuchillo...

Podemos afirmar también que Eustaquio, nunca trabajó como peón durante su estada en la Argentina. Se dedicó más bien al negocio

de ganado. Aunque lo más probable es que sus padres costearon su permanencia y sus gastos dispendiosos. Pues, su nieto, don Federico, respondiendo a una de nuestras preguntas nos dijo:

— Mi padre nunca quiso que yo fuera a la Argentina. Decía que esos viajes son una gastadera de plata sin provecho alguno. No quiero que hagáis lo que tu abuelo que a fuerza de gastar les hizo vender una propiedad a sus padres. Los Méndez nunca nació pa piones de naides; si te quis que trabajar, trabajá aquí... y si querís gastar, gasta aquí, en tus pagos...

José Eustaquio regresó de la Argentina con un gran bagaje de experiencia. La explotación de que eran víctimas los labriegos, había despertado en su espíritu los primeros impulsos naturales, instintivos, de justicia social. Su clara inteligencia recibió el estímulo de nuevos ambientes y horizontes.

Comenzó la prédica de resistencia y rebelión frente al despotismo de los opresores. Emociones nuevas embargaron su espíritu. Tal vez no alcanzaba a comprender la inmensa, la profunda significación de los caros y eternos atributos humanos: libertad y justicia. Pero los instruía, los sentía palpar en lo íntimo de su ser. Así comenzó a modelarse el caudillo.



Tenía el don de la simpatía y de la persuasión. Era el compañero, el amigo, el hermano sin dobleces ni ficciones. Su ascendiente entre el paisanaje se acentuaba cada día más. Primero fué el camarada, después el consejero, por último el jefe indiscutido.

Así se explica que en su lucha por la independencia, a un sólo gesto de Méndez, se levantaron legiones de campesinos dispuestos a dar, junto a él, su sangre y su vida.



Méndez fué chapaco cien por cien

Nos parece impropio llamarle gaucho a Méndez. A nuestro juicio, el MOTO, era un auténtico chapaco; de nacimiento, de costumbres, de espíritu. En sus gestos y actitudes se exterioriza el valor, la nobleza, la reciedumbre y la hidalguía de nuestro campesino. Es muy posible que su permanencia de algunos años en la Argentina, hubiese influido superficialmente en ciertos hábitos; acaso en su vestimenta o modalidad de expresión. Esto se explica y se justifica. Pero fué, sin lugar a duda, influencia transitoria, pasajera. Pues en los tiempos gloriosos de su campaña por la independencia, aparece el heroico caudillo, con el clásico poncho de colores vivos, pantalón de bayeta y ojotas. Su léxico no tiene nada de gaucho. En sus órdenes militares y en sus arengas habla el chapaco, el puro y auténtico chapaco, inconfundible en su modalidad de expresión.

Por eso hemos de llamarle chapaco. Es más propio, más sugerente y hasta más sonoro. Y por sobre todo, profundamente nuestro.



El retrato del héroe

Nadie podría afirmar que conoce con exactitud los rasgos fisonómicos de José Eustaquio Méndez. No ha quedado de él ningún retrato. Y esto se explica. Campesino sencillo, sin vanidades, jamás le preocupó legar su figura física a la posteridad. Sabemos, sin embargo, que en una de las casas que poseía en San Lorenzo, en la espaciosa sala de los altos, había algunos dibujos que representaban al guerrillero y pinturas evocadoras de algunas de sus hazañas. Es posible que no tuvieran valor artístico; empero, de todos modos, bien pudieron servir como el mejor documento gráfico. Sensiblemente, han desaparecido. A esos valiosos testimonios históricos, la ignorancia los cubrió con un grueso revoque de barro.

Pero existe el testimonio de sus familiares que a la lumbre del hogar campesino escucharon con devota admiración hablar del héroe. Tal el caso de don Federico y de doña Gertrudis Méndez.

Las referencias que oímos de ellos, nos permiten pues, describirlo físicamente. Casi diríamos con fidelidad y exactitud.

El notable parecido de don Federico con su abuelo José Eustaquio, está fuera de toda duda. Los datos, detalles e informaciones que

escuchamos de aquél en ocasión lejana, se complementan con las referencias que sobre el particular encontramos en los escritos de los ilustres patricios y eminentes escritores tarijeños doctores Tomás O'Connor d' Arlach y Luis Paz, quienes respaldan sus afirmaciones con el testimonio de personas que conocieron al glorioso Moto.

José Eustaquio Méndez era de elevada estatura, corpulento y dotado de fuerza hercúlea. De rostro severo, grave y varoniles facciones. Ojos claros de mirar altivo, penetrante. Los arcos superciliares estaban cubiertos por cejas hirsutas. Mostachos gruesos, poblados y crecidos caían sobre sus labios. El cutis blanco, áspero y tostado por los vientos y el sol. Cabello rubio. Todo en él reflejaba al varón dominante, enérgico, rígido. Y en verdad que era temible, pero, como todo valiente, noble y magnánimo.

Estas son las cualidades morales que lo distinguieron e hicieron mayormente admirable y meritoria su actuación guerrera. Jamás empañó sus triunfos y sus glorias con la crueldad inútil o la venganza infame. Fué feroz y temerario en la contienda, es verdad, peleaba con la bravura del león sediento de sangre, enardecido, energúmeno; mas, en la hora de la victoria era clemente, generoso... Nunca permitió que sus soldados se entregaran a excesos

y violencias en los pueblos indefensos; ni que cometieran abusos y depravaciones en hogares y haciendas, aún sabiendo que sus moradores y dueños fueron activos partidarios de la causa realista. Sus órdenes en este sentido eran terminantes. Y cuando alguno de sus soldados las desobedeció, fué inflexible en el castigo, que muchas veces llegó hasta la pena de muerte.

Don Tomás O'Connor d' Arlach, en una de sus bellas producciones, escribe:

«Entre todos estos caudillos descollaba Eustaquio Méndez, que en sus entradas a Tarija era el protector generoso y la noble salvaguardia de patriotas y realistas. Más de una vez éstos últimos encontraron en Méndez el amparo y las garantías que acaso no hallaron más explícitas entre los mismos jefes españoles».

En la campaña guerrera de este heroico caudillo, encontramos actitudes admirables de nobleza espiritual. Hemos de consignarlas en este libro, para mayor mérito y gloria del varón másculo, paradigma de las virtudes de una raza que constituye el legítimo orgullo de Tarija.



Cómo perdió la mano Eustaquio Méndez?

Afanosamente hemos tratado de verificar con exactitud en qué circunstancias y a qué altura de su vida, Eustaquio Méndez perdió la mano. En nuestro recorrido por las regiones de Canasmoro, Sella, Carachimayo, Chaupicancha.... hemos interrogado a los viejos pobladores sin otro resultado que simples referencias más o menos conexas. Los propios familiares no pudieron darnos datos ni informes precisos. Ellos, como los pobladores, nos repitieron narraciones que escucharon en su niñez cuando en las fiestas de aquellos pagos o en las pláticas hogareñas, se rememoraba al «ñuku Eustaquio», como se llamaba a Méndez en el aquerenciamiento chapaco. Don Federico Méndez, a quien nos hemos referido ya, nos dijo en cordial y amena charla hace muchos años:

—Velay niño: esto sí, que no sé. ¡Cómo diantris se volveriya ñuku mi agüelo Eustaquio!...

Pero alguna referencia de su padre cuando le hablaba del abuelo—insinuamos—. El viejo hizo un esfuerzo de memoria; después de unos segundos de silencio, respondió:

—Nada mesmo, niño, no me acuerdo que mi taita me haya conversáu de como y cuan-



do se quedariya ñuku mi agüelo. Pero dejuero que ha siu ya de hombrecito....

¿Y de todo lo que se dice por 'estas regiones, sobre el particular, cual es en concepto suyo, lo que más se acerca a la verdad?

—Veya niño: tuitos cuentan a su modo y lo mentan de toda laya a mi agüelo. Que el jináu era corajudo y pendenciero dende que andaba gatiandu, es cierto. Mi taita siempre me lo echaba en cara. Cuando de teque yo cabalgaba la potranca más chúcara o le brincaba a los moquetes a mis mayores, me deciya:

«Tenís que ser nieto de tu agüelo...no debaldi sois retrato vivito d'él».

—Sin embargo, don Federico, ¿a qué versión le asigna usted más crédito? Con prontitud respondió:

—Yo creyo que a mi agüelo le hicieron volar la mano de un machetazo en una de sus peleyas; aunque talvez el mesmo se la hizo brincar si es que le picó la sakapa como dicen... Pero que le hayga puesto las manos a su magre, eso no creyo... aunque de borracho uno se pierde se güelve loco. A mí mia pasáu niño, por eso lo digo...

De las muchas versiones que hemos recoge-

do consignamos las que, a nuestro juicio, tienen más visos de realidad

Pues, el dato exacto, incontrovertible, sencillamente no existe.



Mordedura de víbora

Eustaquio desde niño ayudaba esforzadamente a sus padres en las labores camperas. Adolescente ya, estaba un día entregado a desyerbar un terreno de labranza. Realizaba mecánicamente su trabajo, mientras entonaba a media voz una copla lugareña.

De pronto un agudo dolor le hizo lanzar una gruesa exclamación. Una víbora cascabel, a la que el chapaco llama «sakapa», le había mordido la mano izquierda. Eustaquio alcanzó a ver al reptil que se perdía entre la maleza. Sabía que la mordedura era fatal. No se conocía entonces antídoto alguno contra la ponzoña de sus colmillos. La sakapa era el terror de los campesinos. Cualquier animal, vacuno o caballar mordido por este reptil, era animal muerto. Los chapacos organizaban verdaderas batidas para exterminarlo. Tarea imposible, absurda sin duda, pero, ¿qué otra cosa podían hacer?

Eustaquio se encontraba muy lejos de su casa. No disponía de ninguna cuerda para ligar fuertemente la muñeca evitando así la circulación del veneno, mientras pudiera cauterizar con hierro candente la parte afectada, único recurso empleado por el campesino para anular el efecto de la ponzoña. El peligro de muerte era inminente; debía proceder sin pérdida de tiempo. Sin

vacilar, con la resolución de su temple acerado, extrajo el filoso y pesado facón, colocó el antebrazo sobre una piedra y de un sólo golpe se cercenó la mano a la altura de la muñeca.



Trágico altercado

Era la fiesta de San Antonio en el Cantón de Sella. Como todos los años el Santo, Patrono de la región, había sido transportado a la Iglesia de San Lorenzo. En la Misa solemne recibieron la bendición matrimonial muchas parejas de chapacos, después de la etapa del «amaño». Entre éstas se habían unido ante Dios Micaela y Santiago. Ella era una linda moza a quien Eustaquio pretendió conquistar tiempo atrás.

Don Geromo, respetable vecino de Sella, dueño del Santo, congregó en su casa a los pobladores de la región para obsequiarles con largueza y generosidad. Las fiestas de don Geromo habían adquirido merecida fama. Viejo bonachón y amable, gozaba de general aprecio y simpatía. Con frecuencia tenía invitados en su casa. Sin ser un acaudalado, poseía lo suficiente «pa darse el gusto y dejar bien a sus hijos», como solía repetir con orgullo. Fervoroso devoto de San Antonio, lo festejaba con la mayor solemnidad y daba rienda suelta a su innata generosidad.

Aquel día participaban de la fiesta los recién casados.

Micaela y Santiago, la pareja más apuesta, eran objeto de la afectuosa atención del dueño

de casa y de los circunstantes. A poco llegó Eustaquio, jinete en brioso corcel. El entusiasmo crecía a medida que la chicha dejaba sentir su efecto alcohólico. Tomados de las manos bailaban en rueda zapateando al compás de los instrumentos. Sonoras y alegres voces se mezclaban en bulliciosa algarada. Eustaquio no participaba del entusiasmo. Huraño y silencioso bebía ávidamente. De pronto los perros se trenzaron en feroz contienda. Una vieja campesina sentenció:

—Dejuro que va haber peleya; es mala señal cuando los perros se muerden asina.,.

Por un momento el temor supersticioso hizo presa en todos. Se enfrió el entusiasmo. Pero don Geromo, con un mate de chicha en la mano, exclamó:

—Aquí no habrá riñas, por que en mi casa no peleya naidis. Y al primero que andi mostrando lus dientes le vua sobar el lomo a rebencazus. Maber, los invito a tuitos.

Y vació el mate de un sorbo.

Continuó la rueda, se reanudó el bullicio, las coplas flotaban en el vaivén del contrapunto.

Eustaquio había bebido más de la cuenta. Enfrentándose a Santiago y Micaela, cantó con marcada intención, una copla torpe e infamante.

Santiago, enfurecido por la ofensa, saltó como un felino sobre Enstaquio. Este esquivó el golpe. Ambos echaron mano a sus facones. Fue imposible todo intento para calmarlos. Don Geromo enarboló el látigo en vano. Los contendientes eran dos fieras embravecidas. Santiago, ágil como un gato, se encaramó en uno de los troncos de los árboles que servían de asiento y descargó un golpe brutal sobre la cabeza de Enstaquio. La rapidez de la acción sólo le permitió levantar como escudo su brazo. El filo del facón abrió un profundo tajo en la muñeca; la mano quedó colgando, casi cercenada.

Desde entonces a Enstaquio se le apodó el «Nuku».



“Juera de mi cuerpo mano maldita”

Alegre y expansivo por naturaleza, Eustaquio Méudez gustaba de la fiesta y el jolgorio. La grave expresión de su rostro desaparecía al primer son de la caja o vibrar del violín. Cople-ro insigne, poseía potente y bien templada voz. Apuesto, bien parecido, generoso, tenía arrestos donjuanescos. Era el chapaco mejor cotizado por las mozas del lugar. Pero ébrio, era temible. El se conocía y se controlaba. Bebía con prudencia y hasta cierto límite.

—Cuando me paso de la raya —solía decir— parece que el diablo se me dentrara en el cuerpo. Me pierdo limpito; se escurece la vista. Se me tapan los oídos. ¡Dios me libre de las borracheras!...

Aquel domingo, de regreso de San Lorenzo donde había ido a oír misa, se quedó en casa de doña Margara, que festejaba su cumpleaños. Vieja amiga de la madre de Eustaquio, profesaba a éste entrañable cariño.

—Apiáte hijo; ahora tenís que almorzar conmigo. Tu máma ha quedaú de visitarme esta tarde. Con ella te’haste volver.

Accedió el mozo; desensilló su cabalgadura

y se unió a los campesinos que llegaron hasta la casa a saludar a la buena señora.

Era una mañana de mayo, fría y gris. Tomaban ponche de vino. Llegaron otros vecinos. Después de algunas libaciones, Eustaquio se tornó locuaz, decidor; desbordaba en alegría. Uno tras otro vaciaba los vasos de ponche. Bebía sin su acostumbrada prudencia. A las doce la casa de doña Margara rebosaba de invitados. Eustaquio había bebido en demasía; estaba ébrio y perdió el control de sí mismo. Una frase sin intención de uno de los circunstantes lo encolezó. La emprendió a puñadas contra todos. Vociferaba como un energúmeno. El alcohol lo había trastornado. Era imposible calmarlo. La fuerza hercúlea de que estaba dotado, parecía triplicarse por la incontrolada irritabilidad nerviosa que lo dominaba. En ese estado era «un toro alzáu», como decían los paisanos. Nada consiguieron los ruegos y súplicas de doña Margara. Realmente: parecía un toro furioso, ciego... En tales circunstancias llegó su madre. Tal vez fueron a traerla exprofesamente. Sabían todos que Eustaquio la quería y respetaba con profunda devoción.

—¡Taititu San Lorenzol—exclamó la señora al verle.—Por qué has tomau tanto hijitu...

Se acercó a Eustaquio y éste, enloquecido,

ciego, enagenado por efectos del alcohol, no reconoció a la madre...levantó la mano izquierda y la descargó abierta sobre el rostro. La señora rodó por tierra. Un grito ahogado brotó de los circunstantes. Méndez salió de prisa en busca de su caballo. Algunos chapacos lanzaron gruesas interjecciones contra de Eustaquio y trataron de salir tras él para castigar su osadía. La madre los detuvo:

—No, no tiene la culpa...no sabi lo que haci. .la borrachera lo trastuerna. Pobre mi Eustaquito...

La fiesta concluyó. Al día siguiente alguien hechó en cara a Eustaquio su conducta. Este no pudo dar crédito a lo que oía. A galope tendido se dirigió a casa de doña Margara. Al verle, la señora exclamó:

—Salí de mi vista perro arrastraú...Cómo has teniu coraje pa' poner las manos encima de tu máma...

Méndez nada dijo. Dió vuelta su cabalgadura y caminó sin rumbo con la cabeza inclinada. Lágrimas de fuego rodaron por sus mejillas. ¡Lacerante dolor del remordimiento!

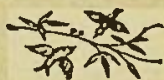
El caballo lo llevó en dirección a su casa. Méndez se dió cuenta de ello cuando el noble bruto paró en la puerta—tranquera. Eustaquio

desmontó; resueltamente se acercó hasta una pirca; extrajo su facón, puso su mano izquierda sobre una piedra y de un solo golpe la cercenó. a tiempo que exclamaba:

—¡Juera de mi cuerpo, mano maldita!

Con el muñón sangrante se presentó ante su madre; se arrodilló a sus pies y desfalleciente ya, por la pérdida de sangre, musitó:

—Perdonemé mamita...la mano que la ultrajó ya nues de mi cuerpo...



Otras versiones

Ya dijimos—y créemos oportuno repetir—que nadie puede afirmar a ciencia cierta cómo y en qué forma y circunstancias Eustaquio Méndez perdió la mano. Algunos escritores tarijeños se han referido a este episodio de la vida del epónimo guerrillero. Don Tomás O' Connor d' Arlach, una de las más puras glorias de las letras bolivianas, escribe en su entrañable libro "Tarijeños Notables" publicado en esta ciudad el año 1888:

"El amor había tocado el corazón de Méndez, centro de nobilísimos afectos y de ardientes y fuertes pasiones. Una tarde regresando de ver a su prometida, algunos paisanos, a fuer de suplicatorias instancias, le hicieron detenerse en una casa donde el licor embargó bien pronto el cerebro de nuestro héroe de suyo enteramente sobrio, moral y enemigo declarado de la embriaguez. Quizá el juego se mezclaría también a las diversiones de aquella noche, entre el franco y valiente paisanaje al cual Méndez dominaba ya y quería complacer a toda costa, presintiendo de que con esa su influencia moral le llevaría más tarde quizá hasta el campo de batalla, en defensa de la causa santa de la Patria, que a la sazón se iniciaba en nuestro horizonte como en el cielo,

el crepúsculo matutino. El joven gaucho regresó a su casa en busca de dinero para continuar la diversión; pidióle a su padre; viendo el estado de ebriedad de su hijo, se lo negó rotundamente, y al querer impedir que vuelva a salir de la casa, reconviniéndole ásperamente, Méndez, en un momento aciago y dominado por el licor y la cólera que emborracha en veces más que el vino mismo, dióle un fuerte empujón con la mano derecha, que le arrojó contra el muro, y salió.

Al ir a tomar su caballo, se apoderó de su conciencia siempre honrada, tal remordimiento por la criminal acción que acababa de ejecutar con el autor de sus días, que resolvió en su pena tomar el camino del Río de la Plata, y para esto, en vez de enlazar su caballo, enlazó una mula indómita, la cual al salir del pesebre, espantóse tan feamente que echó a correr con furia. El lazo se enredó en el brazo de Méndez, que fué arrastrado hasta casi arrancarle la mano derecha, que al desenredarse de la cuerda, quedó unida al brazo solo por una tira ensangrentada de piel. Entonces Méndez, con una serenidad imperturbable y en presencia de las personas que acudieron en su auxilio, con la mano izquierda sacó de su cintura el aguzado puñal, y cortando con él su mano derecha, la arrojó al campo

Otras versiones

Ya dijimos—y créemos oportuno repetir—que nadie puede afirmar a ciencia cierta cómo y en qué forma y circunstancias Eustaquio Méndez perdió la mano. Algunos escritores tarijeños se han referido a este episodio de la vida del epónimo guerrillero. Don Tomás O' Connor d' Arlach, una de las más puras glorias de las letras bolivianas, escribe en su entrañable libro "Tarijeños Notables" publicado en esta ciudad el año 1888:

"El amor había tocado el corazón de Méndez, centro de nobilísimos afectos y de ardientes y fuertes pasiones. Una tarde regresando de ver a su prometida, algunos paisanos, a fuer de suplicatorias instancias, le hicieron detenerse en una casa donde el licor embargó bien pronto el cerebro de nuestro héroe de suyo enteramente sobrio, moral y enemigo declarado de la embriaguez. Quizá el juego se mezclaría también a las diversiones de aquella noche, entre el franco y valiente paisanaje al cual Méndez dominaba ya y quería complacer a toda costa, presintiendo de que con esa su influencia moral le llevaría más tarde quizá hasta el campo de batalla, en defensa de la causa santa de la Patria, que a la sazón se iniciaba en nuestro horizonte como en el cielo,

el crepúsculo matutino. El joven gaucho regresó a su casa en busca de dinero para continuar la diversión; pidióle a su padre; viendo el estado de ebriedad de su hijo, se lo negó rotundamente, y al querer impedir que vuelva a salir de la casa, reconviniéndole ásperamente, Méndez, en un momento aciago y dominado por el licor y la cólera que emborracha en veces más que el vino mismo, dióle un fuerte empujón con la mano derecha, que le arrojó contra el muro, y salió.

Al ir a tomar su caballo, se apoderó de su conciencia siempre honrada, tal remordimiento por la criminal acción que acababa de ejecutar con el autor de sus días, que resolvió en su pena tomar el camino del Río de la Plata, y para esto, en vez de enlazar su caballo, enlazó una mula indómita, la cual al salir del pesebre, espantóse tan feamente que echó a correr con furia. El lazo se enredó en el brazo de Méndez, que fué arrastrado hasta casi arrancarle la mano derecha, que al desenredarse de la cuerda, quedó unida al brazo solo por una tira ensangrentada de piel. Entonces Méndez, con una serenidad imperturbable y en presencia de las personas que acudieron en su auxilio, con la mano izquierda sacó de su cintura el aguzado puñal, y cortando con él su mano derecha, la arrojó al campo

exclamando: lejos de mí, mano que empujaste a mi venerable padre...

Desde ese día el paisanaje de San Lorenzo puso a Eustaquio el apodo de El Moto, con el que luego fué conocido en todo el territorio de Tarija y con el que ha pasado al dominio de la Historia".

Como habrán notado nuestros lectores, la versión transcrita, difiere en mucho de las que hemos recogido en los pagos del glorioso Moto, Pero, respetamos profundamente lo que sostiene el ilustre y venerable patricio. Y algo más, créemos, sinceramente, que él esté más cerca de la verdad que nosotros. En la época en que escribió "Tarijeños Notables", vivían muchas personas que conocieron y trataron a Méndez, algunos de sus hijos y otros parientes cercanos. Es de suponer, pues, que el meritísimo poeta y escritor tarijeño, ha recogido informaciones de fuentes autorizadas.

Don Bernardo Trigo, prestigioso y meritorio escritor, que tan afanosamente ha escudriñado nuestro pasado histórico, en su libro "Tejas de mi Techo", se refiere al "origen del apodo" el "Moto", en los siguientes términos:

"Eustaquio Méndez, en los primeros años de su juventud, viajó a Salta donde vivió algunos años, llevando la errante vida del gau-

cho. En una ocasión su madre le había negado dinero para sus disipaciones, y Méndez, en gesto de rebeldía abandonó el solar nativo. Regresó a los cuatro años deseoso de cuidar a sus padres, y dicen las leyendas que su madre lo había recibido con amor intenso, pero recordándole que antes de su partida la ultrajó. Méndez lloró amargamente y tomando su lazo caminó en busca de su caballo "Tordillo". Gaucho diestro dió en el blanco al primer golpe, pero el lazo le tomó la mano causándole una profunda herida, a lo que recordó la queja de su madre y tomando su cuchillo dijo: "Lejos de mí, mano perversa que empujaste a mi madre"...Y Eustaquio quedó desde entonces "Moto" de la mano derecha".

Recordamos haber leído en alguna Revista que se editaba en Tarija hace muchos años, un artículo de don Domingo Paz, sobre la personalidad de Eustaquio Méndez; artículo en el que se consigna una relación muy semejante a las transcritas. Las referencias de éstos escritores nos merecen el más profundo respeto, aunque difieren en las versiones que hemos recogido.

Matrimonio y Descendencia

En los primeros años de su juventud, José Eustaquio tuvo dos hijos: Manuel de la Cruz y Dionicio. Fueron éstos quienes, adolescentes aún, acompañaron al padre en su heroica campaña guerrera.

El año 1823, cuando ostentaba su título de Comandante de Armas, contrajo enlace matrimonial en el curato de San Lorenzo con doña María Salomé Ibárbol, hija legítima de Mariano Ibárbol y Antonia Gareca. Actuaron como padrinos Juan Rojas y su esposa Rosalía Méndez, Bendijo la ceremonia el cura don Joseph Franco de los Reyes.

De este matrimonio nacieron diez hijos; seis murieron en temprana edad; cuatro sobrevivieron al padre: Leonor, Manuel, José y Gertrudis.

Después de muchos años de esta unión, quedó viudo. En segundas nupcias casó con doña María Estefanía Rojas. Pero antes de unirse a ésta con los sagrados lazos del matrimonio, mantuvo con ella relaciones concubinarias; fru-

NOTA.- los datos que hemos consignado han sido tomados de los documentos que transcribe don Bernardo Trigo en su libro "Tejas de mi Techo".

to de éstas fueron sus hijos José Manuel, Eulalia, Eliodoro, Manuel, Ignacio y Paula.

Así se explica la numerosa descendencia del héroe, diseminada en diferentes regiones de la Provincia que lleva su glorioso nombre.



Méndez, Líder Socialista.

Con sobrada razón puede afirmarse que José Eustaquio Méndez fué un auténtico líder socialista. Un luchador romántico, puritano, sin cálculos ni previsiones, por lo mismo que era un chapaco sencillo e ignorante. Hasta él no llegaron nunca las prédicas de los precursores de Marx. Ignoraba en absoluto que en la vieja Europa las ideas audaces de los creadores del socialismo preparaban el fermento que habría de engendrar mas tarde la incontenible insurgencia revolucionaria de las clases oprimidas. Ni de oídas conocía los nombres Hegel, Saint Simón, Prudhom, Fourier, Ricardo..

Y en la época en que el Nuevo Mundo se enteraba del Manifiesto Comunista de Carlos Marx, Méndez ya había bajado a la tumba.

Su ignorancia no le permitió lucubrar alrededor de los principios de justicia social ni pudo tener el más leve asomo de la lucha de clases, por la sencilla razón de que ésta había insurgido como base incommovible de las reivindicaciones sociales, cuando nuestro héroe ya no existía.

De los atributos inmanentes de libertad y justicia, no tuvo sino una concepción natural instintiva, primaria. Pero su innata rebeldía

y altivez, el ancestral sentimiento de dignidad humana, impulsaron la reacción espiritual que dió vigor incontenible a su decisión heroica de luchador invencible. Y fueron esas fuerzas morales, alimentadas por los mas nobilísimos sentimientos de su pujante corazón, las que trazaron la trayectoria maguífica de su vida hecha de renunciamientos, sacrificios y heroísmos incomparables.

Frente a los abusos, depredaciones y violencias del español prepotente que se entregó a la inmisericordia explotación del autóctono al que degradó en su condición humana, ante el despotismo y apresión humillante que instauró como sistema, se irguió el chapaco altivo, y arrogante.

Y comenzó su prédica. De resistencia pasiva primero; de rebelión impetuosa después...

Así lo vemos logrando la cancelación de los ominosos tributos que pagaban los campesinos; lo encontramos después luchando con heroísmo temerario en procura de una patria sin amos ni esclavos; defendiéndola mas tarde de la invasión extranjera que pretendió hollar su soberanía e integridad; y por último, entregando su vida en manos de un audaz sedicioso que intentó derrocar un gobierno cuyo jefe encarnaba para Méndez al mandatario que

amparaba a las clases desposeídas frente a los apetitos siempre insatisfechos de la plutocracia dominante.

Fué, pues, un auténtico luchador socialista; leader por antonomasia.



Eustaquio Méndez guerrillero de la Independencia

La simiente de la liberación que germinó en los claustros augustos de la ilustre, Mayor Real y Pontificia Universidad de San Francisco Xavier, floreció en los corazones patriotas al conjuro fecundo de los heraldos y paladines que la esparcieron por los pueblos del Alto Perú.

El derecho inmanente de libertad y justicia tuvo su más alta expresión de idealidad en el pronunciamiento del 25 de Mayo de 1809, punto de partida de la gloriosa gesta redentora. Mas tarde el genio inmortal de Pedro Domingo Murillo dió cima a la Revolución del 16 de Julio del mismo año, inscribiéndose con la altivez y reciedumbre del viril pueblo paceño, el primero y más glorioso fasto de la guerra por la independencia americana.

El ideal sacrosanto rubricado con la sangre y el sacrificio de los protomártires inflamó los corazones patriotas de uno a otro confín del Alto Perú. El fervor revolucionario iluminó los espíritus y engendró la decisión heroica.

El anhelo de redención, abonado con "sangre, sudor y lágrimas", fructificó en las

tierras que descubriera don Francisco de Tarifa y conquistara don Luis de Fuentes y Vargas.

Simultáneamente surgieron en las diferentes regiones que comprende hoy nuestro departamento, los montoneros chapacos capitaneados por sus caudillos.

Aventurado sería señalar la fecha en que Méndez inició su campaña. Nos hemos esforzado por establecerla; sensiblemente las escasas fuentes de información de que disponemos han defraudado nuestro deseo y esfuerzo. Empero, para el propósito que perseguimos no tiene mayor significación. Anhelamos exaltar la figura más arrogante, valerosa y heroica de nuestro pasado. Pretendemos reivindicar la gloria de su nombre para que perdure en la gratitud, el afecto y la admiración de los hijos de esta tierra. La verdadera historia, para nosotros, no es precisamente la que se escribe con letras de molde; es la que vibra y palpita en el recuerdo y en el corazón de los pueblos.

No se crea, empero, que nos hemos impuesto la menguada tarea de hacer historia impulsados por la reacción emocional que nace de nuestra profunda admiración y cariño hacia

la tierra bendita que nos vió nacer. Nó. Nadie podrá tildarnos de escribir apoyándonos en suposiciones autojadizas o con el mero afán de agrandar figuras por el sólo hecho de que las sintamos hondamente nuestras. Eso podría justificarse y ser acaso encomiable. Muchos, muchísimos escritores lo han hecho en todas las latitudes del mundo. Pero nosotros,—sin la pretensión de ser escritores, menos aún historiadores,—consideramos esa conducta desleal para con la posteridad.

Anhelamos exclusivamente cumplir un deber con nosotros mismos y con nuestro pueblo. Y cuanto consignemos en este modesto libro, tendrá siempre respaldo documental. Claro es que trataremos algunos aspectos en base de deducciones lógicas y justificadas, a falta de fuentes fidedignas. Pero aquéllas no tendrán otro valor que ese: simples deducciones que pueden o no satisfacer al lector. En todo caso a quienes nos hagan el honor de leerlos, les queda el derecho de aceptarlas o rechazarlas.

El gran ascendiente que había conquistado José Eustaquio Méndez en las comarcas de Carachimayo, Canasmoro, Sella, Tucumilla, Lajas, La Victoria, lo convirtió en el caudillo

de aquella extensa región. Y a fe que tenía pasta de tal. Se impuso ante el respeto y consideración del paisanaje por sus singulares cualidades de camarada y amigo. Era leal, generoso, ecuminine. A estas virtudes unía el valor extraordinario de que había dado pruebas desde niño.

Los campesinos admiraban a José Eustaquio. Entre el jolgorio de las fiestas lugareñas en las que el Moto hacía gala de su habilidad de coplero, les hablaba de la triste condición de sometimiento en que los habían sumido los españoles. Su innata rebeldía y altivez reaccionaban frente a los abusos y depredaciones de aquéllos.

—Algún diya tiene que acabarse esta humillación—les decía—pero hay ser a juerza de peleya... De a güenas ningún perro hambriento suelta la presa...

Instintivamente los campesinos acariciaban la idea de libertad. La deseaban, la ansiaban, como se desea el aire, la luz...

—Nosotros no somos animales de carga como se figuran los cuicos. Abusan a su gusto; a juerza de guapeza nos quitan lo que es nuestro... quieren vivir a costilla ajena... Pero esto hay terminar algún diya... Por algo somos hombres...

José Eustaquio era mozo de clara inteligencia, perspicaz, pero ignorante... La instrucción en aquellos tiempos, deficiente de por sí, estaba vedada para los campesinos. Todo hace suponer que no sabía leer ni escribir. Años más tarde, aprendió a estampar su firma. Tenemos motivos para aseverar que dictaba sus cartas y documentos. De todos modos, su ignorancia no amengua en absoluto sus méritos; por el contrario, talvez les dá mayor relieve.



LAS HAZAÑAS DEL MOTO MENDEZ

Cuando se considera las proezas temerarias de que fué autor el glorioso Moto, la razón se resiste a admitir que un hombre fuera capaz de realizarlas.

Su figura se nos antoja una visión sobrenatural creada por el vuelo infinito de la fantasía. Parécenos un héroe de leyenda; un personaje de la mitología.

¿De qué pasta estaba hecho este varón másculo que domó el peligro y venció a la muerte en mil hazañas de sublime heroicidad?

A la cabeza de sus montoneros, contagiados de su intrepidez y arrojo, sostuvo con igualada bravura la sangrienta campaña de guerrillas sin parangón en la historia. Jinete apuesto en brioso corcel, cargaba sobre el enemigo con la "ferocidad del león y la rapidez del águila". Envuelta la brida en el antebrazo izquierdo, blandía la tosca lanza o el filoso sable con la mano derecha abriendo claros de muerte y de sangre en las filas del adversario. Fué herido muchas veces; lo dice él en un acápito de la carta que dirigió al Gobernador Mariano Gordaliza el 8 de junio de 1826:

“Así mis desvelos, mis fatigas, mis sudores, mi sangre y heridas que lleva mi cuerpo, dieron la vida civil a medio Tarija”. (1)

Rifaba la vida minuto a minuto, impávido, temerario... Podría decirse que la muerte misma le temía o le respetaba.

“Méndez es el terror del enemigo”, expresó don Francisco de Uriondo en uno de sus partes al General Güemes.

Peleó sin tregua ni descanso. Sus montoneros se alistaban aportando sus propias cabalgaduras y arreos. Costeaban la lucha con su peculio particular. Por lo que toca al caudillo, había terminado sus animales y hacienda en el sostenimiento de sus tropas. Este es otro de los grandes méritos que hace más admirable la actuación del Moto y los suyos.

Por lo general estaban armados de hachas, picos, facones y burdas lanzas. Estas no eran sino filosos cuchillos amarrados en el extremo de un palo cualquiera. Así pelearon los primeros años de la guerra. Después, dispusieron de las armas que arrebataron a los españoles en plena contienda o asaltando sus arsenales.

(1) El texto íntegro de esta carta publicamos en el capítulo pertinente.

Doña Gertrudis Méndez nos dijo:

—El Coronel acabó sus animales en la milicia. Le gustaba dar de comer bien a su gente. Hacíya derribar las mejores reses. Y cuando se vió sin nada, se emprestaba de sus amistadis... y les devolviya... Eso sí, el Coronel no se quedó nunca con nada ajenu...

Y esta es una gran verdad; la honradez de Méndez, fué proverbial, como ejemplares fueron su nobleza é hidalguía.



EL MORRO DE LOS CAMARETAZOS

Teatro principal de las hazañas y correrías del caudillo fueron Canasmoro, Carachimayo, Sella, Tucumilla, Lajas, La Victoria y otras regiones de la actual Provincia que lleva su nombre. Sus tropas estaban formadas casi íntegramente por sanlorenceños.

En aquella dilatada circunscripción el Moto tenía mil sendas y escondites. Después del golpe de mano, o asaltos sorpresivos, que realizaban sobre tropas muy superiores en número y armas, emprendían la retirada antes de que el enemigo tuviese tiempo de reaccionar. Nunca lo hacían en conjunto; cada uno tomaba dirección distinta y desaparecía sin dejar huella...

A sus tropas las tenía divididas en patrullas y fracciones al mando de sus mejores hombres. Aisladamente realizaban el servicio de control y vigilancia en largas distancias. Con frecuencia inusitada en los flancos y retaguardia del enemigo al que hostilizaban con temeraria audacia.

Cuando el Moto tenía necesidad de reunir a su gente, hacía explotar petardos en una loma de Canasmoro. A esta se la conoce con el nombre de "El Morro de los Camaretazos".

Es una colina escarpada y la de mayor altura en la región. Se encuentra al norte de Churquí Huaico, lugar de nacimiento del héroe. Desde su cima se domina todo el valle y es imposible llegar hasta allí sin cruzar la angosta cañada abierta a sus pies. Debió ser sin duda, el mejor reducto de observación y defensa.



Desinterés del héroe

¿Por qué y por quiénes luchó Moto Méndez? ¿Cuál el incentivo de su sacrificio heroico?

He aquí dos interrogaciones dignas de un sereno y desapasionado análisis.

José Eutaquio era rico y pudo pasar una vida tranquila y desahogada. Ninguna ambición de predominio, mando o riqueza influyó en su ánimo. Todo cuanto puede apetecer un campesino, lo tenía. Querido y admirado en la región; con marcado ascendiente sobre el vecindario; adornado de inuatas virtudes, rico, fuerte y bien parecido, el porvenir y la felicidad estaban en sus manos, al lado de una linda "prienda", en el regazo cálido de un hogar apacible, sencillo, empapado con la pureza del ambiente y el perfume de las vegas.

No inquietaban a su espíritu, las preocupaciones de la civilización y la cultura. El ansiaba, amaba la libertad y la justicia por intuición, instintivamente. Pero no las percibía más que en su sentido primario. Por otro lado, si bien los españoles observaron una conducta de despotismo cruel con los trabajadores de las minas, especialmente, el tratamiento que dieron a nuestro campesino fué radicalmente opuesto aunque no puede eximirseles de abusos y violencias. No

sería acertado suponer, entonces, que el dolor de la humillación hubiese encendido el odio y el ansia de venganza como aconteció en otras regiones.

Es que José Eustaquio Méndez, ya lo dijimos, fué un socialista intuitivo. Detestaba las actitudes de amos y patrones omnímodos de que hacían gala los peninsulares y no podía resignarse mansamente a que, mientras éstos gozaban de preeminencias y privilegios, entregados a una vida fácil y regalada, los campesinos tuvieran que soportar gabelas y tributos, trabajando con redoblado esfuerzo, para mantener las comodidades y granjerías del déspota extranjero. El soñaba con un futuro de justicia para los suyos; en lo íntimo de su ser se había arraigado el convencimiento profundo y sincero de la igualdad de los hombres...

En sus frecuentes fiestas y reuniones, en los momentos de descanso de las duras faenas camperas, entre el jolgorio de la fiesta o a la sombra del coposo sauce, José Eustaquio hablaba con emoción a sus compañeros:

—Nosotros no somos servinacus de naidis; que trabajemos, tá bien, peru que mus paguen. Los hombres somos iguales ante Dios, y la justicia él la jecho pa tuitos. Estas tie-

rras son nuestras, por que fueron de nuestros pagres y porque las trabajamus...

Y por eso, tan pronto como supo que otros pueblos se habían levantado en armas frente al opresor, reunió a sus montoneros y comenzó la lucha... Más que por él, peleó por ellos; por su ideal intuitivo de libertad, igualdad, justicia... para todos los hombres y en toda la tierra.

Ideal nacido con la pureza con que brota un sentimiento nobilísimo del corazón y al que jamás empañó la ambición bastarda o el interés mezquino.

¿Y el incentivo de su sacrificio heroico?

La Guerra de la Independencia lo sabemos sobradamente, fué la lucha tenaz, larga y sangrienta de los oprimidos frente a los opresores. Aquellos: impulsados por ideales sin mácula, por el odio y deseo de venganza, o por ambiciones de orden político y económico. Estos: defendiendo su posición de predominio, sus riquezas y granjerías o simplemente, cumpliendo un deber impuesto por la fuerza.

En la hora del triunfo salieron a flote los apetitos y flaquezas, los intereses y ambiciones. La lucha solapada, traicionera, desleal

en procura del encumbramiento político o del logro de riquezas. Los premios y honores dignos y merecidos ocuparon plano secundario. Quien más quien menos, casi todos recibieron su alícuota parte. Merecidamente unos, indignamente otros. Empero, al Mito Mendez, ¿qué se le dió? ¿Cómo premió la Patria el sacrificio heroico del glorioso caudillo? ¿Se ha honrado dignamente su excelsa figura? Nó. Para él no hubieron premios ni honores que estuvieran a la altura de sus merecimientos.

Es que tampoco los reclamó nunca. Había peleado con nobleza y sin ambiciones, con bravura y temerario arrojo, sin el incentivo de la recompensa, ni la humana vanidad de dar gloria a su nombre. ¡Tenía muy limpia el alma para eso!

Perdió la mayor parte de su fortuna en la guerra. Todo el ganado caballar, cabrío y vacuno que poseía. Le quedó solamente sus fincas taladas y sus casas semidestruídas... Pero nada pidió; ni como justa indemnización ni como recompensa.



Su actuación Guerrera

Sería imposible relatar circunstanciadamente la campaña guerrera realizada por el inmortal caudillo. La mayor parte de sus acciones apenas si merecieron la incidental referencia o el comentario superficial del historiador.

Ante la imposibilidad material de la búsqueda de documentos en los archivos de bibliotecas lejanas, hemos revisado pacientemente libros, folletos, periódicos y recortes de antigua y reciente data, que laboriosamente hemos conseguido de mucho tiempo a esta parte. Cotejando escritos y apuntes, eslabonando y complementando unos con otros, hemos logrado condensar siquiera parte de la heroica intervención que le cupo al caudillo chapaco. Tarea un tanto difícil pero gratísima por cierto, y que nos proporciona la íntima satisfacción de consignar lo que consideramos de mayor relieve e importancia.



La acción de Chocloca

La dura campaña del Ejército comandado por Balcarce, tuvo la eficiente colaboración de nuestros guerrilleros que, cuando no actuaban en las contiendas, realizaban activa labor de aprovisionamiento a las tropas. Desde los valles de Tarija transportaban ganado caballar y vacuno. Eran misiones sacrificadas y peligrosas. El enemigo estaba informado de ellas y custodiaba con fuertes efectivos los caminos y sendas. Tenía doble interés: batir a los guerrilleros y tomar el ganado que har- to necesitaba.

El Moto Méndez, que por instrucciones de Güemes había reunido algunos centenares de caballos que transportaba a Yavi, fué atacado por una numerosa fracción realista en la región de Chocloca. El combate fué sangriento. Méndez y sus montoneros lucharon con su coraje y arrojo habituales, logrando poner en fuga al enemigo que dejó muchos cadáveres en el campo. Murió allí un Capitán Doloberry, jefe de los atacantes que pertenecían a uno de los más aguerridos regimientos españoles.

Todos los cadáveres recibieron cristiana sepultura.

Y, como era costumbre entre estos bravos, destocados y de rodillas, elevaron una plegaria al Altísimo por las almas de los desaparecidos.

Talvez sea oportuno anotar que Méndez y los suyos eran profundamente cristianos.

Esta acción tuvo lugar el 20 de enero de 1812



El Combate de Rio de las Piedras

Goyeneche había confiado al General Pío Tristán la misión de perseguir y batir al Ejército Argentino que comandaba Belgrano. Salió Tristán de Suipacha, precedido de una vanguardia formada por tropas disciplinadas y aguerridas. Acosado por éstas, la situación del General argentino, que se había replegado sobre Jujuy, se tornó peligrosa. Tenía tras de sí un ejército superior al suyo en un cincuenta por ciento. Resolvió abandonar Jujuy en dirección a Tucumán, confiando el mando de la vanguardia en Humahuaca a Díaz Vélez.

El 3 de septiembre de 1812, la avanzada realista cargó impetuosamente sobre los patriotas. Díaz Vélez con sus Granaderos y Dragones, rechazó al enemigo. La victoria no tuvo mayor trascendencia, pero sí, una gran significación moral.

En esta acción estuvo presente el Moto, que luchó a la cabeza de sus montoneros con singular denuedo.



La Batalla de Tucumán

Después del combate del Río de las Piedras, Belgrano prosiguió su marcha hacia Tucumán. No obstante las órdenes que recibió de Buenos Aires para que se replegara sobre Córdoba, resolvió hacer frente al enemigo en Tucumán. Allí reorganizó sus efectivos que sumaban en total dos mil hombres. A una legua de la ciudad, en el campo de las Carreras, desplegó sus fuerzas, apoyando sus flancos en la caballería. En ésta formaban el glorioso Moto y los heroicos caudillos Francisco de Uribe y Pedro Antonio Flores. Era el 24 de septiembre de 1812.

La batalla fué larga y encarnizada. Constituye una de las más grandes, importantes y gloriosas acciones de Belgrano.

Cuando la confusión hizo presa de la infantería patriota, haciendo peligrar seriamente la suerte de sus armas, la caballería cargó furiosamente dispersando al enemigo.

Los jinetes chapacos hicieron prodigios de valor y heroísmo. Moto Méndez, una vez más, se cubrió de honor y de gloria. Los montoneros tarijeños arrollaron a las aguerridas tropas de los Regimientos "Paura" y "Fernando Séptimo".

Es allí donde Uriondo, en respuesta a los jefes que encomiaban el heroico comportamiento de los valerosos chapacos, pronunció la frase inmortal:

“Los tarijeños pasamos entre el enemigo, como rayando el surco para la siembra”...



Rechazo de un asalto realista

En el mes de abril de 1813 la plaza de Tarija estaba ocupada por los patriotas. Al tenerse conocimiento de que el General Belgrano había donado diez mil pesos para la construcción de una Escuela en esta ciudad, los vecinos expresaron su regocijo con fiestas populares. En las primeras horas de la noche de aquel día—cuya fecha no hemos podido establecer—una fracción realista atacó la ciudad. Los montoneros de Méndez, que merodeaban por las afueras de la Villa en permanente servicio de vigilancia, cargaron sobre los atacantes, encabezados por el heroico Moto. Los españoles huían despavoridos. Méndez y sus jinetes les cortaron toda retirada. La mayor parte encontró la muerte en el filo de las lanzas de los montoneros. Los que habían logrado ocultarse amparados por las sombras de la noche, fueron tomados uno a uno. Y salvaron la vida, por que don José Eustaquio jamás se ensañó con el vencido. En esta ocasión dió una prueba más de su hidalguía y nobleza. Defendió enérgicamente a los prisioneros que la ira popular quizo hacer víctima de su venganza.

¡Esta era la grandeza espiritual del chapaco heroico!

“Las Lomas Patrióticas”

El General Güemes, mediante orden de fecha 19 de agosto de 1814, dictada en el “Cuartel Principal de la Vanguardia en Jujuy” instruyó al entouces Comandante don Pedro Antonio Flores— otro de los gloriosos caudillos tarijeños — para que se traslade a esta ciudad donde debía cumplir una importante misión.

En aquel tiempo, contrariamente a lo que suponía el General argentino, la plaza de Tarija estaba ocupada por fuerzas realistas. Una hábil estratagema del Comandante Flores determinó la retirada de las tropas españolas de esta ciudad.

Moto Méndez, oportunamente informado por sus patrullas de vigilancia, reñió a sus montoneros y planeó el ataque a las fuerzas españolas que se retiraban.

Entre San Lorenzo y Sella se levanta una colina cuya cima es un tanto inclinada, plana, y flanqueada de lomas más altas. Los realistas, que buscaban sendas apartadas para evitar un encuentro con las tropas del Comandante Flores, eran guiados por los propios hombres del Moto que, por instrucciones de éste, se habían incorporado a sus filas.

Hábilmente, pues, fueron atraídos hacia la colina que hemos descrito ligeramente, y donde se apostaron los montoneros chapacos.

El ataque fué impetuoso, incontenible. Méndez y sus hombres cargaron blandiendo lanzas, sables y machetes. La rapidez de la acción impidió el despliegue enemigo. Por retaguardia atacó un grupo de patriotas que había recibido instrucciones precisas del caudillo en sentido de evitar que la artillería pudiera ser emplazada. La misión se cumplió admirablemente. El combate fué sangriento. El valeroso Moto y sus chapacos realizaron una de sus más heroicas hazañas. La colina quedó teñida de sangre. Muchos fueron los muertos, heridos y prisioneros. Numerosos también los que lograron huir.

¿Este glorioso triunfo, por qué no ha merecido la referencia honrosa y digna en las páginas de la historia nacional? ¿Talvéz porque no tuvo mayor significación en el curso de la guerra? Puede que así sea. Pero para nosotros, los tarijeños, constituye un timbre de legítimo orgullo; y es un galardón más de gloria en nuestro pasado.

El escenario de aquel recio combate, que tuvo lugar el 17 de septiembre de 1814, ha

sido bautizado con el nombre de “Lomas Patrióticas”.

¡Quiera el cielo que la gratitud popular levante allí el monumento que simbolice la reciedumbre heroica del inmortal caudillo chapacol.



Acciones de Canasmoro y Pilaya

No todo fué triunfo y victoria para Moto Méndez. En muchas ocasiones saboreó la hiel de la derrota. Pero jamás los reveses de la suerte doblegaron su valor indómito.

En la porfiada y larga campaña realizada por el Coronel Lavín, con aguerridas y numerosas tropas, para dominar a nuestros caudillos, logró batirlos y dispersarlos en varias oportunidades.

En el mes de abril del año 1816, Méndez tenía acantonadas sus fuerzas en esta ciudad. Eran escasos sus efectivos; la mayor parte colaboraba al valeroso Uriondo en sus correrías por Concepción y Padcaya.

Una fuerte fracción realista atacó la ciudad por diferentes puntos. Los montoneros de Méndez resistieron valerosamente. Casi todos murieron en la contienda. El Moto, con los pocos sobrevivientes, logró salvarse tomando por los atajos el camino a sus pagos de San Lorenzo.

Allí reorganizó sus tropas y se aprestó a seguir luchando.

Lavín proseguía su encarnizada persecución. Méndez no se enfrentaba en combate abierto, porque disponía de escasos efectivos; y la mayor parte sin armas. No obstante de ello, realizaba audaces y sorprendentes golpes de mano y emboscadas nocturnas. El Canas-moro enfrentó a una numerosa fracción enemiga a la que hubiese infringido aplastante derrota sin la oportuna llegada de refuerzos que le obligaron a replegarse hacia Pilaya, donde se le unieron centenares de chapacos.

Allí decidió presentar combate. En un día del mes de agosto se produjo el encuentro. Méndez contaba con un número aproximado de ochocientos combatientes, en tanto que Lavín tenía un efectivo de dos mil. El combate fué largo, sangriento y desigual. Las tropas españolas, formadas por soldados agnerridos, estaban convenientemente dotadas. Los montoneros de nuestro héroe solo disponían de machetes, lanzas y algunos fusiles y, en su mayor parte, se habían iniciado recién en la guerra. Pero se superaron en arrojo y heroísmo. Sin embargo, pudo más la táctica y disciplina del enemigo. Y cuando éste intentaba realizar un movimiento envolvente, Méndez ordenó la retirada, salvando gran parte de su tropa.

Los reveses sufridos no amilanaron al caudillo; por el contrario, sirvieron de acicate a su espíritu indomable. Fué derrotado, es verdad, pero jamás vencido.

¡A los hombres de su temple solo los vence la muerte!



Méndez redime al campesino del pago de ominosos tributos

El General La Serna asumió el mando del Ejército español en septiembre de 1816. Concibió entonces el plan de invadir las Provincias argentinas y el primer movimiento fué su marcha sobre Tarija.

Con su poderoso ejército, formado por tropas veteranas y aguerridas, ocupó Tolomosa. Nuestros guerrilleros, diseminados por toda la circunscripción de este Departamento, concentraron sus efectivos e iniciaron una tenaz campaña de hostilidad. Atacaban sorpresivamente en altas horas de la noche y desaparecían sin dejar huella. Los montoneros de Méndez maniobraban con rapidez y audacia inconcebibles. Asestaban impetuosos golpes de mano. Tan pronto atacaban la vanguardia como los flancos y la retaguardia. Surgían cual sombras dantescas por todas partes y desaparecían veloces por hondonadas y desfiladeros. Dura, penosa y difícil fué la marcha de los realistas.

La Serna entró triunfante en esta ciudad el 1º de Diciembre.

Comprendió que todo esfuerzo por do-

minar a los caudillos en acción de guerra sería inútil. Pretendió anularlos por otros medios. Concibió la peregrina idea de seducirlos con halagos y honores.

Con fecha 14 del mes citado, dirigió una carta a don Francisco de Uriondo, cuyo texto, conjuntamente con la altiva respuesta del caudillo, copiamos en la nota biográfica sobre éste.



El sitio de Tarija

Ocupada la plaza por el ejérdito invasor, Méndez y sus chapacos sitiaron la ciudad. Estratégicamente apostados, no permitían la entrada de víveres. Las patrullas que intentaron salir, encontraron la muerte. La situación se tornó desesperada. El numeroso ejército había consumido en poco tiempo todas las provisiones disponibles.

La Serna comprendió que pese al número y potencia de -fuego de sus tropas, era sencillamente imposible anular el sitio. Podía, naturalmente, batir a los montoneros, pero, ¿dónde encontrarlos?

Don Tomás O'Connor d' Arlach escribe:

"Varios ataques intentaron los realistas contra aquellos temerarios montoneros y otras tantas veces como atacaron, fueron rechazados. Como esta situación se prolongara demasiado, el Virrey (La Serna) perdiera muchos de sus soldados, y el hambre amenazara con sus horrores a la plaza de Tarija, en donde no dejaba entrar Méndez recurso alguno, envió un parlamentario a éste, ofreciéndole amplias garantías y el grado de Coronel del Ejército Real, a condición de que permitiera la entrada de víveres, la salida del ejército espa-

ñol y desarmando a sus montoneros se retirara a su hogar”.

El valiente caudillo hizo saludar en su nombre con todo respeto y afecto al Virrey, y rechazó de llano la proposición.

¡Ejemplar actitud del chapaco digno y altivo!

La situación de los sitiados era más grave a medida que pasaban los días. Nuevamente el jefe español intentó seducir al glorioso Moto; esta vez con el soborno. Le envió una conceptuosa y amable carta y “dos talegos de onzas de oro de obsequio”. Méndez respondió en términos respetuosos pero enérgicos. Rechazó el obsequio, por considerar “indigno de un patriota el recibirlo”.

En su respuesta, consignó esta frase textual: “A Méndez, Excelentísimo señor, no se le seduce con oro; él desprecia y ha despreciado siempre el dinero”. (Tomás O'Connor·d' Arlach. Tarijeños Notables).

¡Magistral lección de dignidad y desinterés!

La Serna, justo es reconocerlo, hizo todo honor a la actitud arrogante del guerrillero.

Entretanto, la aflictiva situación de los

españoles provocaba creciente desmoralización en la tropa y clamor desesperado en los pobladores. El General realista envió un nuevo emisario al caudillo, "suplicándole le pida lo que quiera a condición de dejarle entrar víveres y levantar el riguroso sitio en que tenía a la ciudad". Méndez, respondió que estaba dispuesto a complacer su pedido, a condición de que La Serna, expidiera un decreto, bajo compromiso de honor de hacerlo aprobar más tarde por el Gobierno de la Corona, por el cuai se suspendieran para siempre las gabelas y tributos pue pesaban sobre los campesinos tarijeños. Accedió el jefe español; se dictó el decreto, que fué remitido en copia autógrafa al caudillo, y éste cumplió lealmente su palabra.

Desde aquella época se redimió a nuestro chapaco del tributo ominoso que por muchísimos lustros le impusiera el despotismo español.



Incontrastable testimonio histórico

El ilustre y benemérito General Francisco Burdett O'Connor, escribió un importantísimo libro, con el sugestivo título de **RECUERDOS**, que ha sido publicado por su nieto don Tomás O'Connor d' Arlach, el año 1895, en esta ciudad.

El autor de ese diario íntimo, relata con precisión admirable los hechos más importantes desde su llegada a esta América. Es una obra de cuyas páginas brota sorprendente franqueza y sinceridad. En ella reliva con alto espíritu los merecimientos de quienes realmente los poseén; resalta la crítica justiciara, desapaionada y la austera parqnedad en el elogio.

Consideramos, pues, que el juicio del ilustre irlandés sobre nuestro glorioso candillo, es el más autorizado y cabal de cuantos se han escrito. Además, viene a ratificar en forma rotunda y categórica el sello de la verdad histórica en uno de los más notables episodios de la vida de nuestro inmortal Moto; episodio que hemos descrito en nuestro anterior capítulo.

Relatando un paseo al que había sido

invitado por las autoridades de esta ciudad, escribe el General Burdett O'Connor:

"Al anochecer montamos a caballo y nos dirigimos al inmediato pueblo de San Lorenzo, a casa del Coronel Eustaquio Méndez, el célebre guerrillero, antiguo y muy benemérito patriota tarijeño, gaucho en toda la extensión de la palabra, hombre de mucho carácter, de sincero patriotismo y valiente en sumo grado. Este Méndez prestó muchos y muy importantes servicios a la causa de la independencia. En la época de la guerra tuvo sitiados en la ciudad de Tarija al Virrey La Serna y todos los jefes y tropa del ejército realista, capitulados después de Ayacucho. No les dejaba entrar ganado ni comestible alguno de las inmediaciones; en el punto llamado Barrancas, entre Tarija y San Lorenzo, quitaba los contingentes que venían de Tupiza para las tropas realistas, escoltados siempre por una compañía de Cazadores. El General José Miguel de Velazco, que fué Capitán de una de estas compañías, y más tarde Presidente de Bolivia, me refirió toda esa historia y esas proezas y la manera cómo el Coronel Méndez le quitó en una ocasión a él y su compañía todo el contingente que traía, en aquellas célebres barrancas de Tarija. El Virrey, viéndose ya sumamente estrechado

por este valiente e infatigable guerrillero patriota, le llamó un día y le dijo que pudiese la gracia que quisiera, a cambio de que levantase el sitio de la plaza y le dejase entrar víveres.

“Muy bien señor Virrey, si es así, le respondió el heroico Méndez; yo no pido otra cosa sino que se digne suspender el tributo que paga el paisanaje de mi tierra, y yo suspendo el sitio y dejo entrar lo que le guste”.

“Es desde ese día, que se suspendió el tributo en Tarija, lo que se debió pura y exclusivamente a Méndez.

Toda aquella noche se bailó en casa del benemérito Coronel Méndez, y al día siguiente nos regresamos todos a Tarija”.



Batalla de Guerrahuaico

El Coronel José Melchor Lavín designado Gobernador de la Provincia de Tarija, había concentrado sus fuerzas en esta ciudad. Nuestros guerrilleros la amagaban incansablemente. Merodeaban por sendas y caminos asestando golpes de mano e incursionando temerariamente entre las trincheras de defensa. El intrépido Moto estaba habituado a penetrar hasta la ciudad y llevarse en el ruedo de su lazo un centinela.

Con frecuencia las fuerzas de Lavín salían en busca de los montoneros, quienes, presentándose sorpresivamente cargaban sobre el enemigo, sembrando la confusión y la muerte.

El Coronel Miguel Ramallo, en su libro Batallas de la Guerra de la Independencia Altoperuana, refiriéndose a nuestros montoneros escribe:

"Conociendo (Lavín) la audacia y arrojo de los guerrilleros y a pesar de que hizo atrincherar la población, no estaba seguro de que una repentina acometida inutilizase sus esfuerzos. Estos montoneros estaban la mayor parte montados y su actividad era tal, que tan pronto estaban en las puer-

tas de Tarija como en las márgenes del Bermejo o en las orillas del Río San Juan; si eran derrotados desaparecían como el humo presentándose pronto por una dirección opuesta a la que fugaron”.

Lavín tenía en esta ciudad al Regimiento “San Carlos”, el Escuadrón “Blandengues” y el “Segundo de Infantería”. Sin embargo, no se sentía fuerte ni seguro, frente al arrojo y heroísmo temerario de nuestros caudillos, y pidió al Cuartel General el envío de refuerzos.

¡Tal era el terror que habían infundido a los realistas los valerosos chapacos!

Los guerrilleros concentraron sus tropas al mando de Uriondo, resueltos a dar el golpe definitivo.

El 14 de octubre de 1816, los patriotas se anunciaron disparando un cañonazo en las afueras de la ciudad. Era el desafío a la lucha.

El jefe realista arengó a sus tropas y salió a responder el reto. Las fuerzas españolas, además de las unidades que hemos citado líneas arriba, contaban con el Regimiento “Cazadores” y otros Escuadrones del “Blandengues” que se les envió de refuerzo.

En total, cerca de tres mil soldados y varias piezas de artillería. Los patriotas, en cambio, eran solo setecientos infantes comandados por Rojas y Mendieta y quinientos jinetes a órdenes de Avilés y Moto Méndez. En cuanto a artillería, disponían escasamente de una pieza de montaña de escaso calibre.

Uriondo, Comandante en Jefe, desplegó a los suyos en la Pampa de Guerrahuaico.

La batalla comenzó en la mañana del día 14 de octubre de 1816.

La infantería patriota resistió sin ceder un palmo las embestidas del enemigo, mientras los jinetes de Méndez amagaban por los costados. Las impetuosas cargas del Moto, arrollaban materialmente a los realistas, Lavín hizo desesperados esfuerzos para evitar el desbande. Después de algunas horas de fiera contienda, se impuso la superioridad y táctica de los peninsulares. Nuestros caudillos se vieron precisados a retirarse, dejando en el campo muchos muertos, heridos, prisioneros y el único cañón que poseían. Pero vendieron muy cara la derrota. Pues las bajas que produjeron sobrepasaron en más del doble a las sufridas.

“Lavín entró en Tarija, en la tarde de aquel día, llevando amarradas en la cola de

los caballos, las cabezas de los prisioneros que había hecho degollar en el campo de batalla, parodiando, dice un escritor contemporáneo, al salvaje Atila, Rey de los Hunos". (Miguel Ramallo. Batallas de la Guerra de la Independencia Americana).

Desde entonces aquella región donde tuvo lugar esta batalla, se denominó Guerra-huaico.

El contraste sufrido no amilanó a nuestros caudillos. Les dió, más bien, mayores bríos para continuar luchando en defensa de los sublimes y eternos atributos de la humanidad: ¡LIBERTAD Y JUSTICIA!.



BATALLA DE LA TABLADA

En la gloriosa y heroica campaña sostenida por nuestro pueblo en la Guerra de la Independencia Americana, resalta con vívidos fulgores la gesta del 15 de Abril de 1817. Todas las obras históricas que se han escrito sobre la epopeya de los quince años consignan en sus páginas esta acción guerrera cuya importancia y trascendencia se ha relevado justicieramente. Empero, pocos son los historiadores que le han dedicado un análisis suscito. Menos aún, los que han hecho resaltar la decisiva intervención que les cupo a nuestros caudillos. Esto se justifica en cierto modo ya que, al tratar en conjunto quince largos años de permanente lucha irradiada en un extenso territorio, no es posible detenerse en el estudio minucioso de acciones aisladas. Más, nosotros que anhelamos aportar nuestro modesto concurso para el mejor conocimiento del pasado histórico de nuestro pueblo, estamos obligados a analizar en sus faces y detalles más importantes este episodio guerrero, aún a trueque de cansar a nuestros lectores. Creemos cumplir un deber de tarijeño. Y en ello nos apoyamos para encarecer la indulgencia de quienes nos lean.

Antecedentes

El General Belgrano, Comandante en Jefe del Ejército Auxiliar Argentino, había organizado su Cuartel General en Tucumán. Desde allí amparaba convenientemente las acciones del caudillo Martín Miguel Güemes que se esforzaba por desalojar al enemigo que invadió la circunscripción de Salta. Con la intención de auxiliar los movimientos de los guerrilleros altoperuanos, Belgrano decidió enviar un destacamento que se internara en el Alto Perú amagando Tupiza y Cotagaita, con el objetivo de llegar hasta Oruro. Era una maniobra muy difícil y atrevida, indudablemente, pero, de efectuarse conforme al plan pre-establecido sus resultados habrían logrado incalculables ventajas para las armas patriotas.

Un proyecto de tanta envergadura debía confiarse a un jefe que reuniera las más sobresalientes condiciones de guerrero. Y éste fué el Teniente Coronel don Gregorio Aráoz de La Madrid.

El valeroso y aguerrido jefe argentino partió de Tucumán el 18 de marzo de 1817, al mando de una columna compuesta por cien soldados del Primero y Segundo Regimientos de Infantería; dos Compañías del

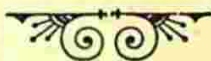
Regimiento Número 9 de Milicias de Tucumán; un Escuadrón del "Húsares" y dos piezas de artillería de montaña.

Al ingresar en territorio alto peruano, se informó que los caudillos tarijeños amagaban el valle hostigando sin descanso a las fuerzas de Mateo Ramírez. Supuso, acertadamente, que aquéllos podían facilitarle cabalgaduras que tanto necesitaba para proseguir su marcha. Decidió pues, penetrar a Tarija; dió parte a Belgrano de su determinación y torció su ruta desde Sococha. La Madrid fué severamente apercibido por su General y jefe, cuyas instrucciones desobedeció. Refiriéndose a este episodio, escribe el Teniente Coronel argentino en sus MEMORIAS:

"Un día antes de llegar a Tarija me alcanzó una comunicación del General en Jefe, en que me contestaba a la que le dirigí de San Carlos, indicándole que yo me proporcionaría los caballos en Tarija; se quejaba amargamente por haberme separado de sus instrucciones; pero con tanta fuerza, que me ofendí de reproche tan injusto en mi concepto; porque siendo los caballos el primer elemento para la empresa, no parecía propio que me lo hiciera quien no me los había proporcionado y mucho menos cuando de seguir sin ellos la ruta que se me indicaba,

marchaba de seguro al precipicio, sin conseguir el objeto que el General se había propuesto”.

A marchas forzadas siguió La Madrid en dirección a Tarija. El 8 de abril batió en Cangrejillos a una patrulla realista: su Comandante quedó muerto en el campo; fueron tomados seis prisioneros. Pocos días después trasmontó el “Abra del Gallinazo”, situada hacia el Este de la región de Tolomosa, circunscripción de la actual Provincia del Cercado y descendió por la “Cuesta del Inca”.



Interviene Eustaquio Méndez

En este último lugar se le reunió Moto Méndez con sus jinetes.

La fama del caudillo no era desconocida para La Madrid, quien lo recibió con grandes muestras de consideración y aprecio. Inmediatamente le confió la misión de guiar la marcha limpiando de obstáculos y sorpresas el camino.

Méndez desplegó a sus montoneros cubriendo extensa área como patrulleros de avanzada. Cumpliendo instrucciones del caudillo, apresaron a todas las personas que encontraron en su camino: hombres, mujeres y niños. El astuto Moto anuló así toda posibilidad de que el enemigo se informara de la aproximación del ejército patriota.

Tarija estaba guarnecida por fuertes unidades; entre otras los "Granaderos del Cuzco", cuyo jefe era Mateo Ramírez, a la vez Gobernador de la Provincia.

Los puntos de acceso a la ciudad se hallaban fortificados y en los alrededores de la plaza se levantaban trincheras; eran las precauciones defensivas que tomó el General La Serna cuando fué sitiado por Méndez y sus montoneros. Además, en el Valle de

Concepción, se encontraba el entonces Comandante don Andrés de Santa Cruz, al mando de 80 jinetes y un piquete de infantería. Este jefe, luchó más tarde en las filas patriotas. Fué Presidente de la República de Bolivia y tuvo una destacada actuación en la política sudamericana.

Como se vé, la Villa estaba fuertemente defendida y en condiciones de resistir y repeler victoriosamente cualquier ataque.

La Madrid, informado por las patrullas de Méndez de que en Concepción acantonaba una importante unidad, desvió su camino hacia la derecha, penetrando por un punto intermedio entre aquel villorio y Tarija. El 14 de abril avistó la ciudad, a la que amagó por el Este. Anoticiado Ramírez de la aproximación de tropas, supuso que se trataba de alguna fracción de los caudillos y salió a su encuentro. Se dice que al arengar a su gente exclamó:

“Vamos a desparpajar a esos gauchos”.

Posiblemente llevó consigo sólo una parte de sus efectivos. Cuando los patriotas descendían por Tablada, avistaron al enemigo que había cruzado el río. Inmediatamente el Teniente Coronel La Madrid, ordenó el despliegue de su infantería y montó sus caño-

nes, en tanto los jinetes de Méndez se apres-
taban para realizar un movimiento envolvente.
El jefe realista retrocedió con la mayor ra-
pidez posible hasta ocupar las trincheras de
la ciudad. Méndez cargó con singular denuedo
produciendo muchas bajas y tomando los pri-
meros prisioneros. La Madrid se internó por el
Barrio de San Roque ocupando toda la parte
alta de la Villa hasta la Loma de San Juan.
La Capilla del mismo nombre le sirvió más
tarde como Puesto de Comando.

Nuestros guerrilleros se desplegaron ro-
deando la ciudad; ocuparon con patrullas
todas las salidas y puntos de acceso, contro-
lando, además, Concepción para evitar el
auxilio de las tropas acantonadas allí.



La Madrid íntima rendición

Después de disparar sus cañones sobre la Villa, envió un emisario a Ramírez con el pliego cuyo texto es el siguiente:

“Si en el término de media hora, no se rinde usted a discreción, con la división de su mando, tanto Ud., como élla serán pasados a cuchillo.— Dios guarde a Ud. muchos años.— Puerta del Gallinazo. Abril 14 de 1817.— Gregorio Aráoz de La Madrid”.

Los términos de la intimación no debe sorprendernos. La Madrid era un jefe de valor temerario, y sus actitudes, decididas y arrogantes siempre, traducían los rasgos de su temperamento. Ramírez remitió con el mismo emisario esta respuesta:

“He recibido su oficio de Ud. en el que se me impone pena de ser pasado a degüello con la guarnición de mi mando, si en el término de media hora no me entrego a discreción. Los oficiales de honor sólo por tirar cuatro tiros no se entregan a discreción; lo haré sólo cuando me queden veinte hombres, y éstos sin municiones útiles para batirse.— Dios guarde a Ud. muchos años.— Tarija, abril 14 de 1817.— El Gobernador de esta plaza. Mateo Ramírez”.

La altivez de la respuesta fué desmentida poco después por la actitud cobarde del mismo que la firmó.

Algunos historiadores sostienen que el Comandante Andrés de Santa Cruz se encontraba este día en Concepción y que al escuchar los disparos de los cañones, condujo a sus soldados hacia Tarija. Esto no es evidente, pues el mismo La Madrid, en sus MEMORIAS deja claramente establecido que aquel militar, talvez por motivos de servicio, se hallaba en esta ciudad. En honor de la verdad debemos anotar que Santa Cruz trató porfiadamente de incorporarse a su base, pero, ya lo dijimos: los montoneros controlaban todas las salidas.



El combate

Nuestros chapacos, conocedores como eran de toda la región, no descuidaron ni un solo instante, aún durante la noche, su labor de vigilancia. Al amanecer del día 15, informó a La Madrid que una numerosa columna de infantes y jinetes se aproximaba a la ciudad al mando de Malacabeza. Tomó en el acto una fracción de sus tropas y dejando el grueso de éstas bajo órdenes del Mayor don Antonio Giles, se dirigió al encuentro del enemigo.

Los realistas sitiados en la plaza, se aprestaban, por su parte, a salir de las triucheras para atacar por retaguardia a las fuerzas de La Madrid. Este avistó a los peninsulares en el campo de La Tablada y se enteró recién de que eran muy superiores en número. Cualquiera otro jefe habría retrocedido; era lo prudente. Pero La Madrid jamás dió cara vuelta al enemigo. Los españoles intentaron atacarlo por retaguardia, más, los moutoneros tarijeños apostados en la cuenca del Guadalquivir, cargaron impetuosamente sobre los "Granaderos del Cuzco". Pelearon con denuedo singular realizando prodigios de valor y arrojo. Nuevos y reiterados intentos de salida encontraron la barrera infranqueable opuesta por nuestros heroicos chapacos.

Mientras tanto en La Tablada, La Madrid buscaba una posición favorable en espera de los refuerzos que había pedido a Giles. La caballería enemiga inició el asalto; el bravo jefe argentino dividió a sus escasas fuerzas para contraatacar por el centro y los costados. Las arengó con estas vibrantes palabras:

“Carabinas a la espalda, sable en mano y a degüello, a ellos que son unos cobardes”.

En ese preciso momento llegaba al campo de lucha Moto Méndez y sus jinetes. Con temeraria intrepidez se lanzaron sobre el enemigo. Los montoneros chapacos arrollaron el ala izquierda amagando la retaguardia, mientras La Madrid y sus hombres atacaban el centro. Los españoles se dispersaron huyendo desparados. Cuando llegó el refuerzo enviado por Giles, el combate había concluido. Quedaron en el campo sesenticinco españoles muertos y cuarenta prisioneros. Nuestras armas sufrieron pocas bajas: algunos montoneros y el negro herrador que cayó combatiendo al lado del valeroso La Madrid.

Los patriotas regresaron al campamento de San Roque. El jefe argentino, noble como valiente, dispuso la libertad de los prisioneros heridos y los remitió al cuartel de Ramírez.

Inmediatamente después, se trasladó a la Loma de San Juan donde estableció su Puesto de Comando, utilizando para el efecto la pequeña capilla que aún existe, erigida en Monumento Nacional por Ley de la República.



Rendición de los realistas

En la tarde de este memorable día, envió una nueva intimación a Ramírez, concebida en los siguientes términos:

“Nunca ha sido impropio de oficiales de honor el rendirse a discreción, cuando no tienen como sostenerse ni esperanza de auxilio como Ud.; pues ni Lubin ni O’ Relli, a quienes Ud. ha escrito para el efecto, pueden hacerlo porque no tienen una fuerza capaz de resistir a la mía. En esta virtud puede usted verificar su rendición, en la inteligencia de que serán tratados tanto Ud. como sus oficiales y tropa, con todo el aprecio y distinción propios de mi carácter y en caso contrario verificaré, dentro de cinco minutos, lo dicho en mi oficio de ayer. Ya lo supongo a Ud. impuesto de la suerte que ha corrido el Comandante Malacabeza por los prisioneros que le he remitido, pero sin embargo, le anoticio: que los muertos son 65, prisioneros 40, fusiles tomados 70. Todo lo que prueba su propia ruina y me hace creer que no se derrame más sangre.— Dios guarde a Ud. muchos años.— Alto de San Juan, Abril 15 de 1817”.

Ramírez y sus oficiales que conocían de lo que era capaz el jefe argentino y aterrori-

zados, además, por la intervención de los montoneros chapacos, aceptaron la rendición. Desmintiendo su arrogancia del día anterior, Ramírez respondió:

“Visto el oficio de Ud. que acabo de recibir, en que se me hace la segunda intimación, anticipándome haberme negado los recursos pedidos a Lubin y O’Relli, por la toma, según se deja entrever, de los pliegos que remití a éstos. Contesto a Ud. que este motivo no es bastante a desmayar yo ni mis oficiales para sostener hasta el último extremo las armas de S. M. en esta plaza, pues aún tengo fuerzas suficientes y bien dotadas de lo necesario, según verá Ud. Más la derrota que ha sufrido el escuadrón de caballería me hace entrar en capitulación consultando con la humanidad por parte de ambas divisiones, si la admite Ud. bajo los términos siguientes:

Primero: que se nos reciba prisioneros a los de esta guarnición con los honores de la guerra, y uso de espadas para los oficiales, permitiéndonos bagajes hasta el depósito de prisioneros.

Segundo: Que los paisanos a quienes hemos comprometido a tomar las armas sean bien tratados, permitiéndoseles la existencia al lado de sus familias.

Tercero: Que entren en la plaza sólo las tropas de línea, que eviten todo desorden en el pueblo.

Bajo estas bases y persuadidos que Ud. como oficial de honor, que sabe observar lo propuesto, hemos venido en ello unánimes y conformes, de cuya aceptación espero el aviso.— Tarija, abril 15 de 1817.— Mateo Ramírez”.

El documento transcrito no precisa de comentario. -

La Madrid, respondió inmediatamente:

“En el oficio de Ud. que acabo de recibir, he tenido a bien admitir la rendición de esa plaza, bajo los tres artículos propuestos, por una generosidad propia del carácter americano, en la inteligencia de que ahora mismo deberá salir con toda la guarnición a rendir las armas al campo de las Carreras, situado al Este del pueblo, con sus respectivos jefes y oficiales.— Dios guarde a Ud. muchos años.— Alto de San Juan, a 15 de abril de 1817.— Gregorio Aráoz de La Madrid”.

La rendición tuvo lugar en la pampa que se extiende desde el Hospital San Juan de Dios hasta el Prado Bolívar. Equivocadamente sostienen algunos escritores que se produjo en la explanada de la Loma de San Juan.

Depusieron las armas y se entregaron a discreción el Gobernador Coronel Mateo Ramírez, tres Tenientes Coroneles, entre estos Andrés de Santa Cruz, todos los oficiales y 300 soldados. El botín fué también importante: 400 fusiles, 140 armas de diferentes clases, 8 cajas de munición, una bandera y otros pertrechos.

En mérito de su comportamiento heroico, La Madrid fué ascendido por Belgrano a Coronel efectivo. La Gobernación de la Provincia fué confiada a don Francisco de Uriondo. Los oficiales combatientes recibieron su promoción al grado inmediato. El flamante Coronel argentino se dedicó a reorganizar su División. Más de ochenta jóvenes tarijeños, pertenecientes a conocidas familias de la ciudad, se incorporaron voluntariamente a las filas. Los patriotas proporcionaron caballos, todo género de armas y cuanto implemento pudiera necesitarse para la prosecución de la campaña. Después de una permanencia de tres semanas en la Villa, La Madrid emprendió la marcha hacia Chuquisaca, acompañado de algunos de nuestros caudillos y sus montoneros.



Injusticia inexplicable de La Madrid

En los partes que este jefe elevó sobre la Batalla de La Tablada, apenas si consigna incidentalmente la participación de los guerrilleros tarijeños José Antonio Ruíz, Juan Esteban Garay y Matías Guerrero. No se refiere en absoluto a los heroicos caudillos Míndez, Uriondo, Rojas, Avilés, Mendieta, sin cuya intervención hubiese sido imposible la victoria. ¿Cómo explicarse esta conducta, censurable a todas luces, del jefe argentino?

Hemos referido ya la eficiente, abnegada y decisiva actuación que les cupo a nuestros guerrilleros. Sin su ayuda, La Madrid hubiese sufrido el más duro fracaso de su vida militar. Su derrota habría ensombrecido y anulado para siempre su trayectoria de guerrero. No olvidemos que Belgrano le censuró acremente la gravísima falta de disciplina y desobediencia en que incurrió. Es lógico suponer que, sin la gloriosa victoria del 15 de Abril, un Consejo de Guerra le hubiera privado de su jerarquía militar y acaso sentenciado a la pena de muerte.

Ya vimos que desde su ingreso a territorio tarijeño recibió el auxilio valeroso y eficaz de nuestros caudillos. En la cuesta del Inca se le

incorporó Méndez con sus montoneros. Estos guiaron su marcha evitando que se informara de ella el enemigo. Profundos conocedores hasta de las más extraviadas sendas, impidieron que los emisarios enviados por Ramírez en pedido de refuerzos a Lubiu y O'Relli cumplieran su cometido. ¿Cual habría sido el resultado si estos jefes acuden en socorro de la plaza?

Es oportuno recordar que nuestros caudillos concurren con más de mil trescientos guerrilleros, en tanto que las tropas traídas por La Madrid, escasamente sumaban seiscientas plazas.

Veamos lo que dice un escritor imparcial y cuyo testimonio está fuera de toda duda, el General Miguel Ramallo, refiriéndose a este episodio histórico:

“Por otra parte, el número de montoneros el día 15 fué abrumador, porque en la noche del 14 se incorporaron todas las partidas que merodeaban por esos contornos. Hemos visto como cuidaron la retaguardia de La Madrid cuando fué al encuentro de las tropas reales a La Tablada y es por consiguiente que la rendición tan pronta de las trincheras, obedeció al cúmulo de los montoneros que se presentaron al rededor de ellas, porque Ramírez po-

día haberse batido sin mucho esfuerzo con los soldados argentinos, cuyo número no superaba en mucho al de su guarnición y sabemos qué clase de soldados eran los renombrados Granaderos del Cuzco».

La inexplicable injusticia de La Madrid empaña su propia trayectoria y sus merecimientos, en tanto queda incólume el heroísmo y la gloria de nuestros caudillos.



El asalto a San Lorenzo

En las filas realistas, peleaba el tarijeño Manuel José Vaca. Era un caudillo valeroso que se había distinguido en numerosas acciones. No sabríamos decir porqué se alistó al lado de los españoles. Casos como éste abundan en la historia de la Independencia. Americanos ilustres que abrazaron la causa realista y españoles de alto prestigio que lucharon por el ideal de emancipación.

Pues bien; don Manuel José había concitado sobre sí el odio de nuestros caudillos patriotas. Lo perseguían encarnizadamente; sobre todo Méndez lo acosaba en todas partes. Tan pronto como tenía noticias de su presencia en algún lugar, volaba a su encuentro. Pero Vaca era astuto y valiente; contaba con soldados aguerridos a quienes los españoles los habían armado hasta los dientes; pues, apreciaban en alto grado al guerrillero.

Un día del mes de noviembre de 1817, fué informado Méndez que Vaca acantonó en San Lorenzo con doscientos soldados. Los montoneros del Moto estaban dispersos por diferentes regiones y no era posible reunirlos con la rapidez que exigían las circunstancias. Dacidió, pues, sorprenderlo durante la noche con las fuerzas de que disponía. Al mando de 50 jinetes asaltó

el pueblito, obligando al enemigo a abandonarlo en precipitada fuga, no sin dejar algunos muertos, heridos y prisioneros.

Vaca se parapetó en la cuesta del Inca, donde auxiliado por Ricafort venció al caudillo Guerrero que lo atacó en aquel lugar. Tomado prisionero éste, fué fusilado en la plaza de San Lorenzo.



Méndez Coronel de Ejército

La reciedumbre heroica del caudillo chapaco, «voló en alas de la fama» más allá de los límites del Alto Perú. Los jefes realistas alarmados por el arrojo temerario del guerrillero, pusieron su cabeza a precio.

Es absurdo admitir lo que consigna en uno de sus libros el historiador Miguel Ramallo, cuando escribe que el Moto tomado prisionero por La Serna, éste le perdonó la vida y le dió libertad. Absurdo, repetimos, porque todos los jefes realistas que actuaron en la circunscripción de este departamento, sufrieron en carne propia las acometidas del indómito guerrillero y trataron porfiadamente de vencerlo y apartarlo para siempre del escenario de la lucha.

Los generales argentinos que comandaron los Ejércitos Auxiliares, tuvieron en alta estima y distinguieron con especial deferencia y afecto a nuestro caudillo.

En el año 1815, el General Belgrano, en justo reconocimiento de los abnegados y heroicos servicios prestados por José Eustaquio Méndez a la causa de la independendencia, le dió el grado de Teniente Coronel del Ejército Auxiliar Argentino, enviándole conjuntamente con una conceptuosa carta, un sable plateado con empuña-

dura dorada y un entorchado uniforme distintivo de su alta graduación militar.

En 1825, el Libertador Simón Bolívar, ascendió a nuestro héroe a Coronel efectivo del Ejército de la República. Con este motivo le envió un mensaje de su puño y letra, cuyo texto es, el mejor elogio a que pudo aspirar un guerrillero de parte del Padre de la Patria.

Estos documentos que, a estar a informaciones que hemos recogido, los conservaba celosamente el glorioso Moto, deben encontrarse en poder de sus descendientes. Tenemos referencias sobre el particular y estamos empeñados en prolijas investigaciones. Esas notas son patrimonio de nuestro pasado; hay que salvarlas, si aún es tiempo, de la destrucción y el olvido.

Durante el año 1819, Tarija dejó de ser teatro de la campaña guerrera que tan porfiada y tenazmente sostuvieron los beligerantes. Nuestros caudillos se desplazaron hacia otras regiones. Pero Méndez, continuaba merodeando en la circunscripción de la extensa Provincia que hoy lleva su nombre.

En 1820, el General Ramírez, que había sustituido a La Serna en el Comando del Ejército

Real, encargó al Coronel Antonio Vigil el gobierno de Tarija. Este jefe inició una tenaz campaña de persecución a nuestros guerrilleros que habían vuelto a sus correrías sobre el departamento.

Los Coroneles Vigil y Valdez lograron dispersar a nuestros caudillos que, diseminados, mantenían individualmente y con abnegado sacrificio su cruenta y heroica campaña de guerrillas.

En octubre de 1821 fué sorprendido en los alrededores de Concepción y salvajemente degollado don Manuel Rojas.

A comienzos del año 1822, nuevamente se levantó el viril pueblo potosino enarbolando el pendón de la libertad. Informado de este suceso el Teniente Coronel José Eustaquio Méndez, reunió a sus montoneros en Sella y se dirigió a tomar Tarija. Las fuerzas realistas oportunamente anoticiadas de la maniobra, salieron al encuentro del caudillo. El choque tuvo lugar en las cercanías de las «Lomas Patrióticas», el 15 de enero de 1822. El combate fué recio y sangriento. Se impusieron los bravos montoneros, pero Méndez no logró su objetivo debido a la inferioridad numérica de su tropa.

«El año 1823 pasó Tarija en las mismas alternativas políticas, viéndose ocupada unas veces por fuerzas realistas y otras por la de los caudillos patriotas tarijeños y argentinos, en constante estado de agitación, inseguridad y desorden y siendo la guerra la única preocupación de los vecindarios. Ya habían muerto los principales caudillos, como los dos Rojas, Garay, Peralta y otros, pero quedaban a la causa de la independencia, el infatigable y heroico Méndez, Uriondo, Gaité, Flores y algunos de segundo orden, manteniendo a la cabeza de sus montoneros, vivo el fuego de la insurrección». (T. O'Connor d' Arlach. Tarija. Bosquejo Histórico.)

El indómito caudillo, prosiguió luchando incansablemente durante el año 1824. Sufrió derrotas y desastres, cayó herido muchas veces. Otras tantas se vió obligado a protegerse de la sañuda persecución de que era objeto, ocultándose en hondonadas y cuevas de las quebradas y montañas de sus pagos. Pero ni los rudos golpes de la adversidad y el infortunio, ni la bárbara crueldad de la guerra de exterminio y desolación que habían desatado los realistas, pudieron doblegar al chapaco temerario, glorioso, invencible...

Y para cerrar este capítulo de la actuación de nuestro caudillo inmortal en la cruenta Guerra de los Quince Años, copiamos las bellas frases del ilustre patriarca don Tomás O'Connor d' Arlach, cuya memoria veneramos con profunda admiración y respeto.

«Al recibirse en este departamento la noticia de la victoria de Ayacucho, obtenida por el Ejército Libertador de Colombia, el 19 de diciembre de 1824, victoria espléndida y gloriosa que puso el sello a la independencia americana, el Comandante Méndez entró con sus huestes a la ciudad y plantó en la plaza mayor el árbol simbólico de la Libertad y el pendón glorioso de la República».



La honradez y magnanimidad del caudillo

La magnífica personalidad de nuestro guerrillero es un conjunto admirable de rasgos que destacan con singular relieve su figura. Los impulsos ancestrales de una naturaleza bravía que se manifiestan con vigorosas exaltaciones de temeridad, se adormecen y anulan — pasado el momento de la prueba — con el sedante efluvio de nobilísimos sentimientos.

Extraño complejo psicológico en el que las virtudes y los defectos se condensan en excepcional equilibrio.

En la gama de esa personalidad magnífica, culminan los rasgos de la honradez y magnanimidad. Y son estas virtudes morales las que agigantan la figura del héroe cuyo nombre, aureolado por destellos de gloria, ocupa el más elevado sitio en las páginas brillantes de la Historia de Tarija.

¡Imperdonable injusticia de este pueblo que hasta hoy no ha rendido a la memoria del caudillo el homenaje que fuera digno del más excelso de sus héroes!

Pero, es posible que alguien tomara estas sinceras expresiones de nuestra admiración

como fruto de exagerada vehemencia que, en veces, lleva a violentar la verdad. Para nuestro descargo y en apoyo de nuestras afirmaciones, transcribimos la serena apreciación de don Tomás O'Connor d' Arlach.

“Tenía pena de muerte el soldado de Méndez que tomara siquiera un pan sin pagarlo o cometiera cualquiera violencia en los vecindarios ocupados por sus armas. Y era tal su severidad en este punto, que los más intransigentes realistas le hacían justicia y se creían, y se hallaban realmente, más seguros en sus vidas y propiedades, y hasta en la emisión de sus opiniones políticas, cuando Méndez ocupaba la plaza, que cuando estaba ocupada por un jefe realista”.

«Es admirable, ciertamente, cómo en unos días de tan completo desorden y anarquía, de tanta exacerbación de odios, en que nada se respetaba y se cometían tantas violencias por todos y en que, como dice un historiador, se adoptó por sistema el exterminio, es admirable, repetimos, que un candillo de la campaña, un gaucho sin instrucción ni conocimientos como Méndez, salido de las apartadas praderas de San Lorenzo, del rincón de Carachimayo, mostrara tanta piedad y elevados sentimientos, tuviera un alma tan noble, grande y civilizada, fuera un dechado de

abnegación, de honradez y de valor, e hiciera la guerra como la prescribe el derecho de gentes que él estaba muy lejos de conocer y que parece acataba por sólo noble y natural instinto».

La figura del inmortal caudillo tiene los contornos de los seres excepcionales que condensan las más puras y elevadas virtudes de un pueblo y de una raza. Por eso es el paradigma de los grandes atributos que engrandecen la Historia de Tarija.



Gratitud ejemplar

Si admirables son los gestos de bravura y arrojo que dan relieve a su figura de guerrillero invencible, no son menos las virtudes morales que fisonomisan al chapaco noble e hidalgo por tradición y sangre.

En los primeros tiempos de su heroica lucha, nuestro caudillo fué tomado prisionero y conducido a esta ciudad con grillos y cadenas. La piedad no era virtud que distinguía a los realistas. El preso, encerrado en un inmundo calabozo estaba sujeto a ración de pan y agua. Un día pasaba por frente de la cárcel don Vicente Ichaso; el Alcalde se le acercó para pedirle una limosna en nombre de Méndez. El señor Ichaso, era un convencido y ardiente partidario de la causa realista, sin embargo de ello, envió al preso un peso fuerte.

Algunos días después una temeraria incursión de los montoneros en la ciudad, puso en libertad al caudillo, quien prosiguió con mayor decisión su campaña.

Pocos años más tarde varias familias españolas, o que habían hecho causa común en favor de la corona, se vieron precisadas a abandonar esta ciudad emigrando hacia el

Norte. Entre éstas la de don Vicente Ichaso. En la región del Río de San Juan fué sorprendida por una fracción de montoneros que la apresaron incautándose de todo cuanto llevaba consigo. Don Tomás O'Connor d' Arlach relata este suceso:

“En tales circunstancias llega Méndez, pregunta a uno de los suyos qué familia era ésa, y como le respondiera que era la de don Vicente Ichaso, inmediatamente se acercó a éste, le saludó con respeto y le dijo: ¿Recuerda Ud. señor la caridad que me hizo, el peso que me mandó cuando me encontraba preso y en la última necesidad en la cárcel de Tarija?” e incontinenti le puso en libertad, le hizo devolver todo lo que se le había quitado y con una partida de los suyos lo hizo acompañar hasta la jornada próxima, diciéndole al despedirse: “Nada tema de Méndez, porque Méndez no olvida jamás un favor”.

¡Actitud ejemplar y admirable!



Su actuación en la República

La cruenta Guerra de los Quince Años tocó a su fin. El Alto Perú que fuera el primero en proclamar la libertad, fué el último en conquistarla.

Tropas tarijeñas habían engrosado las filas del ejército patriota que después de Ayacucho, continuó la lucha frente al General Olañeta hasta que, con la muerte de éste en la acción de Tumusla, concluyó para siempre la opresión española en suelo altoperuano y nació nuestra Patria con sus atributos eternos de Libertad, Soberanía e Independencia.

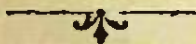
Nuestro glorioso Moto, ascendido por el Libertador Bolívar al grado de Coronel de los Ejércitos de la República, se retiró a sus pagos en uso de licencia para dedicarse a rehacer su patrimonio. Sus hijos Manuel de la Cruz y Dionisio, continuaron en servicio activo del Ejército, con los grados que habían conquistado por méritos de guerra.

Pero bien pronto, en cumplimiento de su deber de patriota íntegro e incorruptible, habría de abandonar su vida hogareña.

Corría el año 1826. La reclamación interpuesta ante el Libertador por la misión Al-

vear—Díaz Vélez, sobre la posesión de Tarija, había originado una enojosa cuestión internacional con la República Argentina.

Júzgamos oportuno referirnos, siquiera a grandes trazos, a este episodio histórico, tanto porque constituye un alto timbre de honor para Tarija, cuanto porque en él, le cupó destacada participación a nuestro epónimo caudillo.



F

La cuestión de Tarija. Misión Alvear—Díaz Vélez

En octubre de 1825, el Gobierno de Buenos Aires destacó al General Carlos María de Alvear y al Dr. José Miguel Díaz Vélez en misión especial ante el Libertador para obtener su apoyo en el inminente conflicto armado entre la Argentina y el Brasil, como emergencia de la ocupación de la Banda Oriental por este último país. Después de laboriosas gestiones, los diplomáticos vieron frustrados sus propósitos de conseguir una alianza entre la República del Plata con Bolivia frente al Brasil.

Ante el fracaso de las negociaciones, la misión argentina desvió de rumbo y solicitó la entrega de Tarija que, a juicio del Gobierno del Plata, pertenecía por tradición y derecho a aquella República.

"El Libertador procedió con precipitación en tan delicado asunto, como sacrificando a Tarija por liberarse de las exigencias de los plenipotenciarios sobre un tratado de alianza contra el Brasil, que seguramente habría sido de consecuencias ventajosas para fijar nuestras fronteras con aquella nación". (Luis Paz. Historia del Alto Perú).

Largo y causador sería extendernos en consideraciones sobre los orígenes y derivaciones de esta importante cuestión internacional que arranca sus raíces desde 1807, con la Bula que determinaba la dependencia de Tarija en lo eclesiástico del Obispado de Salta y que provocó la oportuna reclamación de este pueblo. Dejamos también de lado otros aspectos concomitantes que, si bien revisten gran importancia histórica, no juzgamos útiles al modesto estudio en que estamos empeñados.

En fecha 27 de noviembre de 1825, el señor Felipe Santiago Estenós, Secretario General del Libertador dirigió a los enviados argentinos una nota en la que expresaba:

«El abajo firmado tiene la honra de poner en el conocimiento de los señores Ministros, que S. E. el Libertador, ha accedido a la entrega de la Provincia de Tarija, demandada por segunda vez por los señores Ministros, en la nota que con fecha 10 del presente se sirvieron dirigir a S. E. y que en su virtud ha mandado librar las órdenes necesarias para que se verifique la entrega dicha».

No hemos de juzgar ahora la conducta del Libertador. Ya lo ha hecho la Historia. Y en cuanto a nuestro pueblo, huelgan las palabras después de su arrogante y gallardo gesto del 26 de agosto de 1826.

La actitud de Tarija

Antes de que Bolívar hiciera su triunfal y apoteósica entrada al Alto Perú, ya Tarija había manifestado mediante documento público, suscrito el 6 de junio de 1825, su anhelo de formar parte de la naciente República de Bolivia. Aquel día memorable, reunidos los electores designados por las diferentes regiones de la provincia, nombraron al Cura José Mariano Ruyloba, al vicario foráneo doctor Baltasar de Arce y a don Joaquín Tejerina, Diputados ante la Magna Asamblea Constituyente, acogiéndose al Decreto dictado por Antonio José de Sucre el 9 de febrero.

Reunido el Congreso Constituyente de 1826, el Ministro de Gobierno expresó en la lectura de su Memoria: "Su Excelencia el Libertador oyó las repetidas reclamaciones de los ministros argentinos sobre la devolución de Tarija; empero el Congreso podrá tomar en consideración este negocio importante, teniendo presente las razones de derecho y hecho que existen para que el asunto se resuelva definitivamente".

Pese a las reiteradas reclamaciones formuladas por el pueblo, los diputados tarijeños no fueron admitidos en la Asamblea. Las notas oficiales que envió el "Cabildo, Justicia y Re-

gimiento", reafirmando su decisión de formar parte de la nueva República, no merecieron respuesta. Esto es explicable, pues, no obstante de que existía ambiente favorable en la Asamblea y que el General Sucre miraba con simpatía la actitud de Tarija, era un asunto de suyo delicado y que debía ser tratado con suma prudencia, desde el momento en que el Libertador ya le había dado la solución que conocemos.

Entretanto, Tarija estaba en poder de la Argentina. Era Gobernador don Mariano Gordaliza, sujeto arbitrario y que no disimulaba su marcada animadversión hacia los ciudadanos adictos a Bolivia.



LA INTERVENCION DE MENDEZ

Desde el primer pronunciamiento de Tarija, nuestro caudillo abandonó su hogar para plegarse a las filas de quienes reclamaban su derecho de pertenecer a Bolivia. Fué uno de los más ardientes y decididos sostenedores de este anhelo popular. Nuevamente reunió a sus chapacos y se preparó para hacer frente a los acontecimientos.

La fama y el prestigio del caudillo inquietaban seriamente a Gordaliza que desató sobre aquél una permanente y solapada persecución. Fué la víctima propiciatoria de la cobarde arbitrariedad del Gobernador que, prevalido de los mil recursos que da el poder, le hizo blanco de las mayores infamias. Las armas innobles de la traición y de intriga se esgrimieron en contra de él. Tal vez por primera vez en su vida, turbulenta y heroica, sintió flaquear su carácter y voluntad. Era hombre acostumbrado a luchar de frente, cara al enemigo; no había aprendido, pues, a defenderse de los recursos vedados que emplean los cobardes. Amargado, tal vez abatido, dirigió a Gordaliza la carta que copiamos en seguida, cuyo texto lo tomamos de la bella semblanza escrita por el venerable patricio don Tomás O'Connor d' Arlach en enero de 1888.

CARTA A GORDALIZA:

"Señor Teniente Gobernador Político y Militar.— El Coronel José Eustaquio Méndez, ante Ud. parezco y digo: Que llevado de los sentimientos de un corazón amador de la Patria, desde que nació el sistema de su emancipación, tuve la gloria de entrar en la empresa de formar la valerosa legión de gauchos de San Lorenzo que por todas partes buscan a los enemigos: batirlos, derrotarlos y ponerlos en fuga, atropellándolos hasta sus cuarteles; forzar sus murallas, entrar en la plaza, llenándola de muertos y sacando prisioneros; hacerles sentir el peso de la espada de los americanos de honor, que no los arredran las dificultades y peligros. Todo Tarija vió el espectáculo y el mundo no lo ignora: que aunque yo salí con vida quedó vertida mi sangre en la muerte de mi sobrino. No era ella la que me había de acobardar de llevar adelante la misión. Los pasos de los cuicos eran los míos, aunque en cuatuplicado trabajo. Ellos componían una vanguardia pertrechada de armamento, municiones y oficiales, y yo con mis gauchos éramos un puñado, sin dinero, sin auxilio y sin más armamento que el que nuestros esforzados brazos, quitaban al enemigo únicas especies que traían al campo; pero en él encontrando la mies en mi ca-

sa, la invadieron después de saquear más de cinco mil pesos en los ganados y muebles que se llevaron. Mas, para mi acalorado entusiasmo, todo era menos que el objeto de la libertad que buscaba: enjugaba las lágrimas de mis parientes y padres, cargados de una edad septuagenaria (soterrados en las cuevas) y corría tras de los enemigos; atropellaba a los que con timbales, publicaban bandos contra la Patria y mi espada escarmentó a los que iban a reducirlo a cenizas al pueblo de San Lorenzo. Acciones que me recabaron el cariño con que el Excelentísimo General señor Belgrano, me mandó en obsequio una espada y un uniforme. Yo no quería hacer recuerdo de mis arrosos y gloria ni de los servicios pecuniarios que hice. Pero mi honor sindicado por la negra envidia de los *Patriotas flamantes*, me exige decir a Ud. que Méndez viéndose gravemente herido con una bala en el pecho; sin armas, sin municiones, sin auxilio, sin recurso y a la barba del enemigo, capituló con el señor General La Serna. ¿Pero qué capitulaciones? Las más honrosas, para La Patria y el partido de su comando. Ved aquí el testimonio de los quilates de sus tareas militares, con que para hacer una buena paz, fué menester hacer una buena guerra, como decía un sabio Emperador.

Así mis desvelos, mis fatigas, mis sudo-

res, mi sangre vertida y heridas que lleva mi cuerpo, dieron la vida civil a medio Tarija. Servicios que han merecido los elogios y aprecio del Excelentísimo Sr. Libertador, cuando tuvo la benignidad de despacharme el título de coronel de las Milicias; documento que para mí y mis hijos será una ejecutoria y timbre de honor; pero por decirme Ud. lo pide el Excmo. General de nuestra provincia, he testimoniado mi obediencia entregándolo.

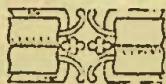
Cuando yo creía que mis sacrificios por la Patria, fuesen el descanso de mi edad mayor, antes de llegar a ella, veo mi nombre anublado; mi persona rebajada y retozar a mis enemigos sobre mis méritos —por que en la última estación de la guerra —no aceleré con imprudencia el grito en compañía de la atolondrada plebe, que nunca tuvo más consistencia que la veleta de una torre. Yo bien sabía cuando había de correr el velo de mi corazón, pero se me juzga por la opinión de un grupo, en cuya atención menos sensible me sería soterrarme relevado del servicio. Por tanto. — a Ud. pido que con una pensión para mantenerme con mi familia, se me dé mi retiro por ser de justicia. — Tarija. 8 de junio de 1826. — J. Eustaquio Méndez”.

Entregamos este documento a la serena reflexión de nuestros lectores. El condensa,

en su sencillez y sinceridad, todo cuanto fué e hizo el inmortal caudillo.

Pero hay un punto que creemos necesario aclarar: es el que se refiere a la capitulación ante el General La Serna. Que ella se produjo, es indudable. Más, ¿en qué circunstancias? Cuando se vió "gravemente herido con una bala en el pecho; sin armas, sin municiones, sin auxilio, sin recursos y a la barba del enemigo", como anota en la carta que hemos transcrito.

Ahora bien. Un historiador español, García Camba, ha relatado este episodio a su manera, torciendo la verdad para disminuir el prestigio del guerrillero, y no ha faltado escritor boliviano que hubiese recogido en alguna de sus obras esa versión sin beneficio de inventario. Consideramos un deber rectificar el error y lo hacemos en el siguiente capítulo.



Falsas referencias históricas sobre el caudillo

El español García Camba, en sus Memorias, escribe:

"A principios de noviembre (1816) se presentó espontáneamente al General en Jefe el caudillo Eustaquio Méndez, quien con el caudillo Uriondo conmovió la Provincia de Tarija; se presentó con su numerosa partida y armas fiado en la generosidad del General español. Este envió tranquilos a sus hogares y labranzas a los hombres de guerra del célebre Méndez, conocido por el Moto porque era manco; le declaró teniente coronel a nombre de S. M. y señaló a sus dos sobrinos una moderada pensión, mereciendo estas gracias la aprobación del país, las cuales era de esperar sirviesen de útil estímulo al arrepentimiento."

La transcripción anotada no es sino un simple asercionalismo, sin fundamento alguno y que no resiste al más ligero análisis.

¿Es sensato suponer que un guerrero de los quilates de nuestro héroe se hubiese entregado con su gente y armas como un manso corderillo al jefe realista? Admitirlo sería absurdo.

Sabemos que entre los hombres de Méndez peleaban sus hijos Manuel de la Cruz y Dionisio, que se habían alistado también sus sobrinos y todos los varones de su familia en edad de guerrear. ¿Sería posible aceptar que el Moto reclamara "una moderada pensión para sus dos sobrinos", olvidándose de sus propios hijos? Por otro lado, ¿Se puede creer que el General La Serna hubiera enviado "tranquilos a sus hogares y labranzas a los hombres de guerra del célebre Moto" y a éste le hubiera dejado libre y premiado además? Vale la pena recordar que los realistas, precisamente en 1818, habían desatado una campaña tenaz de persecución y exterminio en contra los guerrilleros y que llegaron a los más repugnantes actos de barbarie y salvajismo, para rechazar la pretendida actitud de nobleza y generosidad con el Moto, cuya cabeza habían puesto a precio.

Pero hay algo más y que nosotros conceptuamos definitivo: si la historia no miente, el General La Serna llegó a Tarija en octubre de 1816 y permaneció hasta comienzos del año siguiente. Y precisamente, a fines de 1818, se encontraba muy lejos de estas tierras sosteniendo la violenta controversia con el Virrey Pezuela por disparidad de opiniones sobre la conducción de la guerra, lo que motivó la

renuncia de aquél de su cargo de Comandante en Jefe del Ejército Real, pretextando motivos de salud. Si esta es la verdad por testimonio irrecusable de la historia, ¿cómo pudo capitular ante La Serna el invencible Moto en noviembre de 1818?

Salta pues, a la vista, la ilógica afirmación del español García Camba.

Un historiador boliviano ha recogido el asercionalismo de García Camba y lo ha consignado en uno de sus libros con pequeñas variantes de forma, concluyendo por afirmar que Méndez, leal a la palabra empeñada a La Serna, no volvió a levantar las armas contra los realistas.

Esto tampoco es evidente porque el Moto peleó sin tregua ni descanso desde los comienzos hasta la finalización de la Guerra de la Independencia.

Otro bibliógrafo que tiene escrita alguna obra histórica, no vacila en sostener, sin ninguna prueba ni fundamento serio, que Méndez fué obligado por La Serna a luchar en las filas realistas.

Si la antojadisa afirmación de García

Camba con referencia a nuestro héroe es censurable, la precipitación y ligeresa de los escritores bolivianos es desde todo punto de vista imperdonable.

En resguardo de la verdad histórica y cumpliendo un deber al vindicar el nombre de nuestro héroe más excelso, deseamos rectificar el error y la injusticia.

Es evidente que Méndez actuó desde los comienzos hasta la finalización de la Guerra de la Independencia y que no abandonó la lucha sino para curar sus heridas cuando eran muy graves. En esta emergencia confiaba a sus hijos el comando de sus fuerzas.

La suposición peregrina de que el caudillo se hubiese incorporado al ejército real, es sencillamente inadmisibile. ¿Quién puede creer que un hombre que había dado mil pruebas de valor temerario, hubiera aceptado tamaña humillación? Antes habría preferido la muerte. Más, por si no tengan suficiente valor las reflexiones dictadas por la lógica, el testimonio de los documentos históricos es irrecusable; y vamos a ellos:

Urcullu, en su meritísima obra: *Apuntes Para la Historia de la Revolución del Alto Perú*, que ha servido como fuente de consulta para los historiadores, escribe:

“Cada pueblo llegó a tener su jefe guerrillero, y lo original, lo más notable en este orden sucedido es que, de ciento dos caudillos que sucesivamente se alzaron más o menos fuertes, más o menos audaces y temibles NINGUNO SE PASÓ AL ENEMIGO, NINGUNO CAPITULÓ a pesar de seducciones y lisonjeras promesas que se les hicieron”.

¿Cabe prueba más explícita y concluyente? No obstante lo anotado ya, deseamos añadir esta última consideración:

Está históricamente probado que Bolívar ascendió a José Eustaquio Méndez al grado de Coronel efectivo de los Ejércitos de la República en 1825. Este es el testimonio definitivo que abona la conducta guerrera sin mácula de nuestro glorioso caudillo. Porque, de no haber sido digna, limpia y gloriosa la conducta del héroe, ¿hubiese recibido el ascenso que significaba honrosa distinción y recompensa de parte del Libertador?

Ahora bien: que capituló ante La Serena es evidente porque lo dice el propio Méndez en la carta que dirigió a Gordaliza. Pero eso ha debido necesariamente ocurrir a fines de 1816 o principios del 17, época en que se encontraba en Tarija el Virrey. ¿Y en qué circunstancias y bajo qué condiciones? Tam-

bién lo dice en la carta citada: "Pero mi honor sindicado por la negra envidia de los PATRIOTAS FLAMANTES, me exige decir a Ud. que Méndez viéndose gravemente herido con una bala en el pecho; sin armas, sin municiones, sin auxilio, sin recurso y a la barba del enemigo, capituló con el señor La Serna. ¿Pero qué capitulaciones? Las más honrosas a la Patria y al partido de su Comando".

Fluye de aquí una deducción lógica: Méndez debió ser tomado prisionero cuando se encontraba curando su grave herida en uno de los refugios que tenía en las colinas y quebradas de sus pagos. No se explica de otro modo que estuviera "sin armas, sin municiones, sin auxilio, sin recurso y a la barba del enemigo". Es inadmisibile suponer que le hubieran capturado en acción de armas, por que sus montoneros, habrían huído llevándose a su jefe herido, como lo hicieron en similares circunstancias más de una vez, con otros caudillos. ¿Y cuáles las condiciones de la capitulación? "Las más honrosas a la Patria y al partido de su Comando".

Para concluir, es oportuno recordar, en apoyo de nuestra tesis, que el General La Serna, cuando se hizo cargo del Comando del Ejército Real del Alto Perú, humanizó las prácticas de guerra, las encuadró dentro del

derecho de gentes. Militar de carrera, de una gran preparación, desarrolló una política inteligente para borrar las huellas de terror, crueldad e infamia que habían dejado sus predecesores. Es justo reconocerle muchas actitudes de singular nobleza y magnanimidad. Bien se explica pues, que apresado el valeroso caudillo, le hubiese perdonado la vida a cambio de una capitulación honrosa, que seguramente la cumplió nuestro héroe. Esto aconteció, como llevamos dicho, en 1816 o comienzos del 17. Y tan honrosa ha debido ser esa capitulación, que élla no privó al invencible Mota de seguir luchando con mayor ardor y bravura por la causa patriota, como lo hizo en la Batalla de La Tablada el 15 de Abril de 1817.



El 26 de Agosto de 1826

La conducta de Gordaliza había exacerbado los ánimos. La mayoría del pueblo tarijeño mantenía invariable la decisión de pertenecer a Bolivia. En homenaje a la verdad histórica debemos anotar que una fracción ciudadana, dirigida por personalidades de alto prestigio, era partidaria de su unión a la Argentina. Los bandos contendientes defendían ardorosamente sus principios.

No sabemos cual fué la respuesta del Gobernador a la carta de Méndez. Lo evidente es que el caudillo aparece, otra vez, liderizando la lucha de quienes proclamaron su anhelo firme e inquebrantable de unir sus destinos a esta patria tan cara a nuestros afectos.

Gordaliza reanudó sus ataques arteros al caudillo; no pudo vencerlo con las armas vedadas de la intriga, y recurrió a las acciones de hecho.



La prisión del Moto

Nuestro héroe permanecía en San Lorenzo en espera del momento en que se produciría el golpe revolucionario que se tramaba contra las autoridades argentinas. El alma de este movimiento era el entonces Coronel don Bernardo Trigo que, en contacto íntimo con el bravo guerrillero y eficazmente coadyuvado por Lea Plaza, Ruiloba, Ibáñez, Aguirre, Mendieta y otros ardientes patriotas tarijeños, esperaba el momento propicio para la acción definitiva.

Gordaliza ordenó la captura del héroe. Su apresamiento se produjo sorpresivamente y fué trasladado desde San Lorenzo a esta ciudad. Aquí circuló el rumor de que sería enviado "con grillos y cadenas" a Salta. Esta circunstancia apresuró los planes del Coronel Trigo. Hizo saber a los hombres de Méndez la suerte que correría su caudillo y los bravos montoneros se levantaron como un solo hombre en su defensa.

"En efecto, bien preparado el plan en Tarija, los escuadrones de Méndez cayeron sobre la ciudad, en la mañana del 26 de Agosto de 1826, y unidos al gentío que se reunió en la Plaza Luis de Fuentes, tomaron el Cabildo, bajaron la bandera celeste y blanca de la República Argentina y enarbolaron la verde

y roja, primitiva de la nueva República de Bolivia, desarmaron a la fuerza argentina, rescataron a Méndez y proclamaron la reincorporación de la Provincia de Tarija a la República de Bolivia, reuniéndose esa misma tarde un comicio popular que suscribió esta solemne declaración, de la que se enviaron copias al Congreso y Gobierno bolivianos y nombró Gobernador de la Provincia al General Bernardo Trigo, entonces Coronel. El pueblo eligió diputado al Congreso Nacional reunido en Chuquisaca, a dos respetables patriotas tarijeños, los señores José Fernando de Aguirre y José María de Aguirre.

“El ex-gobernador Gordaliza fué despachado a Salta, escoltado por un piquete de caballería hasta Yavi”. (T. O'Connor d' Arlach. Bosquejo Histórico.).

¡Así rubricó Tarija la expresión más heroica de autodeterminación de que pueda enorgullecerse pueblo alguno!

El 28 de agosto, el Gobernador don Bernardo Trigo, se dirigió al Presidente de la República don Antonio José de Sucre, con esta vibrante nota:

“Agotado el sufrimiento a vista del bárbaro e imprudente manejo del Teniente Gobernador de Salta doctor Mariano Gordaliza, se resolvió a desprenderse de él. En efecto el 26 del corriente, reuní una fuerza considerable asociado del Coronel Méndez, el Coronel don Gabino Ibáñez, el Teniente Coronel don José María Aguirre, el Teniente Coronel y Alcalde don Manuel Valverdi, el Teniente Coronel don Fernando Aguirre, el mismo don Manuel Lea Plaza, el Sargento Mayor don Agustín Mendieta y otros muchos comandantes de partidos, a que se agregaron varios oficiales y vecinos, y comandando la fuerza hicimos rendir la guarnición de esta plaza con el mayor decoro y orden, sin que sufriese el menor estrépito ni desgracia, e inmediatamente se decidió por aclamación unánime su reunión a la República Boliviana, como instruirá a V. E. la copia de la acta que le adjunto. Fuí aclamado por la ilustre Municipalidad, honrados vecinos, populacho y por toda la división, por Gobernador Intendente de la Provincia, a pesar de mis excusas y renuncias.

“Mi corazón se conmueve a impulsos de la mayor satisfacción al comunicar a V. E. esta interesante noticia, persuadido firmemente de la protección con que debemos contar de nn Jefe como V. E. digno Presidente de esta Re-

pública. Seguro de este principio me animo a suplicarle se digne hacer presente a ese Soberano Congreso el que se nos auxilie a la brevedad posible con una fuerza armada si- quiera de doscientos hombres, para sostener nuestros derechos contra los que indudable- mente debemos temer un ataque de Salta. El día 4 del entrante salgo de ésta con dos diputados a verme con V. E.”.

No obstante la decisión inquebrantable de este pueblo, decisión que culminó el 26 de agosto, fué necesario que reiterara con arro- gante firmeza en manifestaciones populares su voluntad de unir sus destinos a la Patria Boliviana.

Finalmente y gracias a la decisiva influen- cia del Gran Mariscal de Ayacucho, la Asam- blea de Chuquisaca, sancionó la siguiente ley, el 23 de septiembre de 1826:

EL CONGRESO CONSTITUYENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVIANA.

CONSIDERANDO:

1º. — Que el ministro argentino que estuvo en esta ocasión se negó a presentar los docu- mentos relativos a la desmembración del te- rritorio de Tarija de las antiguas provincias del Alto—Perú, asunto que él mismo promovió en noviembre último; 2º. — Que las repetidas

solicitudes de los habitantes de Tarija, y su voluntad, manifestada en actas de 6 de junio del año pasado; 6, 26 de agosto y 7 del corriente, son y han sido de pertenecer a Bolivia, declarando que la desmembración fué hecha contra sus votos y deseos, porque ellos, como todos los altopernuanos, estaban autorizados para decidir de sus destinos; 3º.— Que la Provincia de Tarija pertenece al Alto Perú por todas las relaciones y por la naturaleza misma de su situación; 4º.— Que Tarija nunca ha formado pacto alguno de asociación con la República Argentina; 5º.— Que la inadmisión del Ministro Plenipotenciario de la República cerca del Gobierno de Buenos Aires deja por ahora sin lugar el término de la negociación de Tarija.—

DECRETA: 1º.— La Representación Nacional desconoce los actos y niega su ratificación a las negociaciones porque haya sido desmembrada la Provincia de Tarija del territorio del Alto Perú, hoy República Boliviana.

2º.— En virtud de las reiteradas negociaciones de Tarija y de su libre y espontánea resolución para incorporarse a Bolivia, se admiten en el Congreso Constituyente sus diputados que se hallan en esta capital, luego que examinadas sus credenciales estén conformes al Reglamen-

to de Elecciones de 26 de noviembre del año pasado.

3º.— Se autoriza al Poder Ejecutivo para que, cuando las relaciones de Bolivia con la República Argentina estén fijadas sobre tratados públicos, celebre uno de límites con el Gobierno Nacional del Río de la Plata, en el cual queden bien marcadas las fronteras con aquel Estado, procurando señalar límites naturales.

4º.— Este tratado de límites será sometido a la ratificación del cuerpo legislativo. — Comuníquese etc.”.

La ley que hemos transcrito, fué promulgada por el Poder Ejecutivo de la Nación en fecha 3 de octubre del mismo año y al día siguiente, los diputados tarijeños hicieron su entrada triunfal en el Palacio Legislativo, aclamados por los representantes nacionales.



“La negra envidia de los patriotas flamantes”

La figura del héroe creció conjuntamente con su fama. De un confín a otro del Alto Perú se pronunciaba su nombre con admiración y orgullo. Las clases humildes, particularmente, veían en él al paladín insobornable de sus ansias de redención y justicia. Era el ídolo de los campesinos y del artesanado.

En los albores de la República, el Coronel Méndez, fue el adalid indiscutido de los desposeídos que, después de haber logrado con denodado sacrificio su redención del yugo extranjero, pasaron a ser víctimas propiciatorias de la explotación de los plutócratas que habían hincado sus garras en el acervo económico del naciente Estado. Encaramados en cargos y situaciones de mando se transformaron en los nuevos amos y señores sedientos de poder y de lucro.

¡En todos los tiempos y en todas las latitudes no faltaron nunca los usufructuarios del sacrificio ajeno!

Méndez se irguió frente a ellos. Era un adversario temible; había que destruirlo. Y comenzó el ataque artero, solapado, cobarde. Cara a cara jamás luchan los expoliadores.

Los “patriotas flamantes”, aquellos que no habían contribuido con su esfuerzo ni su sangre a la lucha heroica de quince largos años, maniobraban en la sombra esgrimiendo las armas vedadas de la intriga, la difamación y la calumnia dirigidas a empañar las prístinas glorias del héroe invencible.

Prejuicios de casta y de abolengo, apetitos de hegemonía y riqueza se ensañaron contra el paladín heroico.

Los brotes innobles de las más bajas pasiones pusiéronse en juego. La emulación insana, mezcla repugnante de intereses mezquinos, de traición y de infamia, hicieron blanco en los merecimientos del guerrillero inmortal. Amargaron su vida, ensombrecieron su espíritu, pero no lograron vencerlo nunca.

Nuestro héroe dolido por la decepción y la injusticia, acaso momentáneamente doblegado por la amargura, escribió la carta al Gobernador Gordaliza, cuyo texto completo transcribimos en el capítulo pertinente. En ella dice:

“Yo no quería hacer recuerdo de mis arrosos y gloria ni de los servicios pecuniarios que hice. Pero mi honor sindicado por la negra envidia de los Patriotas Flamantes, me obliga a decir a Ud. que Méndez, viéndose gra-

vemente herido, con una bala en el pecho; sin armas, sin municiones, sin auxilio, sin recurso y a la barba del enemigo....”

Y en otro párrafo agrega:

“Cuando yo creía pues, que mis sacrificios por la Patria, fuesen el descanso de mi edad mayor, antes de llegar a élla, veo mi buen nombre anublado; mi persona rebajada y retocar a mis enemigos sobre mis méritos....”

Fué, pues, la infame conducta de esos “patriotas flamantes” la que pretendió enlodar la trayectoria magnífica del guerrero indomable.

Entonces, ahora y siempre, mientras el mundo sea mundo, no faltará la canalla que se ensañe contra los hombres de bien. Cuanto más alto sea el sitio de éstos, mayor será la pestilencia que se arroje a sus pies.

Pero la justicia y la verdad se imponen tarde o temprano.

Por eso la figura de nuestro caudillo indomable y heroico, brilla y brillará a través de los siglos con refulgencias de gloria eterna... inmortal...



Se retira a la vida privada

Después de los sucesos que hemos relatado en el capítulo anterior, nuestro héroe se retiró a la vida privada con su grado de Coronel.

En su casa de San Lorenzo vivía rodeado de los cuidados de los suyos y de la simpatía y respeto de la población. Era el consejero y protector de los campesinos que habían luchado bajo sus órdenes. Mientras vivió Méndez, no se cometió ningún abuso ni injusticia con éstos; los amparaba con el afecto de un padre. Ni un solo momento dejó de ser caudillo. El ascendiente de que gozaba se acentuó cada vez más. Era el juez y el árbitro, y su palabra fué siempre definitiva.

El Coronel le llamaban todos; este título reemplazó al apodo de Moto.

Tesoneramente se entregó, con la ayuda de sus hijos, a rehacer sus intereses. Reedificó sus casas que habían sido destruidas, incendiadas; volvió con el mismo empeño de su juventud a las faenas camperas.



Su pensión militar

En los días de recordación histórica, el Coronel Míndez, a la cabeza de sus chapacos, hacía su entrada a esta ciudad en medio de la entusiasta aclamación popular. Arrogante y erguido jinete en brioso corcel, desfilaba comandando su glorioso Batallón. Era objeto de los mayores homenajes que tributaba la gratitud de todo un pueblo a quien consideraba el paradigma de sus virtudes cívicas y guerreras.

El gobierno de la República le asignó la pensión correspondiente a su alto grado militar. Eso fué todo lo que recibió como retribución pecuniaria por sus eminentes servicios. Nunca se le reembolsó los daños económicos que había sufrido ni se le otorgó la justa recompensa a que tenía derecho como el que más. Verdad que jamás reclamó nada.

[Singular ejemplo de patriotismo y desinterés]

En los viejos archivos del Tesoro Departamental de esta ciudad, encontramos el ítem presupuestario que señala su pensión:

LEY DE 5 DE NOVIEMBRE DE 1834

Presupuesto general de los gastos de la

República en 1835; que rige la ley que fijó los de 1834-

Andrés Santa Cruz Presidente Constitucional de la República Boliviana &c. &c.

Hacemos saber a todos los bolivianos &c.

La Cámara de Representantes, con la Aprobación de la de Senadores.

DECRETA:

Art. 1º.— Los gastos de la República en el año 1835, se arreglarán al siguiente presupuesto.

PROVINCIA DE TARIJA

Pensión Militar

Al Coronel Eustaquio Méndez, seiscientos pesos 600.—

Es de suponer que la cantidad indicada correspondía a la asignación anual, o sea cincuenta pesos mensuales que, en aquella época, era una suma apreciable.

El conflicto armado con la Argentina. Batalla de Montenegro

La intervención de Andrés de Santa Cruz en el Perú y la campaña guerrera que debía tener como corolario el nacimiento de la Confederación Perú - Boliviana, despertaron los celos y temores de Chile y la Argentina. Ambos países se levantaron en armas para destruir la poderosa entidad internacional que era considerada por éstos como un peligro inminente para su seguridad y soberanía. Mientras Chile amagaba con su ejército las costas del Perú, Argentina inició su avance por el sud de nuestra patria. El conflicto bélico estaba planteado y en vías de hecho. El Dictador don Juan Manuel de Rosas, había movilizado su ejército y la actitud de éste tenía todos los visos de una invasión. El país entero se preparó a defender su soberanía en riesgo.

Los tarijeños se aprestaron decididamente a la lucha.

Las fuerzas del General Heredia habían incursionado en el departamento y se dirigían a marchas forzadas sobre esta ciudad. Nació el temor de que los argentinos tuvieran el propósito de ocupar Tarija con la finalidad de reintegrarla a la República del Plata y,

nuevamente, como años atrás, se manifestó su decisión inquebrantable de luchar hasta el sacrificio para no permitir su desmembración de Bolivia.

Encontrábase a la sazón en esta ciudad, muy delicado de salud, el benemérito e ilustre General Francisco Burdett O'Connor, después de haber acompañado a Santa Cruz en su victoriosa campaña de la Confederación. Aunque no se había restablecido de sus dolencias, tomó a su cargo la organización de la defensa frente a la invasión argentina.

Pasamos por alto detalles y pormenores de la admirable actividad desplegada por el General, así como de la marcha del ejército de Heredia cuya vanguardia llegó hasta Santa Ana.

El General Burdett O'Connor, con el talento, pericia y valor que había demostrado en su brillante actuación en la Guerra de la Independencia Americana, tomó las disposiciones necesarias con la celeridad que exigían las circunstancias. Le colaboraron eficazmente el Gobernador don Bernardo Trigo y el Coronel Fernando Campero. A éste le ordenó:

“Es preciso que Ud. marche en este momento con el señor Trigo a San Lorenzo y se regresen esta misma noche con una compañía del Regimiento del Coronel Méndez, dejando orden al Coronel, que esté mañana temprano con el resto del regimiento”. (Burdett O'Connor. Memorias).



Intervención del caudillo en Montenegro

El Coronel Méndez que se había cubierto de gloria con su actuación heroica en la campaña de la Independencia, acudió presuroso a defender la Patria a cuya erección había contribuido con singular denuedo. A la cabeza de sus montoneros, fogueados en cien combates, se presentó en esta ciudad para ponerse a órdenes del General Burdett O'Connor.

Se aceleraron los preparativos de la marcha. Los partes alarmantes y contradictorios que se recibían sobre las maniobras del invasor, perjudicaron seriamente los movimientos de nuestras fuerzas. De no producirse estos contratiempos, la batalla se habría realizado acaso en las cercanías de esta ciudad.

La vanguardia enemiga torció su rumbo a la altura de Santa Ana y se dirigió precipitadamente por el sector de Concepción y Padcaya, siguiendo por las regiones de Bermejo. Nuestra tropa la seguía a marchas forzadas. En la quebrada del Bermejo apresaron a soldados que se habían rezagado, los que informaron que el grueso del ejército proseguía en dirección a Orán. El cansancio de nuestros soldados y la lobreguez de la noche, impidieron seguir adelante.

Al rayar el alba del siguiente día, avistaron al enemigo en su campamento ubicado en una meseta, alledaña al río Condado, en la cuesta de Espinillos, cercana a las alturas de Montenegro. De no producirse las demoras originadas por diversas circunstancias, talvez se habría sorprendido a los argentinos en su campamento y la victoria se hubiese conseguido con mayor facilidad, menor sacrificio y resultados más completos.

El ejército argentino tuvo el tiempo suficiente para desplegarse en línea de combate ocupando la ceja de la altura de Montenegro. Nuestras fuersas ascendían por un costado al mando de los Generales Braun y Agreda, mientras el General Burdett O'Connor escalaba de frente bajo el nutrido fuego enemigo.

Los montoneros de Méndez, dirigidos por el caudillo, marchaban en primera línea. Ante el avance impetuoso el enemigo abandonó sus posiciones y retrocedió precipitadamente. Nuestro guerrillero logró tomar la ceja del cerro e inició la persecución. Capturó algunos prisioneros y pertrechos. Cuando el grueso de nuestro ejército llegó a la cima, las tropas argentinas se habían internado por la cuenca del Río Cuyambuyo o refugiado en las montañas. Era el 24 de junio de 1838.

Así concluyó esta acción guerrera que marca una espléndida victoria en el historial boliviano. Y donde nuestro heroico caudillo y sus montoneros reafirmaron el prestigio de su valor indomable.

“El pabellón boliviano ondeaba victorioso desde Lima hasta Montenegro y la República era envidiada y mirada con respeto por todos los estados del continente americano”. (Burdett O'Connor. Memorias.).



Honrosas citaciones por su actuación

El entonces Coronel don Sebastián Agreda, Jefe de Estado Mayor del Ejército del Sud, expidió un extenso comunicado detallando minuciosamente las incidencias y el verificativo de la acción de Montenegro. En este importante documento se consigna el párrafo que a la letra copiamos:

“El departamento de Tarija, que ha acreditado en todas ocasiones tanto patriotismo como lealtad, ha desplegado en ésta los nobles sentimientos de su ardiente amor nacional, mostrándose capaz de cuanto es posible en defensa de su suelo y de la dignidad de Bolivia. Ninguno de sus habitantes ha dejado de ofrecer voluntariamente sus servicios, y todos a porfía han pedido alguna parte en el escarmiento que se preparaba a los invasores. En la batalla han sabido ser valientes y vivos para la guerra. Han sobresalido siendo los más notables: EL CORONEL EUSTAQUIO MENDEZ, Tenl. José María Aguirre; Comandante José Mannel Molina; Tenles. Luis Castillo y Diego Vaca; Sargentos Mayores Norberto Mendoza y Sebastián Estenssoro; Capitanes Andrés Mealla, José Manuel Sánchez, Justiniano Muñoz, Miguel Caveró, José Manuel Pantoja, Mariano Moreno,

y en fin todos los individuos de la Guardia Nacional y BATAILLÓN MÉNDEZ”.

En otro acápite dice:

“Entre los combatientes que se han lucido en el Montenegro, han sobresalido por su valor, EL CORONEL EUSTAQUIO MÉNDEZ, el Sargento Mayor Bernardino Rojas y el Teniente Pedro Tarifa de Cazadores.....”

Por su parte el General Felipe Braun, lanzó una vibrante proclama en cuya parte final relievá la heroica actuación de los Tarijeños, con estas frases:

“EL GENERAL EN JEFE DE LOS EJERCITOS DEL SUR, A LOS TARIJEÑOS HIJOS PREDILECTOS DE BOLIVIA, — A la noticia de haber sido invadida vuestra frontera por los restos del enemigo que huyendo de su propio territorio a la sola vista de nuestros bravos, creyó recibir menos desengaños en vuestro suelo, volé a ponerme a vuestra cabeza, con una pequeña parte del Ejército, para participar del triunfo y coronarme con vuestros laureles. La sangrienta lección con que hemos vengado este ultraje, en la espléndida jornada del 24, que ha satisfecho mi aspiración, enseñará a los argentinos a respetarnos en lo sucesivo. El solo recuerdo de élla ser-

virá de una muralla eterna contra nuestros enemigos del Sur.

AMIGOS: Habéis ratificado que sois dignos del ilustre título con que os ha distinguido el fundador de nuestra prosperidad y de nuestras glorias. Yo os felicito a su nombre y al mío por el nuevo testimonio que acabáis de dar del relevante patriotismo que os ha animado en toda clase de circunstancias. La victoria de Montenegro, que es vuestra, es un hermoso florón que habéis alcanzado para adornar la brillante corona de vuestras virtudes cívicas. TARIJEÑOS: Está purgada vuestra frontera del vandalaje argentino, que nunca habría conseguido pisarla sin la traición de un malvado indigno del honroso título de boliviano. De consiguiente podéis ya volver a las dulzuras de la tranquilidad y de la paz. En medio de ella os acompañarán constantemente el amor y el recuerdo de vuestros amigos.— Felipe Braun. Cuartel General en la Capilla del Condado, a 26 de junio de 1838".

La victoria de Montenegro constituye una brillante página de nuestro heroico pasado, tanto por la gloria que conquistaran nuestras armas, como por su trascendencia histórica y política. Por expresa determinación del Gene-

ral Santa Cruz se concedió premios y honores a los combatientes. Recibieron la altísima distinción de "Miembros de la Legión de Honor": CORONEL EUSTAQUIO MÉNDEZ, Comandante Mariano Vásquez, Tomás Ruiz, Luis Castillo, Diego Vaca; Sargentos Mayores Manuel Molina, Sebastián Estenssoro, José Mariano Caso, Lucas Vega; Capitán Domingo Vaca; Tenl. José María Aguirre, de la Guardia Nacional, Paisano Corregidor de Santa Ana Bernabé Hevia y Vaca; Sargento Primero del Ejército, Manuel Zapata y Bonifacio Carranza".

Se dispuso, además, que todos los que intervinieron en la batalla "llevaran en testimonio de haber pertenecido a tan distinguido número de valientes un escudo en paño celeste de figura ovalada, con la inscripción: VENCEDOR EN MONTENEGRO, y en el centro: 24 DE JUNIO DE 1838.

"Las letras de dicha leyenda serán bordadas en oro, para Jefes y Oficiales; y en plata para los individuos de la tropa".

Desde entonces nuestro glorioso Moto llevó, como distintivo de un jalón más que arrebatara a la gloria, un escudo celeste recamado con letras de oro.



Méndez partidario de Belzu

Gobernaba el país Manuel Isidoro Belzu. La política de atracción y halago a las masas que había desplegado como sistema de su gobierno, hizo de Belzu el mandatario más popular hasta aquella época.

No vamos a incidir en un análisis de esa política. Ni es oportuno ni lo deseamos.

Grandes sectores del pueblo rodeaban con delirante cariño al mandatario. El "Tata Belzu" era el Mesías de los humildes y desposeídos.

De un confín a otro de la República se levantaban legiones de ciudadanos dispuestos a morir en defensa del gobierno. Los motines y subversiones eran ahogados sangrientamente en cualquier parte donde estallaran.

Nuestro héroe era fervoroso admirador del "Mahoma Boliviano" y partidario decidido de su política.

A fines del mes de abril de 1849, los exilados bolivianos en la República Argentina, encabezados por el General José Miguel de Velasco, organizaron una expedición revolucionaria para derrocar al gobierno, y se internaron por Tarija. Entre los revoltosos figu-

raba el Coronel José Rosendi.

Al tener noticia de la incursión, Méndez organizó a sus montoneros dispuesto a enfren-
tarse con los sediciosos.

Estos ocuparon Tarija sin que se les opu-
siera la menor resistencia, pues, las autoridades
civiles y militares que no disponían de fuerza
alguna, se dirigieron a San Lorenzo para co-
laborar a Méndez en la organización de la
defensa.

Anoticiados los insurrectos de la actitud
del candillo, destacaron una numerosa fracción,
muy bien dotada, al mando del Coronel Ro-
sendi, famoso por su valentía, con la misión
de sorprender a Méndez. Se tomaron las ma-
yores precauciones para evitar que aquel se
informara del plan concebido.

Nuestro héroe y sus hombres se encontra-
ban descausando en las cercanías de San Lo-
renzo ignorantes en absoluto de la aproximación
de los rebeldes. Allí fueron sorprendidos por
una descarga cerrada que causó muchas bajas
provocando la confusión que es de suponer.

Toda defensa era imposible; así lo com-
prendió Méndez que ordenó la retirada. No
todos lograron tomar sus cabalgaduras; algunos
fueron hechos prisioneros. El caudillo se di-
rigió hacia esta ciudad, perseguido por Rosen-

di y pocos soldados. El caballo que montaba se cansó a poco de iniciar la veloz carrera. Ya dijimos que Méndez era de elevada estatura y corpulento, Rosendi le dió alcance intimándole rendición. El caudillo sofrenó su cabalgadura, se enfrentó a su presecutor y blandiendo su sable, exclamó iracundo:

¡Que se rinda su agüela!...

Acompañando su frase con una interjección muy propia de nuestro chapaco.

Al dar vuelta para proseguir su camino, recibió tres disparos en la espalda. El héroe rodó por tierra gravemente herido.

¡El guerrillero invencible que había desafiado impávido a la muerte en cien combates, el caudillo indómito que jalonara la gloria en hazañas de heroísmo temerario, cayó víctima de la agresión alevosa y cobarde!



Prisión, agonía y muerte del héroe

Ese mismo día fué trasladado a esta ciudad y encerrado en una obscura y estrecha pieza del antiguo cabildo. No obstante su estado de suma gravedad se le hizo maniatar como a un criminal y se reforzó la guardia que lo custodiaba.

¡Cómo tiembla el pigmeo ante el gigante!

Acaso con el propósito de echonestar el crimen ante el juicio de la historia, o dar una explicación al pueblo boliviano que de un confín a otro de la República admiraba al héroe, se ordenó la organización de un consejo de guerra.

Farsa ridícula y torpe. Sobre el hecho cobarde y feroz se añade el escarnio a la justicia:

¡Los criminales convertidos en jueces!



El estado del herido aumentaba en gravedad minuto a minuto. El 2 de mayo dictó sus disposiciones testamentarias.

La atención médica que se le prestó, de-

ficiente de por sí, anulábase por las condiciones sanitarias del cuartucho sucio y mal ventilado.

La distinguida matrona doña Francisca Ruyloba de O'Connor, abuela materna de nuestro ilustre poeta don Tomás O'Connor d' Arlach, que a decir de éste era "decidida belcista, grau amiga personal y entusiasta admiradora de Méndez", visitó al General Velasco para pedirle que el herido fuera trasladado a casa de élla donde guardaría prisión bajo su responsabilidad y recibiría la esmerada atención que reclamaba su gravísimo estado. Accedió el General pero se opusieron los otros jefes revoltosos.

¡Era tanta la fama del inmortal candillo, que, herido, casi moribundo como estaba, infundía terror aún a quienes se preciaban de muy valientes!

La noble matrona persistió en su empeño. Fué tanta la decisión e interés que puso en sus gestiones que logró la orden de traslado; el mismo que debía hacerse en la noche, con las mayores precauciones y sigilo en previsión de una posible actitud popular.

Ese día, el 4 de mayo de 1849, se agravó su estado. Pidió un confesor y cumplió con su deber de cristiano creyente y conven-

cido. El respetable cura y provisor eclesiástico doctor José Manuel Rodo le ministró los Sacramentos de viático y la extremaunción.

A la una de la tarde comenzó la agonía del héroe. Ya no articulaba palabra. Los ojos muy abiertos, inmóviles, iban perdiendo su brillo, apagándose...

Respiraba con dificultad... Se le iba la vida segundo a segundo... Un ronco estertor, una postrera reacción muscular y sus ojos se cerraron para siempre.

Nadie estuvo junto a él. La vesanía de sus victimarios le negó el supremo consuelo de la compañía de los suyos en los últimos instantes de su existencia. Murió solo y abandonado en el húmedo rincón de una celda oscura y maloliente.

Era el anochecer del 4 de mayo de 1849.



Su testamento

La gravedad de sus heridas y la deficiente, o ninguna atención médica que se le prestó, aceleraron los últimos momentos de vida del glorioso Moto.

El 2 de mayo expresó su deseo de dictar sus disposiciones testamentarias y pidió que se llamara a un Notario.

Su testamento es la prueba más elocuente de la nobleza espiritual del chapaco heroico. Revelan sus cláusulas al varón hidalgo, justiciero e íntegro hasta los últimos instantes de su vida.

Ni una palabra de reproche para nadie; ni una queja, ni la más leve insinuación de rencor u odio hacia sus victimarios...

La mayor parte de sus bienes había enajenado para sostener su campaña guerrera; lo que quedaba de ellos distribuyó entre todos sus hijos con ejemplar probidad y justicia. Y en previsión de que los intereses hereditarios pudieran ser motivo de roces y distanciamientos entre aquéllos, subrayó esta sentencia:

“No queda más que retazos de mis bienes que serán partidos entre mis hijos por igual, y si alguno reclama, o se queja, perderá todo...”

En los momentos postreros de su existencia tuvo el pensamiento puesto en los bravos chapacos que pelearon bajo sus órdenes:

“Los que dicen que me deben les perdono, y mando a mi albacea don Juan Cortez, no cobre ni ejecute por ser gente que sirvió a mi patria y por que supieron dar su vida por seguirme como guapos que luchamos por nuestros pagos...”

Y rubrica la limpidez y pureza de su alma, con esta bella frase:

“Muero sin aborrecer y sin haber quitado nada a nadie...”

El recuerdo de su madre a la que veneró con unción profunda, iluminó su espíritu hasta el instante mismo de expirar. Con el más hondo, sentido y tierno cariño filial, expresó su última voluntad:

“Quiero que me entierren al lado de mi madre en el panteón de San Lorenzo...”

— — — — —

Nota: Los párrafos textuales del testamento del héroe, los hemos tomado de las transcripciones anotadas por don Bernardo Trigo en su libro “Tejas de mi Techo”.

¿En dónde descansan los restos del héroe?

Nadie puede afirmar con exactitud en donde se inhumaron los restos del epónimo caudillo. No existe en parte alguna testimonio cierto e indudable del lugar en que se abrió su postrera morada. Pero es necesario indagar con patriótica perseverancia para descubrir el sitio de esa tumba venerable. Hemos de imponernos esta tarea. Mientras tanto, deseamos señalar algunas referencias. Ojalá sirvan ellas de derrotero para que nuestras autoridades llenen el deber que han descuidado hasta hoy.

¡Esas sagradas cenizas deben recogerse para depositarlas en el Santuario Cívico que la gratitud popular está obligada a levantar en homenaje a la memoria del inmortal guerrillero chapacol...

Don Bernardo Trigo, en su libro "Tejas de mi Techo", transcribe el siguiente documento:

"En esta Santa Iglesia Matriz de la ciudad de Tarija, el día cinco de mayo de 1848, fué

enterrado en este Panteón con oficio rezado, el cuerpo mayor de Eustaquio Méndez, blanco, de edad como de sesenta años, marido de María Rojas de Carachimayo; recibió los Sacramentos de Confesión, viático y extremaunción de mis manos y para que conste firmo yo el Rector y Gobernador Delegado Dr. José Ml. Rodo”.

Debemos señalar en primer término que la cita del año está equivocada; pues, históricamente se ha comprobado ya, que la muerte del héroe acaeció el 4 de mayo de 1849.

A nuestro propósito interesa buscar indicios y referencias sobre el lugar donde se inhumaron los restos. Y, en el documento transcrito, creemos encontrar un derrotero:

“En esta Santa Iglesia Matriz de la ciudad de Tarija, el día cinco de mayo de 1848 *fué enterrado en este Panteón* el cuerpo mayor de Eustaquio Méndez....”

¿Querrá decir que los restos se inhumaron en la misma iglesia? A nuestro juicio, sí; pues, tal se desprende del texto del documento. En él se habla de panteón, no de cementerio. Además, era corriente en aquella época dar sepultura en el recinto sagrado de los templos. Es de suponer que los restos del

glorioso caudillo hubiesen merecido ese postrero homenaje.

Empero, no obstante las deducciones que formulamos, nos asalta alguna duda al leer el párrafo final del testamento dictado por Méndez en su prisión:

“Quiero que me entierren con mi ropa overa, usada en Montenegro y al lado de mi madre *en el panteón de San Lorenzo*”.

Es presumible que se hubiese cumplido con esta su última voluntad; en tal suposición su tumba debió abrirse en su tierra natal.

Pero nada definitivo nos atrevemos a consignar. Habrá que iniciar una paciente investigación. Un deber ineludible nos obliga a ello.



CAUDILLOS TARIJEÑOS

EN LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Las páginas más brillantes de nuestra historia en la epopeya de los quince años las han escrito los guerrilleros. Varones másculos, intrépidos y audaces. heroicos e indómitos, nos han dejado la gloria de sus hazañas como estela luminosa de ejemplo y de enseñanza.

Tarija está en deuda con ellos. Sus nombres que debieron inscribirse con letras de oro en monumentos de mármol y granito, como justa exaltación de sus virtudes cívicas y guerreras, permanecen ignorados para la mayoría del pueblo. Ni siquiera en las efemérides de recordación histórica se honra dignamente su memoria. Apenas si en medio de digresiones inoportunas se cita de paso a Méndez, Uriondo, Avilés, Rojas... ¿Y los demás? Ni la referencia de sus nombres, acaso porque se los ignora.

Es que la injusticia parte de la escuela. Porque es allí donde debe rendirse el culto de admiración y respeto hacia todos y cada uno de los varones que ofrendaron su sangre y su vida por legarnos libertad. Donde debiera encenderse el amor a la tradición y echarse la simiente del más puro y lozano sentimiento cívico. Allí, donde se aprende a honrar la memoria y exaltar la figura del antepasado heroico o ilustre. Parece sin embargo que se olvidara con frecuencia este deber.

Creemos pues, que, en este modesto libro, no puede faltar la referencia a nuestros gloriosos caudillos. Empero, sensiblemente no podremos, pese a nuestro vivo deseo, consignar a todos y cada uno de ellos; las escasas fuentes de información histórica de que disponemos por ahora, no nos lo permite. No obstante ello, incluimos a la mayoría y, seguramente, a los de más relieve. No pretendemos trazar biografías completas; anotaremos simplemente los rasgos más salientes de su personalidad, aliviando sus acciones más importantes.

Cumplimos así un deber que consideramos ineludible y sagrado para todo tarijeño: exaltar las figuras heroicas de nuestro pasado ante propios y extraños.

¡Pueblo que no honra a sus héroes es indigno de tenerlos!

Es indudable que habiendo luchado los caudillos tarijeños — como efectivamente lucharon — al lado de los Ejércitos Auxiliares Argentinos, las acciones en que intervinieron fueron recogidas en los anales del historial de aquel país antes que en el boliviano. Y por razones que no es del caso analizar, las actitudes heroicas, los gestos de intrepidez y arrojo, la pujanza y bra-

vura de nuestros guerrilleros, no merecieron la exaltación que nace por imperio de la tradición y de la sangre. Así nos explicamos también que la importancia, la significación y trascendencia de las victorias guerreras alcanzadas con el sacrificio heroico de las huestes tarijeñas, se hubiese eclipsado en las páginas de aquel historial.

He aquí una razón más que debiera obligar a los intelectuales y escritores tarijeños, a salvar del desconocimiento y el olvido—para mayor grandeza de la Historia Nacional—las puras y legítimas glorias del pasado de Tarija.

Francisco de Uriondo

Caudillo notable por su coraje y talento; meritorio en grado excepcional. Nació en el entonces villorio de Concepción, hoy Uriondo, Capital de la Provincia Avilés. Era rico, inteligente, distinguido. Dotado de férreo carácter y admirable entereza fué tenaz y valeroso paladín de nuestra independencia.

El prestigio que había alcanzado su nombre y el ascendiente de que gozaba entre los guerrilleros, lo colocaron en la jefatura de la «Republiqueta» que comprendía desde Orán hasta las vegas del sur de Chuquisaca.

Poseía singulares condiciones de organizador: enérgico, comprensivo, magnánimo. Su intrepidez y arrojo, su altivez e hidalguía, dieron a su nombre gran notoriedad y fama. Bien se explica que los jefes realistas hubiesen tratado porfiadamente de vencerlo y dominarlo.

Su intervención en la Guerra de la Independencia

Podemos afirmar sin temor de equívoco que Uriondo tomó las armas frente al despotismo español, desde mediados del año 1809. Abandonando las comodidades que le deparaba el goce de su envidiable situación económica, se pronunció por la causa de la libertad arrastrando tras sí a los valientes pobladores de Concepción y sus aldeaños. Organizó sus milicias a costa de su propio peculio y emprendió a la cabeza de sus bravos chapacos la admirable campaña que le ha dado justa fama y renombre.

Comandando un Escuadrón de Caballería formado por montoneros tarijeños intervino en las batallas de Cotagaita y Suipacha, donde se distinguió por su valor e inteligencia. En estas memorables acciones los jinetes chapacos se cubrieron de gloria, refirmando el alto prestigio guerrero que tenían conquistado.

Incorporado con su unidad al Ejército Auxi-

liar de Belgrano tomó parte en la batalla de Tucumán. La caballería tarijeña descolló por su heroico comportamiento, infligiendo aplastante derrota a las aguerridas unidades «Paura» y «Fernando VII». Fué allí donde Uriondo profirió la arrogante frase cuyo eco repercute con sonoridad de gloria y heroísmo:

¡«Los tarijeños pasamos entre el enemigo como rayando el surco para la siembra»!

Más tarde, en el combate de Lagunillas, siempre a la cabeza de sus jinetes chapacos, dió ejemplo admirable de arrojo lanzándose al asalto con sus huestes armadas de puñales y lanzas. Cayó herido en esta acción. Ostentaba entonces el grado de Capitán.

El talento y el valor de este insigne patriota fué reconocido por los jefes argentinos que le hicieron objeto de especiales distinciones. El General Rondeaux lo nombró su Ayudante de Campo. Con esta jerarquía intervino en la batalla de Sipe Sipe, donde dió pruebas evidentes de sus singulares dotes de jefe militar.

Su actitud frente a La Serna

El General en Jefe del Ejército Real del Perú, don José de La Serna, informado de las hazañas

de Uriondo, de su valor y prestigio, trató obstinadamente de batirlo y dominarlo. Fracasó en su intento de sorprenderlo en esta ciudad donde a la sazón, ejercía el caudillo las funciones de Gobernador. Ante la imposibilidad de vencerlo por las armas, intentó seducirlo por el halago. Al efecto le dirigió la carta cuyo texto copiamos:

«Muy señor mío: su nacimiento y demás circunstancias, me han hecho creer no estar demas el incluirle la adjunta proclama, pues por ella se cerciorará de que mis miras y deseos no son otros que la tranquilidad de estos desgraciados países; y echar un velo sobre los yerros o extravíos de alguno de sus habitantes. Me lisonjeo de que mi humanidad y benignidad es bien conocida en el poco tiempo que hace llegué a este continente, como asimismo de que usted debe estar ya bien desengañado de lo quimérico que es el sistema de Gobierno que quieren establecer los de Buenos Aires. En este supuesto, si usted no está obsecado, preséntese donde le acomode, seguro de que disfrutará de las gracias que en mi proclama prometo, de que olvidaré lo pasado y de que se le acogerá sin faltar a nada de lo que ofrezco.—Con este motivo saluda a Ud. el General del Ejército Real del Perú».

La respuesta no se dejó esperar. La copiamos

en su integridad porque juzgamos muy útil su conocimiento:

«Cuartel General sobre la marcha. — 11 de diciembre de 1816. Por una proclamación solemne que hizo ese pueblo (el de Tarija) en mi persona, fui yo constituido Gobernador de esa provincia. Mis primeras atenciones se entretuvieron en una prolixa y escrupulosa especulación de su estado. Revestido de una ternura qual debe acompañar no a xefe padre pero aun al más desaforado tirano; lloré con instancia sus desgracias, y protesté a la faz del cielo el veugarlas. Esperé de éste el realizarlas; más como la providencia no obra según el período con que solicitan los hombres sus autojos, si sólo como provienen los dictámenes de su justicia y misericordia, no ha llegado hasta este día el caso de practicarlas, pero cuente V. E. que en todo evento en que una suerte lisonjera franquée a mi espada un solo momento de dicha, será para emplearla en la más tirana garganta de los gobernantes de esta infeliz provincia, que atropellando todas las leyes justas, han provocado a los cielos, han infamado hasta los extremos más degradantes las armas del rey, que precian defender, han hollado con crueldad los sagrados atributos de la humanidad; se han burlado de los sentimientos del honor; y recopilando en sus personas quantos vicios groseros pueden caracterizar a los mayores mal-

vados, se han presentado como tales, al robo, al degüello, al incendio, al sacrilego exceso de saquear los templos, y quantas otras extravagancias no es capaz de atreverse el abismo... Tome V. E. un puntual extracto de la conducta de un Labín y de sus oficiales, de un Baez y de sus acompañantes y disculpará en esta provincia esa energía tenaz con que se presenta, quizá no ya como una defensa de la Patria, sí, como protectora obligada de su vida, de su honor, de sus hogares y de sus intereses, quando se suponga el partido de la patria como injusto, quando sean convencidas las provincias de su error en esta parte, quando finalmente se ahoguen en los torrentes más desgraciados que trae consigo la revolución, ellas siempre empeñarán los últimos sacrificios para quitar de su vista a esos tiranos que con capa de defensores del rey y de la religión, son unos bostezos del infierno, capaces ellos solos de fomentar por todos los siglos revoluciones aún más feroces. Con que vea V. E. si podré yo sin entrar en un público atentado pasar a la compañía de esos criminosos cuyo exterminio espera quizá de mi mano esta ofendida provincia. Si antes de este permita mi escasa suerte que mi afortunado contraste ponga mi vida a los filos de una espada vencedora, tendré la gloria de ser víctima entre la empresa de empeñar mis afanes en la destrucción de esas fieras enemigas

de la rectitud y de la justicia.—Esta resolución propia de un hombre revestido de los sentimientos de humanidad, no se opone señor a la obligación que impone V. E. con su beneficencia a la voluntad más reconocida de este su servidor atento»

En la batalla de La Tablada, Uriondo tuvo actuación descollante. Auxilió a La Madrid con más de mil jinetes, cuya intervención fué decisiva en el triunfo de nuestras armas. Rendidos los españoles y sometida la ciudad a la autoridad de los patriotas, fué designado jefe de la plaza y Comandante de toda la Provincia.

Hemos consignado someramente las acciones de mayor relieve en las que le cupo actuar al heroico candillo. Su nombre y su fama están unidos a las páginas más brillantes de la historia de Tarija. Quiera el cielo depararnos el honor de escribir más tarde la biografía completa del varón egregio, cuyo nombre lleva con legítimo orgullo la capital de la actual provincia Avilés donde se mecía su cuna.



Manuel de Uriondo

Hermano menor de don Francisco; abrazó con éste la causa de la independencia. Luchó junto a él rivalizando en valor y audacia. Joven, de complexión robusta, peleó incansablemente con denuedo singular. Don Francisco alcanzó mayor notoriedad y prestigio, indudablemente, pero no podría decirse que le superó en heroísmo. Juntos jalaron la gloria que enorgullece legítimamente a sus descendientes y a su pueblo.

En la batalla de La Tablada tuvo destacante actuación. A la cabeza de su famoso escuadrón formado por los bravos chapacos de Juntas, Chocloca, Yuuchará, Tojo, cimentó su bien ganada nombradía de valiente.

Fué uno de los más activos colaboradores de La Madrid cuando éste, desde su Cuartel General de Toldos, dirigió a los guerrilleros que amagaban al enemigo en aquella región. Después del repliegue de aquel jefe, nuestro caudillo no cejó en su campaña de guerrillas, golpes de mano, asaltos, sorpresas... Enfrentó porfiadamente a las aguerridas y disciplinadas tropas enviadas por La Serna al mando del sanguinario Ricafort primero y comandadas después por el brigadier José Canterac que partió de Tupiza con la misión de "extermini-

nar a los caudillos y sus montoneros". Don Manuel de Uriondo opuso tenaz resistencia realizando admirables proezas de arrojo y audacia. En uno de sus frecuentes choques cayó herido.

No nos ha sido posible obtener mayores datos sobre las actividades guerreras de este valiente caudillo, desde la época de su apresamiento.

Años más tarde, en 1826, lo encontramos nuevamente; esta vez, formando en las filas de los partidarios de la dependencia de Tarija de la República Argentina.

El General Burdett O'Connor, en sus Memorias, relata el hecho de que, sorprendido en su buena fé por las intrigas de un oficial peruano, mandó preso a Uriondo, sindicado de fomentar la insurrección para apresar al General. Este incidente, al parecer sin importancia, pone en evidencia el predicamento y ascendiente del heroico guerrillero que conquistó el grado de Teniente Coronel del Ejército de la República.



José María Avilés

Brillante y meritísimo guerrillero. Nació en Tojo, circunscripción de la actual Provincia Avilés, en abril de 1784. Actuó en la Guerra de la Independencia desde los comienzos de ésta. Se caracterizó por su elevado criterio, serenidad de acción y valor a toda prueba. Luchó con denuedo singular en la guerra de guerrillas distinguiéndose como un admirable conductor militar. Organizó varios regimientos de caballería formados por chapacos de Salinas, Padcaya y Tojo. Sus méritos guerreros fueron premiados con sucesivos ascensos militares.

A la Batalla de La Tablada concurrió con el grado de Teniente Coronel comandando a sus aguerridos jinetes.

Nombrado Gobernador de la Provincia de Tarija, demostró en el desempeño de su delicado cargo notables condiciones y cualidades de gobernante.

Su ascenso a General de Brigada

Sellada la independencia del Alto Perú con la organización de la nueva República,

Avilés siguió prestando sus servicios en el Ejército.

Bajo la presidencia del Mariscal de Ayacucho fué ascendido a Coronel efectivo. Era uno de los más distinguidos y prestigiosos militares; gozaba de gran ascendiente en las altas esferas gubernamentales.

El General Santa Cruz, Presidente de la República, lo ascendió a General de Brigada. Con este grado concurrió a la Campaña de la Confederación donde se destacó como uno de sus más valerosos conductores.

Sus méritos de guerra y el volumen de su personalidad política, le dieron lugar descollante entre los más eminentes hombres públicos de aquella época. Con insistencia se afirmaba que el General Avilés, le sucedería a Santa Cruz en la Presidencia de la República. Tal era el prestigio que alcanzó su nombre.

Su muerte

El destino le deparó una muerte violenta y trágica. Murió envenenado en Lima. Fueron intrigas pasionales o políticas? Nada pudo establecerse.

El General Burdett O'Connor, en su libro "Recuerdos", consigna el siguiente relato:

"De Lima tuvimos noticias de la muerte del General J. María Avilés, la que causó mucha tristeza al General Santa Cruz. Antes de salir del Cuzco para Lima, tuvo noticias de haberse enfermado de gravedad el General Anglada, que fué traído a La Paz, donde falleció. ¡Ah!, exclamó el Presidente. ¡Dios se está llevando a mis mejores Generales!".



RAMON ROJAS

Entre nuestros caudillos, es sin duda uno de los más notables y heroicos.

La audacia de sus incursiones y su valor, rayano en la temeridad, lo convirtieron en la pesadilla de los españoles. Dotado de indomable energía y clara inteligencia, acaudilló con ardoroso denuedo a sus huestes campesinas desde los albores de la lucha redentora.

Nació en esta ciudad en el mes de noviembre de 1753.

“Era un patriota acérrimo y tan intransigente en sus opiniones políticas, que era capaz de haber fusilado al ser más querido de su corazón, si éste conspiraba contra la causa de la patria. Valeroso, exaltado e indomable, parecía, nos dicen personas que le conocieron, un héroe de la Revolución Francesa”. (T. O'Connor d'Arlach. Tarijeños Notables).

Comandaba el temible Regimiento “Dragones Infernales” que se hizo famoso por sus proezas temerarias. Estaba formado por chapacos aguerridos, fogueados, en cien combates. En varias ocasiones incursionaron sorpresivamente sobre la plaza de Tarija en altas horas de la noche, sembrando el terror y la muerte

entre el enemigo; cuando éste reaccionaba, los "Dragones" ya habían traspuesto los límites de la ciudad.

En septiembre de 1814, el General Pezuela, desde su Cuartel General de Chichas, destacó una considerable fracción de su ejército con la misión de someter a nuestros caudillos. Rojas, que se encontraba en esta ciudad, tuvo noticias de la aproximación del enemigo, fuerte en número y muy bien pertrechado. Decidió abandonar la plaza y, como sus soldados se hallaban impagos desde hacía algún tiempo, dispuso una colecta forzosa entre los vecinos adictos a la causa realista. En pocas horas reunió el dinero necesario; pagó a su tropa y al anochecer desocupó la plaza.

"En la madrugada del siguiente día sorprendió a las fuerzas realistas en el punto llamado Tablada inmediato a la ciudad; cayó sobre ellas con la velocidad de un águila y la bravura de un león y después de un recio y sangriento combate, las derrotó y destruyó completamente, peleando él a la cabeza de sus valientes soldados, ejecutando ese día actos de valor heroico y temerario, que aumentó inmensamente el prestigio y la fama de este infatigable guerrillero, uno de los más notables campeones de la independencia tarijeña". (T. O'Connor d' Arlach. Obra citada).

Después de esta gloriosa acción ocupó nuevamente la ciudad. Ostentaba entonces su grado de Teniente Coronel.

El General Olañeta se dirigía a esta capital a la cabeza de un fuerte ejército en persecución de nuestros indomables caudillos. El 5 de abril de 1816 arribó a San Lorenzo y luego de un pequeño descanso, siguió sobre Tarija. Ramón Rojas, a la sazón dueño de la plaza, decidió enfrentar a Olañeta no obstante de que conocía la inmensa superioridad de su ejército aguerrido y muy bien dotado. Nadie consiguió disuadirlo de su temerario empeño.

A la cabeza de sus leales y bravos montoneros, atacó a la vanguardia realista en la región de Las Barrancas, muy próxima a esta ciudad. Pelearon como leones; cargaban impetuosamente abriendo claros y sembrando la muerte en las filas adversarias. Pero pudo más la superioridad numérica, la táctica y disciplina de los españoles, que la bravura y heroísmo de los "Dragones". Uno a uno fueron cayendo en el entrevero sangriento. En lo más recio del combate y cuando Rojas sin más armas que un sable intentó lanzarse sobre el jefe enemigo, fué acribillado por una descarga

cerrada. Los pocos sobrevivientes lograron fugar por la quebrada del Monte. Entre éstos salvó la vida don Manuel Rojas, sobrino de don Ramón y cuya semblanza trazamos en seguida.

El cadáver del glorioso caudillo fué expuesto muchos días en la plaza de esta ciudad.



Manuel Rojas

Sobrino de don Ramón, luchó junto a éste distinguiéndose como el más valiente de sus oficiales. El pueblo lo llamaba "Rojitas", acaso para distinguirlo de su tío o simplemente como un diminutivo cariñoso.

Nació en esta ciudad. No conocemos la fecha de su nacimiento; pero lo evidente es que muy joven se alistó en las filas patriotas.

Era enérgico, inteligente y exaltado en grado sumo. Se dice que cobró fama como fogoso orador.

No poseía—se asegura—los sentimientos de hidalguía y bondad que distinguieron a su tío. Por el contrario, era impulsivo y violento, y no reparaba en los medios, por vedados que fueran, para dominar al adversario.

Es posible que el fervor revolucionario le hubiese arrastrado a cometer excesos. Hay que tener en cuenta, además, que fueron los españoles quienes hicieron de la guerra, especialmente en la época a la que venimos refiriéndonos, una lucha cruel, despiadada, de exterminio y desolación. Fueron ellos quienes olvidaron los principios del derecho de gentes y que la guerra—aún en la barbarie que ella involucra—se rige por normas universales de

derecho internacional. Si militares de escuela y soldados de línea, como eran los españoles, hicieron gala de salvajismo inaudito en su campaña de persecución a los guerrilleros, bien se explica que Rojas y sus "Dragones" les pagaran en la misma moneda.

Cuando servía a órdenes de su tío don Ramón, tuvo el enérgico control de este hidalgo caudillo que se distinguió por su nobleza y magnanimidad. Pero después, a raíz de la muerte de aquél, asumió el mando de sus montoneros, y peleó a su modo y manera, sin más freno que su propia voluntad.

Astuto, audaz y valiente, realizó sorprendentes hazañas. Muchas veces penetró en la plaza de Tarija disfrazado de campesino, para informarse personalmente de cuanto le era menester en el aspecto militar.

La encarnizada campaña que desató el feroz Coronel realista Labín en contra de los guerrilleros, tuvo en don Manuel Rojas uno de sus más bravos oponentes. Intervino en las sangrientas acciones de Orozas, Cuyambuyu, Yesera y otras en donde los españoles, si bien alcanzaron victorias, se vieron, en cambio, casi diezmados por las bajas sufridas.

En Canasmoro la crueldad de los realistas llegó a extremos inconcebibles. El sanguinario

Labín ordenó que se decapitaran a los prisioneros y heridos; "y los vencedores entraron en Tarija llevando a las colas de sus caballos, las cabezas de los patriotas". (J. M. Cortez. Ensayos sobre Historia de Bolivia).

Empero, ni los reveses de la suerte ni la feroz vesanía de los peninsulares pudieron doblegar la fe y decisión inquebrantables de nuestros heroicos guerrilleros.

Los caudillos se habían diseminado por toda la extensa circunscripción de Tarija; hostigaban incansablemente al enemigo donde quiera que éste se encontrara. Manuel Rojas actuaba en las fronteras de Jujuy y Orán.

Los jefes realistas Valdez y Vigil, iniciaron una nueva campaña de persecución a nuestros guerrilleros. Anoticiados de que Rojas maniobraba sobre aquellas regiones, marcharon en su búsqueda. Infructuoso empeño. El astuto caudillo, que no disponía por entonces sino de medio centenar de chapacos, se les escurría con prodigiosa habilidad. Cuando regresaban convencidos del fracaso de su empresa, fueron acometidos sorpresivamente por Rojas y sus jinetes el 5 de junio de 1820. La rapidez de la acción, el ímpetu de la carga, la bravura y coraje de los heroicos chapacos, sembraron la confusión y el terror entre el

enemigo; el triunfo de los patriotas era inminente. En aquel momento Rojas cae gravemente herido y los montoneros sólo pensaron en salvarle: abandonaron el campo llevándose a su jefe.

Después de la ocupación de esta ciudad por Labín, Rojas fué tenazmente perseguido. Salvó de numerosas emboscadas gracias a su astucia y profundo conocimiento del terreno. Logró reunir un centenar de chapacos con los cuales prosiguió infatigablemente su heroica y denodada lucha.

En 1821 fué sorprendido en las cercanías de Concepción. Peleó con arrojo y bravura admirables. Sus hombres se defendían como leones de un enemigo cinco veces superior en número y armas. Don Manuel cayó prisionero y fué degollado en el mismo campo de batalla...

Así murió este glorioso caudillo, digno émulo de Moto Méndez.



Pedro Antonio Flores

He aquí una de las figuras más gallardas y heroicas de nuestro pasado. No obstante ello, es poco menos que desconocida. La ingratitud y el olvido parecen haberse confabulado para eclipsar la gloria que debiera iluminar el recuerdo de su nombre.

Nació en esta ciudad en junio del año 1770. Fueron sus padres don Constandio Flores y doña Rosa Aldana.

Su niñez transcurre entre el hogar y la escuela. Dignísimo hogar donde sus progenitores le inculcaron desde la infancia el amor a la libertad y la rebeldía indomable frente a la opresión; humilde escuela en la que adquirió la deficiente instrucción de aquella época. Adolescente ya, completó sus conocimientos merced a sus propios esfuerzos, perfilándose desde entonces—por su profunda convicción democrática y fervor revolucionario—como el futuro paladín de la resistencia y lucha contra el yugo español.

El pronunciamiento del 25 de mayo de 1810 en Buenos Aires, repercutió en toda la circunscripción territorial de Tarija. A la no-

ticia del arribo al Alto Perú del Ejército Auxiliar Argentino, nuestros guerrilleros reorganizaron sus efectivos para engrosar con ellos las fuerzas de Balcarce.

Don Juan Antonio Flores fué uno de los más entusiastas y decididos revolucionarios. A la cabeza de un pelotón de chapacos, se incorporó en Mojo a las tropas auxiliares. Pero su trayectoria heroica comenzó ya a mediados del año 1809.

Intervino en la batalla de Suipacha el 7 de noviembre de 1810; batalla que tuvo inmensa significación y trascendencia en el curso de la guerra. En esta acción, nuestro caudillo combatió a la cabeza de sus valientes chapacos que se distinguieron por su audacia y arrojo. La intrepidez y coraje de don Juan Antonio Flores, mereció el más franco reconocimiento del jefe argentino. Como premio por su comportamiento heroico, fué comisionado para llevar a Buenos Aires el parte oficial de la victoria y cinco estandartes tomados al enemigo.

La batalla de Suipacha constituye una de las más gloriosas victorias alcanzadas por las armas patriotas; allí se hizo derroche de heroísmo. Los jefes y oficiales argentinos rivalizaron en coraje y denuedo con nuestros cau-

dillos y montoneros. Pero don Juan Antonio Flores se distinguió entre todos. Y la honrosísima misión que se le confió rubrica esta verdad: fué el valiente entre los valientes.

A su regreso de Buenos Aires fué ascendido, mereciendo, además, una singular distinción: se le nombró Ayudante del General Díaz Velez.

Concurrió a la segunda batalla de Snipacha en enero de 1812, donde la suerte fué adversa a las armas patriotas. Pero el valor y heroísmo de nuestro guerrillero no sufrieron mengua alguna.

Después de este desastre, Flores, con los pocos chapacos que le quedaban y algunos soldados argentinos, organizó una pequeña unidad y se dirigió a Tarija. Sabía que en esta plaza se encontraba un importante arsenal realista y decidió apoderarse de él. Tomó las mayores precauciones para evitar que se informaran de su marcha. La ciudad estaba defendida por fuerzas superiores a las suyas. Sorpresivamente asaltó la plaza, dominó al enemigo y se apoderó de trescientos fusiles, dos cañones, gran cantidad de munición, muchos caballos y otros pertrechos. Abandonó esta capital con su espléndido botín y nuevamente se incorporó al ejército auxiliar argentino.

Mas tarde actuó bajo las órdenes del General Belgrano, quien lo ascendió a Capitán como justo reconocimiento de sus méritos guerreros. Con este grado tomó parte en el combate de Río de las Piedras donde, cimentando su fama de valiente, ganó su ascenso a Sargento Mayor. Poco tiempo después el mismo General Belgrano le otorgó el grado de Comandante y lo hizo Jefe de su mejor Escuadrón.

Intervino en la batalla de Tucumán (24 de septiembre de 1813). Posteriormente en La Tablada de Salta (20 de febrero de 1814). En ambas acciones dió las más palmarias pruebas de su temple heroico.

El Comandante Flores, a la cabeza de un reducido grupo de chapacos, efectuaba frecuentes reconocimientos de terreno. Estas misiones de suyo peligrosas, debían ser cumplidas por oficiales subalternos; pero nuestro caudillo las realizaba personalmente.

Días antes de la batalla de Tucumán, había incursionado en sector enemigo para evitar sorpresas en la marcha del grueso del ejército. Súbitamente fué rodeado por una avanzada realista en el lugar denominado «Lagunilla» (5 de septiembre de 1813). Rápidamente desplegó en círculo a sus montoneros y ordenó el asalto. La intrepidez y el arrojo temerarios del

Comandante y sus chapacos transformaron bien pronto en victoria lo que pudo ser sangrienta derrota, si se considera el número de los españoles y lo sorpresivo del ataque.

Este es uno de los innumerables episodios gloriosos que consumaran nuestro bravo caudillo y sus soldados; episodios a los que la historia nacional apenas si los consigna como simples referencias: talvez porque no tuvieron mayor significación en el curso de la guerra misma. Empero, para nosotros, son refulgencias de gloria que exornan las páginas heroicas de nuestro pasado.

Los reveses sufridos por el ejército auxiliar argentino mermaron considerablemente sus efectivos. El Comandante Flores fué comisionado para reclutar voluntarios en la campaña tarijeña. En corto tiempo logró reunir cerca de ochocientos jinetes con los que se reincorporó a las fuerzas auxiliares. El comportamiento heroico de nuestros chapacos concitó la admiración de los jefes argentinos.

Poco tiempo después, y cuando Flores luchaba en la vanguardia de las aguerridas fuerzas de Güemes, éste le dirigió la siguiente orden:

«Al Comandante Pedro Antonio Flores.— Hallándose, según entiendo, evacuada por los ene-

migos de nuestra causa la villa de Tarija, y siendo preciso mandar un sujeto de honor, amor al servicio de la patria y empeño, que aliente y anime con su influjo a los valientes tarijeños; he determinado pase Ud. a emprender tan interesante comisión. Al efecto se pondrá Ud. en marcha con dirección a Tarija, a disponer la reunión de aquel vecindario y con su apoyo hostilizar a los enemigos que se hallan en Tupiza, Suipacha y la Quiaca, ya sea impidiendo que se puedan auxiliar de víveres; ganados de cualquier especie, ya sea persiguiendo a las partidas que salgan a alguna distancia de su cuartel general en solicitud de vestimentos y ya incomodándoles del modo posible, haciendo valer para ello sus conocimientos prácticos del lugar, de las gentes y del verdadero patriotismo que le caracteriza. Podrá asimismo formar de la gente que reuniese, uno, dos o más Escuadrones, siendo Ud. el Comandante de ellos y criándoles oficiales entre los sujetos más aptos y de conocida adhesión a nuestra causa, hasta tanto que me dé parte de haberlo verificado y dar yo cuenta al Superior para su aprobación, debiéndome dar Ud. un parte semanal de todo cuanto advierta y de toda noticia que tenga. —Dios guarde a Ud. muchos años.—Cuartel principal de la Vanguardia en Jujuy a 19 de agosto de 1814. —Güemes».

El texto del documento transcrito es prueba evidente del alto concepto que tenía el gran

caudillo argentino del valor y patriotismo de los tarijeños, así como de la confianza que le inspiraba nuestro heroico guerrillero.

Pero Güemes se equivoca al suponer que Tarija estaba bajo el dominio de los patriotas; por el contrario, los realistas eran dueños de la plaza. Flores se informó de esta circunstancia a poco de haber emprendido la marcha en cumplimiento de la orden recibida.

La fuerza que traía consigo era escasa en número y en pertrechos. Concibió, entonces, un ingenioso plan: utilizando a sus propios soldados dispuso que éstos, fingiéndose adictos a la causa del Rey, llevaran a Tarija la noticia de que estaba en marcha sobre la ciudad un numeroso ejército patriota, cuya fracción adelantada tenía como jefe al temible Comandante Flores.

El plan alcanzó el fin perseguido. Los realistas abandonaron apresuradamente la plaza y Flores la ocupó sin ningún obstáculo. Inmediatamente después organizó un fuerte Escuadrón a la cabeza del cual cumplió con precisión admirable todas las instrucciones que le impartiera Güemes.

Lamentamos no disponer de las necesarias fuentes de información para referirnos, con la amplitud debida, datos y detalles de insospechada veracidad, a la heroica campaña que el Co-

mandante Flores realizó en cumplimiento de la orden cuyo texto hemos transcrito. Bástenos por ahora decir que debió ser tan meritoria la labor cumplida por el glorioso caudillo que fué designado Gobernador Intendente de Tarija y ascendido al grado de Coronel efectivo del Ejército Argentino.

Las fuerzas revolucionarias en el Alto Perú sufrieron graves descabros. El Ejército Realista, numeroso, fuerte en pertrechos bélicos y con tropas aguerridas y disciplinadas, había obtenido importantes victorias.

Una gruesa fracción del ejército español marchó sobre Tarija con la misión de reducir a los caudillos. Estos se diseminaron en una extensa circunscripción territorial, iniciando la guerra de guerrillas desde Camargo hasta Orán y desde Chichas a Salinas.

Los peninsulares atacaron con grandes efectivos esta ciudad. Flores la defendió abnegadamente; con sus escasas fuerzas resistió con singular heroísmo; al fin hubo de ceder ante la superioridad del número y de las armas. La plaza fué ocupada por el enemigo, en tanto que Flores con un puñado de valientes, se dirigía hacia Bermejo.

El sanguinario Ricafort, tristemente célebre por su crueldad, confiscó los bienes de los patriotas, saqueó sus hogares y taló sus haciendas, cometiendo los más inauditos excesos. Juan Antonio Flores perdió todo cuanto poseía.

Tiempo después, el heroico caudillo emigró a Buenos Aires.

Producido el levantamiento de Tarija el 26 de agosto de 1826, don Juan Antonio regresó al país con el patriótico deseo de ofrecerle sus servicios.

El General Velasco hizo justicia a los méritos del insigne patriota: le reconoció su grado de Coronel, encomendándole, a la vez, una importante misión militar, mediante el documento que copiamos en seguida:

«José Miguel de Velasco, General de División y Vice Presidente de la República de Bolivia.—Atendiendo a los méritos y servicios del Coronel de Milicias don Pedro Antonio Flores, he venido en admitirlo al servicio de éstas en su misma clase y arma y nombrarle Comandante de la Frontera de Salinas.—Por tanto ordeno y mando se lo reconozca por tal y se le guarden todas las preeminencias y distinciones que por este

título le corresponden. Palacio de Gobierno en La Paz, a 1º de octubre de 1838.—José Miguel de Velasco. —El Ministro de la Guerra. Mariano Armaza». —

En el desempeño de su cargo militar cumplió una brillante labor. Trabajó tesoneramente por el progreso de aquellas apartadas regiones; construyó fortines y emprendió una tenaz campaña de reducción contra los indios que constituían permanente peligro para los pobladores.

Después de algunos años de permanencia en aquellas inhóspitas regiones, regresó a esta ciudad agobiado por las enfermedades del trópico.

Viejo, cansado, pobre y enfermo, sufrió las mayores privaciones. La Patria por cuya creación había luchado con singular heroísmo, entregándole su sangre y su fortuna y a la que sirvió después con abnegación y desinterés ejemplares, le negó la justicia y la recompensa a que era acreedor. El patriota heroico, el soldado glorioso, el ciudadano eminente, arrastraba la miseria en su ancianidad.

Vencido por los años y la pobreza, solicitó una modesta pensión al gobierno de su patria. Y no pudo obtenerla.

¡Triste destino de los grandes hombres!

Bajo el gobierno del General Ballivián, fué nombrado Administrador de Correos de esta ciudad. En el desempeño de sus funciones le sorprendió la muerte, el 5 de julio de 1843.

A grandes rasgos hemos trazado la semblanza de una de las figuras más gallardas, heroicas y gloriosas de nuestro pasado. Tarija debe enorgullecerse de este insigne varón, y sobre todo, saldar la deuda que tiene contraída con su memoria.

La ingratitud, acaso la maldad y la ignorancia, cubrieron con las negras sombras de la miseria y el dolor, la ancianidad de quien por sus altísimos merecimientos, tenía el mejor de los derechos a vivir— ¡siquiera los últimos años de su existencia!,—rodeado de las comodidades y la veneración que debió procurarle la gratitud de la Patria.

Indigno sería de nuestra tradición de pueblo hidalgo si no vindicáramos la memoria de aquel patriota heroico.

La gloria que aureola su nombre debe perpetuarse en el mármol y el bronce para que su recuerdo perdure siempre en el alma colectiva de su pueblo.

José Ignacio Mendieta

Poco o nada se ha escrito sobre este valeroso caudillo. Su gloriosa actuación guerrera es casi desconocida. Infructuosamente hemos buscado fuentes de información que nos permitieran referirnos con algún detalle a su participación en la Guerra de la Independencia. No podríamos pues, no obstante nuestro vivo deseo, relieves con el respaldo de la cita histórica los merecimientos de este patriota insigne que, por su fervorosa y heroica decisión revolucionaria, es una de las grandes figuras de nuestro pasado.

"Nació en Tarija el año 1872. Fueron sus padres don Salvador Mendieta, natural de La Coruña (España) y doña Inés Caso, bella dama del partido de Padcaya, hoy capital de la Provincia Arce". (B. Trigo. Tejas de mi Techo).

Desde muy joven, y no obstante la lógica influencia del padre, Mendieta, acaso como una reacción natural de la altivez de su espíritu frente al despotismo extranjero, exteriorizó con ardor y vehemencia sus ideas de libertad y justicia.

Era un varón apuesto, inteligente, generoso. Sus prendas morales y su envidiable

situación económica, le habían granjeado popularidad y estimación. Desde los primeros tiempos de la lucha por la independencia abrazó la causa patriota. A costa de su propio peculio organizó una partida de chapacos con los que luchó valerosamente junto a nuestros grandes caudillos. Esa montonera campesina se convirtió más tarde en una verdadera legión aguerrida y heroica que se denominó "Los Cerrillanos". Comandando a éstos libró sangrientos combates en las regiones de Tariquía, Toldos, Camacho, Rosillas. Era el centinela avanzado sobre la frontera argentina donde los realistas operaban con grandes contingentes. El teatro de sus hazañas fueron las colinas, las quebradas y montes de todo el territorio que comprende hoy la Provincia Arce. Pero incursionó también por la circunscripción de la actual Provincia Méndez.

Cuando el Coronel Labín con grandes efectivos perseguía sañudamente a nuestros guerrilleros, Mendieta se dirigió a marchas forzadas desde el Bermejo para cooperar a los caudillos en su denodada resistencia.

En Carachimayo sostuvo un sangriento combate con una numerosa columna realista derrotándola completamente. Tomó algunos prisioneros, armamento y una apreciable cantidad de "pesos fuertes" que el jefe de dicha

columna llevaba como remesa al Coronel español.

En uno de sus audaces golpes de mano cayó gravemente herido. Pudo salvar la vida gracias al arrojo temerario de sus montoneros que mantuvieron a raya al enemigo cubriendo la retirada de los que lo recogieron y huyeron con él.

Intervino en la batalla de La Tablada. En esta gloriosa acción de armas se destacó por su heroico comportamiento. Comandaba a sus famosos "Cerrillanos", que con los jinetes de Méndez decidieron la victoria.

Poco tiempo después el bravo guerrillero, el patriota valeroso e irreductible que había enfrentado a la muerte en cien combates, cayó víctima de la traición villana y cobarde. Murió alevosamente asesinado.



Los hermanos Clodomiro, Mariano y Saturnino León

He aquí una trilogía de valientes. Paradigmas de la reciedumbre de una raza que conquistó laureles inmarcesibles en su glorioso pasado.

Eran de elevada estatura, corpulentos, hercúleos, apuestos y arrogantes cual atletas.—guerreros de la antigua Roma. Montaraces, eximios jinetes, desde niños aprendieron a domeñar la selva, los cerros y montes de sus pagos. Audaces, intrépidos, temerarios; de ellos podría decirse que fueron tres centauros de leyenda.

Pese a nuestros esfuerzos, no hemos logrado obtener datos exactos sobre la fecha y lugar de nacimiento. Pero, por referencias de algunos de sus descendientes, podemos anotar que nacieron en Padcaya, hoy capital de la Provincia Arce.

Muy jóvenes abandonaron padres, hogar y hacienda para alistarse bajo las órdenes del gallardo caudillo don José Ignacio Mendieta.

Fueron ellos los heroicos guerrilleros que jalonaron la gloria en cien hazañas de audacia y arrojo admirables. Gloria que la pos-

teridad ha robado a sus nombres porque no la recogieron los fastos de nuestro pasado. Empero, talvez no tenga mayor importancia que la historia no hubiese consignado—cualquiera que fuese el motivo—el documento que respalde la exactitud de la cita. A nosotros nos basta saber que nuestros héroes inscribieron con su arrojo y bravura, con su sangre y su vida, brillantes páginas en la tradición heroica de nuestro pueblo.

Los hermanos León organizaron los grandes contingentes chapacos que engrosaron las filas de los Ejércitos Auxiliares Argentinos.

El escenario de sus proezas fueron las abruptas regiones de Toldos, La Merced, Tariquía, Camacho...

Intervinieron en la batalla del «Cerro de San Bernardo» en Salta (Febrero de 1813). A la cabeza de sus valerosos chapacos realizaron verdaderos prodigios de intrepidez, audacia y bravura. El propio Güemes afirma que el entonces Teniente Saturnino León, a tiempo de cargar sobre una fracción enemiga, exclamó iracundo:

«Corran, pero no se rindan»...

En el sangriento combate del «Cruce de la Matará», reafirmaron su denuedo y heroísmo. Lucharon con admirable e inaudito arrojo. Allí

cayó Clodomiro acribillado por una descarga, en lo más recio de la refriega. Sus hermanos recogieron el cadáver; le dieron cristiana sepultura y reiteraron su juramento solemne: no cejar en la lucha hasta vencer al opresor o caer vencidos por la muerte.

Don Saturnino y don Mariano prosiguieron su campaña por la causa santa. Después de largos años de heroica abnegación y sacrificio, tuvieron la dicha de asistir al nacimiento de la patria a cuya creación contribuyeron; la patria que anhelaron: libre, soberana e independiente.

Bajo el gobierno de la República, siguieron prestando sus servicios en el ejército.

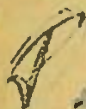
Cuando la invasión del General peruano Agustín Gamarra, los hermanos León concurren a defender el honor y la integridad de Bolivia. Don Mariano, entonces Capitán, actuó en Huarina, bajo las órdenes del Comandante don Juan José Pérez. Por su ejemplar comportamiento fué ascendido en el mismo campo de batalla.

Los dos hermanos alcanzaron más tarde, en virtud de sus propios merecimientos, la alta graduación de Coronel.

Hemos trazado someramente la trayectoria heroica de los hermanos León, cuyos nombres

están ligados a los fastos más gloriosos de la historia de Tarija en la Guerra de la Independencia. No obstante ello, no hemos rendido hasta hoy a su memoria el tributo de admiración y gratitud que le debemos. Ni cantón, ni calle ni establecimiento público alguno ha perpetuado sus nombres.

¡Tiempo es ya de enmendar la injusticia!



El Marqués Don Juan José Fernández Campero

Figura descollante en la Guerra de la Independencia. Noble de estirpe, unido por su abuelo y tradición familiar a España, Coronel del Rey, acaudalado terrateniente — señor feudal diríamos — lo natural y lógico habría sido que luchara con las fuerzas españolas frente a las patriotas. Muchos, sin mayores vínculos con la Corona y sin grandes intereses económicos que precautelar, abrazaron la causa realista.

Nació en esta ciudad. La mayor parte de su niñez y juventud transcurrió en las risueñas vegas de su inmenso latifundio. Acaso el contacto diario con los humildes colonos influyó poderosamente en su espíritu.

Era un hombre enérgico, pero amable y comprensivo. Vanidoso sin duda, gustaba del boato y de las comodidades de sus apellidos y títulos. Sus proclamas y documentos de carácter público, tenían como preámbulo:

«Don Juan José Fernández Campero, Maturana del Barranco, Pérez de Uriondo, Hernández de la Lanza, Marqués del Valle de Tojo, Vizconde de San Mateo, Comandante General de la Puna y Coronel del Primer Regimiento Peruano...»

Organizó numerosos contingentes a costa de su propio peculio. Auxilió eficientemente a los caudillos tarijeños con dinero, armas y tropas. Actuaba bajo las órdenes del General Güemes. Era Comandante del «Regimiento Peruano», unidad organizada y sostenida a su costa.

El 15 de septiembre de 1816, una fracción enviada por el Marqués sorprendió a una columna avanzada del General Olañeta, a la que batió después de reñido combate. "Fueron trofeos de este encuentro dos tambores, un pífano, el armamento y forniture de los vencidos, y trece prisioneros, entre ellos un oficial, salvándose el resto por la obscuridad de la noche". (L. Paz. Historia del Alto Perú).

Esta acción se conoce en la historia con el nombre de la Sorpresa de Colpayo.

Al mando de 500 hombres, el Marqués ocupó el poblado de Yavi. Allí fué sorprendido por un destacamento realista el 15 de noviembre de 1816. Cuando intentaba fugar fué hecho prisionero y sometido a Consejo de Guerra; pues, como ya dijimos, era Coronel del Rey. Se lo remitió preso a España; murió en el trayecto, en Jamaica.



Otros Guerrilleros

Desde los albores de la revolución americana se levantaron en armas los caudillos y guerrilleros tarijeños en las diferentes regiones que comprende hoy este departamento. Muchos de aquellos luchaban aisladamente; por su propia cuenta y riesgo.

La guerra de guerrillas que ensangrentó durante largos años nuestro territorio, fué la expresión más alta y meritoria del sacrificio heroico de los patriotas que ofrendaron la vida en aras del sagrado ideal que defendían.

Los españoles se entregaron a los mayores excesos y usaron de inaudita crueldad con los vencidos; la guerra en esta parte del Alto Perú, alcanzó su punto culminante de terror y exterminio. Pero nada pudo domeñar el valor indómito de nuestros caudillos y guerrilleros.

El historiador español García Camba, refiriéndose a la audacia de nuestros montoneros, dice:

«Los enemigos habían llevado su osadía al extremo de enlazar y arrastrar con sus caballos algunos centinelas sobre sus mismos cuerpos de guardia, y este nuevo método de ofender causó singular horror».

Consignamos esta referencia porque ella pro-

viene de un escritor español, aunque lo que afirma, es lo menos que puede decirse de las temerarias proezas de nuestros guerrilleros.

La historia no ha recogido sus hazañas, y en muchos casos ni siquiera los nombres de aquellos bravos.

Pero la gloria que conquistaron no ha podido eclipsarse porque se transmitió de generación en generación y porque tiene el testimonio indestructible de la tradición popular.

Nuestros héroes no precisan de la cita documental para merecer el fervor de nuestra admiración y el cálido afecto de nuestra gratitud. Su recuerdo palpita con la perennidad de lo inmortal en nuestra sangre y en nuestro espíritu.

Bien podríamos pues, dar vuelo a la imaginación para agigantar las figuras de esos varones másculos, paradigmas de las virtudes cívicas y guerreras de nuestro pueblo; empero, no tratamos de hacer novela y preferimos ceñirnos estrictamente a la verdad histórica arrancada de las reducidas fuentes de información de que hoy disponemos.

Mas tarde escudriñaremos devotamente nuestro pasado en los archivos que duermen en tierras extrañas. Tenemos el firme propósito de escribir la Historia de Tarija.

¡Que Dios nos dé fuerza y perseverancia!

Juan Esteban Garay

De simple soldado llegó al grado de Capitán, obteniendo uno a uno sus ascensos por méritos de guerra.

El teatro de sus hazañas fué la circunscripción territorial de la actual provincia Arce; actuaba bajo las órdenes de la División del Bermejo.

Cuando el sanguinario Ricafort llegó a Tarija en persecución de nuestros guerrilleros, el Capitán Garay se desprendió de su base para luchar frente a los Uriondo, Méndez, Rojas y demás caudillos. En la denodada campaña de resistencia a las tropas realistas, el joven Capitán se distinguió por su heroísmo. Se le confió el servicio de control y vigilancia entre Salinas y Tarija.

Encontrándose en Santa Ana, tuvo noticia de la grave derrota infligida por los peninsulares a las tropas que comandaba Uriondo y Avilés y de la aproximación del enemigo que había salido de esta ciudad. Decidió abandonar su posición y dirigirse al Vice Cantón San Agustín que ofrecía mejores condiciones de defensa.

"El 15 de agosto (1817), fué atacado por las tropas de Ricafort, a las que hizo frente con gran coraje. La resistencia fué heroica, y cuan-

do la victoria parecía que iba a decidirse por los patriotas, fué muerto Garay que peleaba a la cabeza de sus huestes y éstas derrotadas, habiéndoles tomado los realistas más de 40 prisioneros, varios fusiles, carabinas y lanzas, más de 60 caballos y otras tantas cabezas de ganado vacuno y 600 de lanar, quedando un buen número de muertos en el campo de combate". (T. O'Connor d' Arlach. Bosquejo Histórico).

Por su parte don Luis Paz, en su Historia del Alto Perú, nos dice que "Garay fué derrotado y muerto en Chocloca, en agosto de 1817, juntamente con un teniente y seis soldados, tomándoles 40 prisioneros con algunas carabinas y 60 caballos".

Nos limitamos simplemente a señalar la divergencia de los ilustres escritores tarijeños. Cualquiera que sea la verdad histórica, quedará siempre a salvo el heroísmo y los merecimientos del caudillo que rindió la vida conquistando la gloria.



Matías Guerrero

Se alistó en las filas patriotas a poco del levantamiento de Tarija por la causa de la independencia. Se inició como soldado raso, logrando sucesivamente su ascenso hasta Capitán. Formaba parte de la División Fronteriza del Bermejo; tenía a su cargo el servicio de seguridad y vigilancia de esa extensa zona cuya posición estratégica la disputaban porfiadamente los realistas.

El Capitán Guerrero se distinguió como uno de los más valerosos oficiales. A la cabeza de sus montoneros chapacos realizó proezas admirables de intrepidez y arrojo. Cumplió con abnegado y heroico sacrificio la difícil misión que se le había confiado.

El 14 de julio de 1817, el jefe realista Coronel Vigil, al mando de una fuerte columna se presentó en las cercanías de Padcaya. Inmediatamente le salieron al encuentro los Capitanes Matías Guerrero y Mendieta decididos a evitar que la villa fuese tomada por el enemigo, mientras Uriondo se situaba en la cuesta de Orozas para impedir cualquier despliegue o avance.

En la tarde de aquel día se produjo el encuentro.

«La fuerza patriota rompió los fuegos batiéndose en retirada y disputando la entrada del enemigo al pueblo, aprovechando de sus situaciones ventajosas en los desfiladeros y barrancos del camino». (Luis Paz. Historia del Alto Perú).

Ante la enorme superioridad numérica y de armas, nuestros caudillos se replegaron sobre Toldos y Vigil ocupó Padcaya. Empero, se vieron constantemente amenazados por nuestros guerrilleros que amagaban la plaza. Los asaltos sorpresivos, golpes de mano e incursiones de audacia temeraria se sucedían ininterrumpidamente. El 27 del mismo mes, los españoles se vieron obligados a evacuar Padcaya; siendo inmediatamente ocupada por el Capitán Guerrero y sus huestes.

El bravo guerrillero prosiguió su heroica campaña comandando a sus aguerridos chapacos.

Las pampas de Camacho, las cañadas, colinas y desfiladeros de la abrupta región del Bermejo, son testigos mudos de sus gloriosas hazañas.

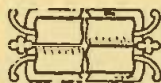
Los realistas hacían desesperados esfuerzos por vencerlo. Numerosas fracciones lo perseguían incansablemente. Un día fué sorprendido en la cuesta de la Rejara.

Guerrero y sus montoneros lucharon bravamente. El enemigo era muy superior en nú-

mero; sin embargo nuestros chapacos arrollaron a los realistas que se retiraron en desbande dejando muchos muertos. Guerrero fué gravemente herido. Por instrucciones del Comando argentino, se lo trasladó a un hospital de Salta donde, no obstante la esmerada atención médica que se le dispensó, dejó de existir a los pocos días.

Así terminó la vida de este gallardo y glorioso caudillo tarijeño, cuyas cenizas descansan en tierras extrañas.

¡Y aquí, en su pueblo, no se le ha rendido hasta hoy el homenaje digno de su heroísmo y su gloria!



Francisco Guerrero

He aquí otra figura notable y heroica en la Guerra de la Independencia. Desde los albores de ésta se alistó como soldado en las huestes que organizaron nuestros caudillos. Grado por grado fué conquistando sus ascensos militares en mérito de su valeroso comportamiento. Fué uno de los más diligentes y audaces actores en la denodada lucha sostenida por nuestros guerrilleros frente a los ejércitos de la Serna, Canterac, Valdez, que pretendieron sucesiva y porfiadamente dominar a nuestros caudillos.

En la época en que el General Güemes protegía con desesperado esfuerzo a las provincias del norte argentino, constantemente amenazadas de invasión por el Ejército Real del Perú, el entonces Teniente don Francisco Guerrero, cumplía con abnegado sacrificio la misión de seguridad y vigilancia en la extensa región comprendida entre Santa Victoria y Padcaya. Éste fué el escenario principal de sus hazañas.

Posteriormente participó de la tenaz y sangrienta campaña de resistencia a las fuerzas realistas en las regiones que hoy comprenden las provincias O'Connor y Méndez.

Intervino en la gloriosa batalla de La Tablada, distinguiéndose por su audacia y arrojo.

El 10 de noviembre de 1817, después de la derrota infligida por el Moto Méndez a las fuerzas acantonadas en San Lorenzo, el Capitán Guerrero persiguió al enemigo hasta la cuesta del Inca. Allí se trabó el combate.

Las tropas realistas auxiliadas oportunamente por los refuerzos que enviara Ricafort, lograron la victoria, pero a costa de mucha sangre y muchas vidas.

Nuestros montoneros formaban un reducido grupo mal armado, en tanto que el enemigo contaba con fuerzas inmensamente superiores en número y pertrechos.

Guerrero y sus valientes peleaban con heroísmo temerario. Uno a uno fueron cayendo sin ceder un palmo de terreno. En cierto momento Guerrero se vió solo frente a una veintena de peninsulares; estaba montado y pudo huír, pero no lo hizo.

¡Es que los hombres de su temple no dan cara vuelta al peligro ni a la muerte!

Cargó con la bravura de un león hasta que cayó herido. Fué hecho prisionero y llevado a San Lorenzo.

Ese mismo día, con todo el aparato que inventó la ferocidad de los opresores, se le llevó a la plaza de ese pueblito, hoy capital de la Provin-

cia Méndez. Allí se le anunció su fusilamiento; escuchó la sentencia altivo y sereno; no permitió que se le vendara los ojos. Herido como estaba, se irguió arrogante apoyándose en uno de los ceibos que existían frente a la iglesia. Una descarga cerrada destrozó su cuerpo.

¡Así rindió la vida este heroico guerrillero de la independencia, cuyo nombre y memoria reclaman la consagración que hasta hoy le han negado el olvido y la ingratitud!



La “República” de Tarija

En todo el extenso territorio que hoy comprende nuestro departamento estaban diseminados los caudillos y guerrilleros que luchaban sin otra dirección que su personal iniciativa. En los primeros tiempos de la lucha emancipadora actuaron aisladamente y a menudo ignorándose unos a otros.

Más tarde se organizó la “República” bajo la dirección del General Güemes, a cuyas órdenes se sometió voluntariamente la mayor parte de nuestros caudillos.

Para facilitar la unidad de mando y el control de las acciones, se crearon las Divisiones Fronterizas, señalándose a éstas determinada circunscripción territorial.

La misión de las fuerzas divisionarias, además del control y supervigilancia de la zona a su cargo, consistía en procurar el ganado y víveres necesarios para los Ejércitos Auxiliares Argentinos. Es indudable que sin esta contribución, habría sido sencillamente imposible que aquellos sostuvieran tan larga y porfiada campaña guerrera.

Ya, dijimos que prestigiosos y aguerridos jefes realistas llegaron hasta Tarija en persecución de nuestros caudillos. Entre otros el General José Canterac, de quien dice Urcullu:

“Entre los generales que han formado y disciplinado ejércitos en América, Canterac merece

el primer lugar por su inteligencia en las tres armas y por sus grandes conocimientos en la materia".

Tanta importancia había alcanzado la insurrección patriota en Tarija; tan alto era el prestigio y la nombradía de nuestros caudillos que anularon con su heroísmo los planes del Coronel Vigil, que el propio Canterac decidió marchar en auxilio de aquél con las unidades más fuertes y aguerridas de su ejército: "Cazadores a Caballo" e "Imperial Alejandro".

"En el mes de julio (1818), salió Canterac del Cuartel General con su expedición para la Provincia de Tarija, con la resolución de no dar respiro a los caudillos que la molestaban. Llegado a la Villa, sin pérdida de tiempo se dirigió inmediatamente a las Salinas y las Misiones por el fuerte de San Luis. Allí le presentó la primera resistencia el Gobernador don Francisco Uriondo con sus guerrilleros, pero cargados éstos por los "Cazadores a Caballo" tuvieron que ceder ante la superior calidad de las fuerzas y de las armas y se retiraron en dispersión dejando en el campo algunos muertos y prisioneros". (Luis Paz. Historia del Alto Perú).

Actuando bajo las órdenes de la División de Salinas, encontramos a los caudillos Martín Espinoza y José Manuel Sánchez, cuyas semblanzas trazamos someramente, pues no disponemos de las necesarias fuentes de información.

Martín Espinoza

Fué un valeroso Capitán. Los "patrullâjes", reconocimientos de terreno y otras misiones difíciles y peligrosas eran confiadas a su audacia y pericia.

Después del descalabro patriota en San Luis, Espinoza se replegó con sus montoneros hacia Chuquisaca. Canterac envió en su persecución a uno de sus mejores jefes, el Coronel Gabriel Poveda.

Nuestro caudillo fué sorprendido en la cuesta de «La Soledad». Luchó en desigual contienda, con bravura y heroísmo, pero se impuso la superioridad numérica y de armas de los españoles. Espinoza logró fugar; diestro jinete, montaráz y astuto pudo burlar al enemigo que lo acosaba.

Nada más sabemos de este heroico guerrillero. Dónde y cuando murió? Seguramente en acción de guerra. Acaso su nombre figure en los partes que se elevaron por las Divisiones Fronterizas al Comando argentino, o quizá ni esa referencia exista.

Empero, si los fastos históricos no han recogido su nombre y sus glorias, que vivan y perduren ellos en el recuerdo, la admiración y la gratitud de su pueblo.

José Manuel Sánchez

Como el anterior, este valiente caudillo actuó bajo la dependencia de la División de Salinas. Por méritos de guerra alcanzó el grado de Capitán.

Después de su triunfo sobre Espinoza, el Coronel Poveda salió en persecución de otros caudillos que se habían dispersado y continuaban hostilizando a los españoles.

Don Juan Manuel Sánchez preparó emboscadas, asestó golpes de mano y realizó asaltos sorpresivos, con asombrosa rapidez y audacia.

Simultáneamente los guerrilleros Rojas, Uriondo y Castillo, hostilizaban incansablemente a los realistas. El Coronel Vigil marchó en auxilio de Poveda. La acción coordinada de los dos jefes logró dispersar y alejar a los caudillos y sus huestes.

El historiador español García Camba, refiriéndose a este episodio de la guerra dice:

«Muy ventajoso fué sin duda el resultado de esta expedición: los caudillos Uriondo, Espinoza, Castillo, Sánchez y Rojas fueron batidos y huyó el último hacia la Nueva Orán; se les mató e hirió bastante gente, se les tomaron un oficial y más de treinta prisioneros, con otros tantos

fusiles, noventa caballos ensillados, otras cien caballerías y más de mil cabezas de ganado vacuno y mil fanegas de maíz, con pérdida poco considerable de nuestra parte».

Pero lo que no dice el historiador español es que los indómitos candillos prosiguieron con mayor ardor su lucha por la libertad; que no dejaron las armas sino con la muerte o cuando brilló en el cielo del Alto Perú el sol radiante de la independencia.

El Capitán Sánchez, sobre quien no nos ha sido posible obtener mayores datos de su campaña guerrera, vió coronado su sacrificio heroico con el nacimiento de su patria libre y soberana.

En la primera exteriorización pública del anhelo tarijeño de pertenecer a Bolivia, encontramos al Capitán Sánchez firmando el Acta de 6 de junio de 1825, como elector del Partido de Itau y Caraparí.

Más tarde intervino en la Batalla de Montenegro. Debíó ser tan meritorio su comportamiento que en el Parte Oficial de esta gloriosa acción guerrera, se consigna su nombre entre "los que han sabido ser valientes y vivos para la guerra y han sobresalido como los más notables".

He aquí otra figura cuya memoria no ha recibido aún el homenaje de la gratitud de su pueblo.

La gloria de sus hazañas merece la consagración reservada a los héroes.

Aún quedan más

En el ligero esbozo biográfico que hemos trazado de los caudillos tarijeños de la Guerra de la Independencia, faltan muchos por consignar. Hemos incluido escasamente a aquellos de quienes nos ha sido posible encontrar referencias de insospechada veracidad. Los más no han merecido ni siquiera la cita de sus nombres de parte de cronistas e historiadores.

No censuramos ni formulamos cargos. Quienes escribieron la Historia Nacional, tuvieron necesariamente que referirse a los hechos más salientes y significativos. Insensato sería exigir la relación circunstanciada de la trayectoria guerrera de los numerosísimos caudillos que empuñaron las armas en defensa de la libertad. Menos aún la suscita biografía de aquéllos.

Así se explica que las figuras heroicas de José Antonio Ruiz, Manuel Caso, Fernández Tejada, José Manuel Peralta, Ramón Cabrera, Mariano Angel Peralta, Gaite, Hidalgo, Castillo y tantos otros tarijeños que actuaron con singular denuedo en la cruenta lucha de los Quince Años no ocuparan el sitio de honor a que son acreedores en la Historia del Alto Perú y particularmente en la de Tarija.

Pero nosotros —y todos quienes anhelan rei-

vindicar el heroísmo y la gloria de nuestro pasado—tenemos la obligación de escudriñar paciente, tesonera, devotamente la vida y las acciones de los varones que dieron brillo al historial magnífico de nuestro pueblo.

Nos hemos impuesto esta tarea como un deber. Sabemos de sobra que ella será ardua, morosa, difícil, superior a nuestras fuerzas, y al final incomprendida.

Pero el deber hay que llenarlo aún a costa de amargos sacrificios y decepciones.

¡Que la providencia nos ayude!





librería y
papelería

Bolívar 0-365 Telf. 43039-Fax. 42858
Casilla de correo 912 TARIJA